



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>

THE LATIN AMERICAN COLLECTION
of
THE LIBRARY
THE UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN

5 G589H LAC COP.2

THE SIMON LUCUX
RIO DE LA PLATA LIBRARY

Purchased

1963

G985

G589h

Cop 2

LATIN AMERICAN COLLECTION

This Book is Due on the Latest Date Stamped

APR 23 1979 RET'D APR 16 1979 LAC

SEP 03 1980 MAY 07 1980 RET'D

APR 13 1983 RET'D MAR 29 1983 LAC

AUG 29 1983 RET'D AUG 29 1983 LAC

SEP 26 1983 RET'D SEP 25 1983 LAC

OCT 23 1983 RET'D OCT 25 1983 LAC

NOV 22 1983 RET'D NOV 01 1983 LAC

DEC 19 1983 RET'D DEC 15 1983 LAC

OUT TO ILS
IL:3917681
JUN 5 '93

CALL NO.

G985
G589h
cop.2

TO BIND PREP.

DATE 5 July 73

NEW BINDING	[x]
REBINDING	[]
REGULAR	[x]
RUSH	[]
LACED-ON	[]
BUCKRAM	[x]
SPECIAL PAM.	[]

BY 20 1973

AUTHOR AND TITLE

[González Prada.
Horas de lucha.

CATALOGUER

LH

RETURN BOOK TO

LAC

CARE IN TRIM: FOLD. MATTER

[]

STUB FOR: T.-P. AND I.

[]

LACKING NOS.

[]

SPECIAL BOOKPLATE Lucuix

[x]

CATALOGUE DEPT. BINDING INST.

MANUEL G. PRADA

HORAS DE LUCHA

LIMA

TIP. "EL PROGRESO LITERARIO"

FILIPINAS N.º 114 Y 116

—
1908

CALL NO.

G985
G589h
cop.2

TO BIND PREP.

DATE 5 July 73

NEW BINDING	[x]
REBINDING	[]
REGULAR	[x]
RUSH	[]
LACED-ON	[]
BUCKRAM	[x]
SPECIAL PAM.	[]

JULY 20 1973

AUTHOR AND TITLE

[González Prada.
Horas de lucha.

CATALOGUER	LH
RETURN BOOK TO	LAC

CARE IN TRIM: FOLD. MATTER	[]
STUB FOR: T.-P. AND I.	[]
LACKING NOS.	[]
SPECIAL BOOKPLATE Lucuix	[x]

CATALOGUE DEPT. BINDING INST.

MANUEL G. PRADA

HORAS DE LUCHA

LIBRO DE LA

LIMA

TIP. "EL PROGRESO LITERARIO"

FILIPINAS N.º 14 Y 116

—
1908



HORAS DE LUCHA

LIBRO DE REGISTRO
AGENCIA DE...
GOBIERNO...
M

MANUEL G. PRADA

HORAS DE LUCHA



LIMA
TIP. "EL PROGRESO LITERARIO"
FILIPINAS 114 Y 116
—
1908

UNIVERSAL BOOKBINDERY Order No.

PLEASE CHECK INFORMATION BELOW

Bound by UNIVERSAL BOOKBINDERY., SAN ANTONIO, TEX. Date

Name of **UT AUSTIN**

Library Dept. **B PREP**

New Color No.
Repeat **AAB-188**

Letter Spine Exactly As Shown
Below Indicating Title, Vol.
No., Year, Date, Part No., Call
No., and Imprints if Desired.

Reb: Enclosed
Make New

Bind Title Page:
Separate
Not pub.
Stub for

**GONZALEZ
PRADA**

**HORAS
DE LUCHA**

Contents: Front

Index: Front Back
Stub for Not Pub.

Covers:
Remove
Bind in all
Bind in Front covers only
Bind in First Cover Only

**G 985
G 589 h
cop. 2**

Ads:
Remove
Leave in
Remove though
paged in if without text

Imprint: Yes No

Stamp in White
Stamp in Black
Stamp in Gold

Special Instructions:

LOS PARTIDOS y la UNION NACIONAL

[Conferencia dada el 21 de Agosto de 1898]

SEÑORES:

Cumpliendo con el mandato de la Unión Nacional, vengo á dirigir una palabra de aliento á los pocos hombres que después de muchas tentaciones y de muchos combates, permanecen fieles á nuestra causa. Hablaré de las agrupaciones políticas y sus caudillos, de la última guerra civil y sus consecuencias, de la Unión Nacional y sus deberes en las actuales circunstancias.

No esperen ustedes de mis labios reticencias, medias palabras, contempORIZACIONES ni tiros solapados y cobardes: expreso clara y toscamente las ideas; sin máscara ni puñal, ataco de frente á los malos hombres públicos. No hablo para incensar á los que mandan ni para servir de vocero á los que sueñan con arre-

batar el poder, sino para decir cuanto me parece necesario y justo, hiera los intereses que hiriere, subleve las iras que sublevare.

I

¿Qué fueron por lo general nuestros partidos en los últimos años? sindicatos de ambiciones malsanas, clubs eleccionarios ó sociedades mercantiles. ¿Qué nuestros caudillos? agentes de las grandes sociedades financieras, paisanos astutos que hicieron de la política una faena lucrativa ó soldados impulsivos que vieron en la Presidencia de la República el último grado de la carrera militar.

No faltaron hombres empeñados en constituir partidos homogéneos y sólidos; mas al fin quedaron aislados, sin colaboradores ni discípulos, y tuvieron que enmudecer para siempre ó limitarse á ejercer un apostolado solitario. ¿Dónde se encuentran los miembros del último Partido Liberal? Es que en los cerebros peruanos hay fosforescencias, nada más que fosforescencias de emancipación: todos renegamos hoy de las convicciones que invocábamos ayer, todos pisoteamos en la vejez las ideas que fueron el orgullo y la honra de nuestra juventud. Y ¡ojalá solamente los viejos prevaricaran!

Nosotros no clasificamos á los individuos en republicanos ó monárquicos, radicales ó conservadores, anarquistas ó autoritarios, sino en electores de un aspirante á la Presidencia. Al agruparnos formamos partidos que degeneran en clubs eleccionarios, ó mejor dicho, establecemos clubs eleccionarios que se arrojan el nombre de partidos. Verdad, las ideas encarnan en los hombres; pero verdad también que desde hace muchos años, ninguno de nuestros hombres públicos representó ni siquiera la falsificación de una idea. Veamos hoy mismo. ¿Qué grupos se denominan partidos? ¿Quiénes se levantan con ínfulas de jefes?

No contemos con el Civilismo de 1872, con ese núcleo de *consignatarios* reunidos y juramentados para reaccionar contra Dreyfus. Los corifeos del Partido Civil fueron simples negociantes con disfraz de políticos, desde los banqueros que á fuerza de emisiones fraudulentas convirtieron en billete depreciado el oro de la nación hasta los cañaveleros ó barones chinos que transformaron en jugo sacarina la sangre de los desventurados coolies. La parte sana del Civilismo, la juventud que había seguido á Pardo, animada por un anhelo de reformas liberales, se corrompió en contacto con los malos elementos ó, segregán-

dose á tiempo, vivió definitivamente alejada de la política.

Pardo incurrió en graves errores económicos renovando el sistema de empréstitos y adelantos sobre el huano, sistema que él mismo había combatido; pero sufría los efectos de causas creadas por sus antecesores, luchaba con resistencias superiores á sus fuerzas; se veía encerrado en estrecho círculo de hierro. Se comete, pues, una grave injusticia cuando se le atribuye toda la culpa en la bancarrota nacional, iniciada por Castilla, continuada por Echenique y casi rematada por el Ministro Piérola con el contrato Dreyfus.

Sobre el Civilismo gravita una responsabilidad menos eludible que la bancarrota; dándose un nombre que implicaba el reto á una clase social, partiendo en guerra contra los militares, olvidó que si las capas inferiores de la Tierra descansan en el granito, las sociedades nuevas se apoyan en el hierro. Este olvido contribuyó eficazmente á nuestro descalabro en la última guerra exterior. Chile tuvo la inmensa ventaja de combatir, en el mar contra buques viejos y mal artillados, en tierra contra pelotones de reclutas á órdenes de militares bisoños, cuando no de comerciantes, doctores ó hacendados. Castilla, soldado sin educación ni saber pero inteligente

y avisado, comprendió muy bien que al Perú le convenía ser potencia marítima. *Cuando los chilenos construyan un buque de guerra, decía, nosotros debemos construir dos.* Pardo prefirió las alianzas dudosas y problemáticas á la fuerza real de los cañones, y solía repetir con una ligereza indigna de su gran suspicacia: *Mis dos blindados son Bolivia y la República Argentina.* Con todo, puede también disculpársele de no haber aumentado nuestra marina: tuvo que malgastar en combatir contra Piérola el oro que debió invertir en buques de guerra.

Muerto Pardo, que era la cabeza y la vida, el Partido Civil sufrió una desagregación cadavérica. Los civilistas, dispersos, sin cohesión suficiente para reconstituir una combinación estable, se resignaron á entrar como partes accesorias en las nuevas combinaciones. Han sido sucesiva y hasta simultáneamente, pradistas, calderonistas, iglesistas, caceristas, bermudistas, cívicos, coalicionistas y demócratas. Y no marchan todos á una, en masa compacta; poseen su táctica individual: así, cuando estalla una revolución ó surge algún caudillo con probabilidades de arribar hasta la cumbre, los impacientes se afilian en el acto, mientras los malignos y cautos se conservan in statu quo, aguardan-

do el resultado de la lucha para ir á engrosar el cortejo del vencedor. Hasta en el seno de una misma familia vemos á unos hermanos que se enrolan en el Partido Demócrata ó en el Constitucional, á la vez que otros permanecen como miembros natos del Civilismo. De modo que el tal Partido Civil es hoy para muchos el arte de comer en todas las mesas y meter las manos en todos los sacos.

Los civilistas constituyen una calamidad ineludible: no se debe gobernar con ellos porque transmiten el virus, no se puede sin ellos porque se imponen con el oro y la astucia.

Excluyamos también á la Unión Cívica, ó propiamente hablando, camarilla parlamentaria, que pretendió surgir como panacea cuando vino como nuevo caso patológico. Nació con varias cabezas y, como todas las monstruosidades, vivió poco y miserablemente, aunque duró lo necesario para servir de puente decoroso entre el Civilismo y el Pierolismo, pues muchos hombres que no habrían tenido el descaro de saltar violentamente desde civilistas hasta demócratas, se deslizaron suavemente de civilistas á cívicos, de cívicos á coalicionistas y de coalicionistas á demócratas.

•
¿Pudo la Unión Cívica realizar algo mejor, dado su origen? Todos sabemos la historia

de los Congresos peruanos, desde el que humildemente se arrodilló ante Bolívar para conferirle la dictadura hasta el que sigilosamente acaba de sancionar el Protocolo y conceder el premio gordo á la fructífera virginidad de un tartufo. En nuestros cuerpos legislativos, en esa deforme aglomeración de hombres incoloros, incapaces y hasta inconscientes, hubo casi siempre la feria de intereses individuales, muy pocas veces la lucha por una idea ni por un interés nacional. Las Cámaras se compusieron de mayorías reglamentadas y disciplinadas; así, cuando una minoría independiente y proba quiso levantar la voz, esa minoría fué segregada por un golpe de autoridad ó tuvo que enmudecer entre la algazara y los insultos de una mayoría impudente y mercenaria. Y entre los Congresos inicuos ocupa lugar preferente el Congreso del Contrato Grace, el Congreso descaradamente venal, el Congreso que por una especie de cisma produjo á la Unión Cívica.

Al disolverse la camarilla parlamentaria, algunos de sus miembros se plegaron en bloque al Partido Demócrata (que dió muestras de rechazarles y acabó por admitirles) mientras muchos regresaron contritamente al Partido Constitucional, porque vivían ligados á Cáceres con negocios de trastienda y

misterios de alcoba. Si algo unió á los *prohombres* de la Unión Cívica, fué lo que más separa, el crimen: ellos antes de amalgamarse para formar un seudo partido, habían ejecutado la carnicería de Santa Catalina, ese crimen inútil y cobarde que será la deshonra de Morales Bermúdez, como Tebes lo es de Cáceres.

Quedan el Cacerismo y el Pierolismo que no deben llamarse partidos homogéneos sino agrupaciones heterogéneas, acaudilladas por dos hombres igualmente abominables y funestos—Cáceres que un día representaba los intereses de Grace, Piérola que no sabemos si continúa favoreciendo los negocios de Dreyfus. Al ver la encarnizada guerra de pierolistas y caceristas, cualquiera se habría figurado que sus jefes personificaban dos polítics diametralmente opuestas, que el uno proclamaba las ideas conservadoras hasta el absolutismo, cuando el otro llevaba las ideas avanzadas hasta la anarquía. Nada de eso: retamos al hombre más sutil para que trace una línea demarcadora entre pierolistas y caceristas, para que nos diga cuáles reformas no aceptaría Cáceres y cuáles reformas rechazaría Piérola. Prescindiendo de la cuestión financiera, ó más bien, suprimiendo á Grace y Dreyfus, Cáceres habría firmado un

programa de Piérola, así como Piérola habría suscrito un manifiesto de Cáceres. Ambos representan una contradicción viviente: Cáceres es un constitucional ilegal y despótico, Piérola un demócrata clerical y autocrático.

Los dos antagonistas guardan muchos puntos de analogía, salvo que el Dictador de 1879 se reviste de hipocresía para estrangular con la mano izquierda y santiguarse con la derecha. en tanto que el Jefe de la Breña denuncia los instintos del hombre prehistórico y tiene sus *francas y leales* escapadas á la selva primitiva. En ambos, el mismo orgullo, el mismo espíritu de arbitrariedad, la misma sed de mando y hasta igual manía de las grandezas, pues si el uno se cree Dictador *in pártibus*, el otro considera la Presidencia como el término legal de su carrera. En la vida de Cáceres brilla una época gloriosa: cuando luchaba con Chile y se había convertido en el Grau de tierra; en la existencia de Piérola se destaca siempre la figura borrosa del conspirador y signatario de *contratos*. Rodeado por algunos hombres honrados y de sanas intenciones, Cáceres pudo ser un buen mandatario; Piérola, circundado por un ministerio de Catones, daría los frutos que da. Uno representa la ignorancia ó el cofre

medio vacío, el otro la mala instrucción ó el canasto lleno de cachivaches y vejeces. En Cáceres, los defectos se compensan con cierta caballerosidad militar y cierta arrogancia varonil: sus adversarios se hallan frente á un hombre que aborrecen y respetan; en Piérola, todas las acciones, por naturales que parezcan, descubren algo hechizo y juglaresco: sus enemigos se ven ante un cómico de la legua ó payaso que les infunde risa. A Cáceres se le pega un tiro, á Piérola se le lanza un silbido.

Ya les vimos como Dictadores ó Presidentes: con Piérola tuvimos despilfarro económico, pandemónium político, desbarajuste militar y Dictadura ungida con óleo de capellán castrense y perfumada con mixtura de madre abadesa; con Cáceres, rapiña casera, flagelación en cuarteles y prisiones, fusilamiento en despoblado y la peor de todas las tiranías, la tiranía con máscara de legalidad. En resumen: ¿qué es Piérola? un García Moreno de ópera bufa; ¿qué es Cáceres? un Melgarejo abortado en su camino.

Pierolismo y Cacerismo patentizan una sola cosa—la miseria intelectual y moral del Perú.

II

Sí, miseria que será incurable y eterna si la mayoría sana y expoliada no realiza un he-

roico esfuerzo para extirpar á la minoría enferma y expoliadora.

Y no se tome por síntoma regenerador la última guerra civil. Todos los infelices indios que derramaron su sangre en las calles de Lima, no fueron ciudadanos movidos por una idea de justicia y mejoramiento social, sino seres medio inconscientes, cogidos á lazo en las punas, empujados con la punta de la bayoneta y lanzados los unos contra los otros, como se lanza una fiera contra una fiera, una locomotora sobre una locomotora. En las revoluciones de Castilla contra Echenique y de Prado contra Pezet hubo formidables y espontáneos levantamientos de provincias enteras, ejércitos sometidos á la disciplina y combates humanos aunque sangrientos; pero, en la guerra civil de 1894, los pueblos se mantuvieron en completa indiferencia, y sólo vimos hordas de montoneros capitaneadas por bandidos, impondores de cupos, taladores de haciendas, flageladores de reclutas, violadores de mujeres, fusiladores de prisioneros, en fin, bárbaros tan bárbaros al defender la risible legalidad del Gobierno como al proclamar el monstruoso engendro de la Coalición. ¿Qué importa el valor desplegado en la toma de Lima? Nada tan fácil como hacer de un ignorante una bestia feroz. Si el

valor reflexivo y generoso denota la grandeza moral del individuo, la cólera ciega y brutal, la sed de sangre, el matar por matar, el destruir por destruir, prueban un regreso á la salvajez primitiva. Cuando dos hombres civilizados apelan al duelo, el vencedor tiende la mano al vencido; cuando un par de caníbales se disputan la misma presa, el vencedor se come presa y vencido.

En todas partes las revoluciones vienen como dolorosa y fecunda gestación de los pueblos: derraman sangre pero crean luz, suprimen hombres pero elaboran ideas. En el Perú, no. ¿Quién se ha levantado un palmo del suelo? ¿Quién ha manifestado grandeza de corazón ó superioridad de inteligencia? ¿Cuál de todos esos que chapotearon y se hundieron en la charca de sangre surgió trayendo en sus manos la perla de una idea generosa ó de un sentimiento noble? La mediocridad y la bajeza en todo y en todos. Vedles inmediatamente después del triunfo, cuando no se han secado todavía los charcos de sangre ni se han desvanecido los miasmas del cadáver en putrefacción: la primera faena de los héroes victoriosos se reduce á caer sobre los destinos de la Nación desangrada y empobrecida, como los buitres se lanzan sobre la carne de la res desbarrancada y moribunda. Simultá-

neamente, se dan corridas de toros, funciones de teatro y opíparas comilonas. Civilistas, cívicos y demócratas, todos se congratulan, comen y beben en cínica y repugnante promiscuidad. Todos convierten su cerebro en una prolongación del tubo digestivo. Como cerdos escapados de diferentes pocilgas, se juntan amigablemente en la misma espuerta y en el mismo bebedero. Y ¡ni una sola voz protesta! Y ¡ni un solo estómago siente asco y náuseas! Y ¡todos comen y beben sin que los manjares les hiedan á muerto, sin que el vino les deje sabor á sangre! Y ¡Piérola mismo preside las agapes fúnebres y pronuncia los brindis congratulatorios! No valía la pena de clamar 25 años contra el Civilismo, sembrar odios implacables, acaudillar revoluciones sangrientas y cargar el rifle de Montoya, para concluir con perdones mutuos y abrazos fraternales.

¿Pudo la revolución producir mejores resultados? Donde la pobreza sube á tanto que el hambre concluirá por llamarse un hábito nacional ¿qué hacen los hombres sino disputarse la presa y devorarse? Revolucionario que triunfa, coge el destino y come, embiste á la Caja Fiscal y roba. Y como el caído tiene hambre y grita, hay que cerrarle la boca y hacerle callar, algunas veces para siempre.

Ya estamos viendo la lucha por el bocado, el tú ó yo sin misericordia, en las entrañas de una selva. Nuestras revoluciones han sido (y serán por mucho tiempo) industrias ilícitas como el contrabando, como el progenitismo; y en el fragor de los combates se oirá, no sólo el estampido de armas que hieren y matan, sino el ruido de manos que se arañan en el fondo de un saco.

Con el triunfo de la revolución y la Presidencia de su caudillo, no mejora, pues, la suerte del Perú: lo venido con Piérola vale tanto como lo ido con Cáceres; y se necesita llevar una venda en los ojos ó estar embriagado con los vapores del festín, para encontrar alguna diferencia entre la desenfrenada soldadesca que ayer nos impuso al Jefe del Partido Constitucional y las famélicas hordas de montoneros que hoy nos someten al Jefe del Partido Demócrata. Se continúa la misma tragicomedia, con nuevas comparsas y con los mismos actores principales. Los demócratas poseen tanta conciencia de su inferioridad que para establecer un Gobierno Provisorio tuvieron que recurrir á la colaboración del Civilismo. ¡En 25 años de preparación y disciplina no alcanzaron á definir sus ideas ni á educar una media docena de hombres capaces de regir los ministerios!

Veamos á Piérola instalado en el Poder, como quien dice en la silla gestatoria. El *Inmaculado* concede su intimidad, sus favores y los cargos de más confianza á los hombres que en todas las épocas y bajo todos los gobiernos se distinguieron por la rapacidad y la desvergüenza; el *Restaurador* de las garantías individuales encarcela diputados, clausura periódicos y se vale de subterfugios ó triquiñuelas de *tinterillo* para confiscar imprentas y sellar el labio de los hombres que hablan con independencia y osadía; el *Regenerador* hace de la Capital una leprosería de monjas y frailes, entrega medio Perú á las comunidades religiosas, arroja del Cuzco á los clérigos ingleses que fundan un colegio y se imagina que lo negro de las conciencias se borra con el yeso aplicado á las torres de una iglesia: el *Federalista* responde con denuestos y cañones al movimiento inicial en Iquitos, insinúa la supresión de los Concejos Departamentales y sueña cuanta medida puede concebirse para llevar á cabo la más opresora centralización; el *Demócrata* no recibe á los huelguistas con la dulzura y afabilidad de un correccionario, sino les rechaza con el ceño y dureza del señor feudal, hasta con la insolencia del mandón, listo á despachar unos cuantos esbirros que den plomo á los hambrientos que de-

mandan pan; en fin, el *Protector de la Raza Indígena* restablece en el camino del Pichis el régimen de las antiguas mitas y renueva con los desheredados indios de Ilave y Huanta los horrores y carnicerías de Weyler en Cuba y del Sultán en Armenia.

En resumen: la última guerra civil ha sido mala, tanto por la manera como se hizo cuanto por el caudillo que nos impuso: ella se iguala con el terremoto en que se desploman las ciudades y se cuartea la tierra para lanzar chorros de aguas negras y bocanadas de gases sulfurosos.

Sin embargo, en ninguna parte se necesita más de una revolución profunda y radical. Aquí, donde rigen instituciones malas ó maledadas, donde los culpables forman no solamente alianzas transitorias sino dinastías seculares, se debe emprender la faena del hacha en el bosque. No estamos en condiciones de satisfacernos con el derrumbamiento de un mandatario, con la renovación de las Cámaras, con la destitución de unos cuantos jueces ni con el cambio total de funcionarios subalternos y pasivos. Preguntemos á las gentes sencillas y bien intencionadas, á los agricultores ó industriales, á los ciudadanos que no mantienen vinculaciones con el Gobierno ni medran á expensas del Erario Público: todos nos

responderán que llevan el disgusto en el corazón y las náuseas en la boca, que se asfixian en atmósfera de hospital, que anhelan por la ráfaga de aire puro y desinfectado, que piden cosas nuevas y hombres nuevos. ¿Qué puede alucinarnos ya? Todas las instituciones han sido discutidas ó descarnadas, y ostentan hoy sus deformidades orgánicas. Todos los personajes sufrieron disección anatómica y examen microscópico: les conocemos á todos.

Y la corrupción va cundiendo en los artesanos de las ciudades. La clase obrera figura en todas partes como la selva madre donde existen el buen palo de construcción y la buena tierra de sembradío. Cuando la parte más civilizada de una nación se prostituye y se desvigoriza, sube del pueblo una fecunda marejada que todo lo regenera y lo fortifica. Los artesanos de Lima, colocados entre el simple jornalero (á quien menosprecian) y la clase superior (á quien adulan) constituyen una pseudo aristocracia con toda la ignorancia de lo bajo y toda la depravación de lo alto. Al reunirse establecen cofradías ó clubs electorarios; y como no profesan convicción alguna, como no conciben la más remota idea de su misión social ni de sus derechos, como se figuran que el sùmmum de la sapiencia humana se condensa en la astucia de Bertoldo

emulsionada con la bellaquería de Sancho, tienen ustedes que los artesanos de Lima hacen el papel de cortesanos ó lacayos de todos los poderes legales ó ilegales, y que hoy mismo se contentan con recibir de Piérola el agua bendita y el rosario, como recibieron ayer de Pardo el aguardiente y la butifarra.

Felizmente, el Perú no se reduce á la costra corrompida y corruptora: lejos de políticos y logreros, de malos y maleadores, dormita una multitud sana y vigorosa, una especie de campo virgen que aguarda la buena labor y la buena semilla. Riamos de los desalentados sociólogos que nos quieren abrumar con sus *decadencias* y sus *razas inferiores*, cómodos hallazgos para resolver cuestiones irresolubles y justificar las iniquidades de los europeos en Asia y Africa. ¡Decadencia! Si estamos hoy de caída ¿cuándo brilló nuestra éra de ascensión y llegada á la cumbre? ¿Puede rodar á lo bajo quien no subió á lo alto? Nuestros conciudadanos de Moyobamba y Quispicanchis ¿cenan ya como Lúculo, se visten como Sardanápalo, aman como el Marqués de Sade, coleccionan cuadros prerrafaelistas y saben de memoria los versos de Baudelaire y Paul Verlaine? Aquí tenemos por base nacional una masa de indios ignorantes, de casi primitivos que hasta hoy recibieron por úni-

cos elementos de cultura las revoluciones, el alcohol y el fanatismo. Al pensarles en decadencia, se confunde la niñez con la caducidad, tomando por viejo paralítico al muchacho que todavía no aprendió el uso de sus miembros. Y *¿las razas inferiores?* Cuando se recuerda que en el Perú casi todos los hombres de algún valor intelectual fueron indios, cholos ó zambos, cuando se ve que los poquísimos descendientes de la nobleza castellana engendran tipos de inversión sexual y raquitismo, cuando nadie hallaría mucha diferencia entre el ángulo facial de un gorila y el de un antiguo marqués limeño, no hay para qué aducir más pruebas contra la inferioridad de las razas. Se debe, sí, constatar que desde los primeros albores de la Conquista, los *blancos* hicieron del indio una *raza sociológica*, ó más bien, una *casta ínfima* de donde siguen extrayendo el buey de las haciendas, el topo de las minas y la carnaza de los cuarteles.

Si los malos elementos superaran á los buenos, hace tiempo que habríamos desaparecido como nación, porque ningún organismo resiste cuando la fuerza desorganizadora excede á la fuerza conservatriz. Aquí el verdadero culpable fué el hombre ilustrado, que prodigó lecciones de inmoralidad cuando debió educar al pueblo con el buen ejemplo dándole una

verdadera lección de cosas. La muerte moral se concentra en la cumbre ó clases dominantes. Nos parecemos á los terrenos que surgen del Océano y llevan en las capas superiores los detritus de la vida submarina. El Perú es montaña coronada por un cementerio.

III

En medio de tanta miseria y de tanta ignominia, la Unión Nacional intenta formar un solo cuerpo de todos los hombres decididos á convertir las buenas intenciones en una acción eficaz, enérgica y purificadora: quiere unificarles y aguerrirles para sustituir la ordenada labor de una colectividad á los trabajos sin orden ni plan y á veces contraproducentes del individuo.

La Unión no pretende ganarse prosélitos, merced á pactos ambiguos ó solidaridades híbridas; rompe las tradiciones políticas y quiere organizar una fuerza que reaccione contra las malas ideas y los malos hábitos. Sólo de un modo nos atraeremos las simpatías y hallaremos eco en el alma de las muchedumbres—siendo intransigentes é irreconciliables. ¿Por qué fracasaron nuestros partidos? por la falta de líneas divisorias, por la infiltración

recíproca de los hombres de un bando en otro bando. En el orden político, lo mismo que en el zoológico, el ayuntamiento de especies diferentes no produce más que híbridos ó seres infecundos. En España, se concibe la fusión transitoria de los partidos republicanos para destronar á la Monarquía y detener al Carlismo; en Francia, se concibe también para contrarrestar la influencia de clericales y orleanistas; pero aquí no se comprende las alianzas porque persiguen el único fin de encumbrar ó derrocar á un Presidente. ¿Cuál ha sido el resultado de la Coalición de 1894? quitar á un hombre, poner á otro y seguir en el mismo régimen. ¿Qué pasa hoy mismo? los civilistas buscan á los demócratas para embonar á Candamo, mientras los demócratas se hacen los esquivos porque sueñan con imponer á no sabemos qué personalidades indecisas y borrosas.

Como no hacen falta personajes de medio tinte ni agrupaciones amorfas y de color indefinible, se nos plantea un dilema: disolvernos ó convertirnos en verdadero partido de combate. Conviene repetirlo leal y francamente, para evitar equivocaciones y trazar desde hoy nuestra línea divisoria: entre la Unión Nacional y todas las agrupaciones mercantiles ó personalistas no caben alianzas ni transac-

ciones: cuando nos aproximemos á un bando cualquiera, no será para marchar con él sino contra él, no para estrecharle la mano sino para hacerle fuego.

Declarados tales propósitos, llevan el optimismo hasta la bobería los neófitos que al ingresar aquí se imaginan emprender viaje por un camino de flores. Se parte en guerra contra enemigos poderosos que miran el país como su legítimo patrimonio y defenderán la presa con el oro y la astucia, con la fuerza y el crimen. Ellos tienen en el ejército un brazo que tiraniza con el hierro, en el periódico una lengua que mata con la calumnia; cuentan con pretorianos á buen sueldo, con vociferadores á buena propina.

No basta desplegar la bandera y lanzar el grito para que los adherentes acudan en tropel. Nos dirigimos á un pueblo cien veces engañado que desconfiará de nosotros mientras los actos no le prueben la sinceridad de las intenciones. Mucho haremos con la pluma y la palabra, con el folleto y la conferencia, con la carta familiar y la conversación íntima; pero mucho más realizaremos con el ejemplo: la vida ejerce una propaganda lenta y muda, pero irresistible. Para eso necesitamos cerebros que piensen, no autómatas que hablen y gesticulen; gentes vivas, no cadáveres ambu-

lantes; prosélitos de buena fe, no tráfugas corrompidos con la hereneia y el mal ejemplo; en una palabra, juventud de jóvenes, no de hombres con 25 años en la fe de bautismo y siglo y medio en el corazón.

Lo difícil de organizarse lo palpamos ya. En tanto que el país gozó de tranquilidad, la Unión Nacional se desarrollaba paulatinamente, sin luchar con graves obstáculos, salvando las contrariedades que todas las asociaciones encuentran al nacer; mas cuando los caudillos se levantaron á formular programas, ganarse prosélitos y organizar clubs, entonces algunos de nuestros adherentes se agitaron como limaduras de hierro en presencia del imán. La agitación llegó á su colmo en Marzo de 1894 al estallar la revolución. En el seno mismo de la Unión, hasta en el reducido número del Comité Central, vimos las duplicidades, las deserciones y las apotasías. Éramos un recién nacido, y ya el mal hereditario nos carcomía.

Esto hace pensar á veces que las tentativas de reunir á los hombres por algo superior á las conveniencias individuales resultan vanas y contraproducentes. ¡Quién sabe si en el Perú no ha sonado la hora de los verdaderos partidos! ¡Quién sabe si aun permanecemos en la éra del apostolado solitario! Hay

talvez que lanzarse al campo de batalla, sin fiar en la colaboración leal de muchos, temiendo tanto al enemigo que nos ataca de frente como al amigo que nos hiere por la espalda. Y en esta lucha desigual, el correligionario de hoy se vuelve mañana un enemigo, mientras el adversario no se convierte jamás en amigo. Los que en el Perú marchan en línea recta se ven al cabo solos, escarnecidos, crucificados. Aquí se trabaja quizá como la disciplinada tripulación que se afana y se fatiga con la seguridad de no salvar el cargamento ni las vidas, porque el agua monta y el buque se hunde. Pero, suceda lo que sucediere, la voz de algunos hombres fieles á sus convicciones resonará mañana como una protesta viril en este crepúsculo de almas, en esta podredumbre de caracteres.

Felizmente, impera en la Unión Nacional una mayoría compacta y homogénea que resiste á las disensiones intestinas y repele los ataques exteriores. Si algunos pueden haber flaqueado y hasta delinquido, si algunos se han arrogado facultades ó representaciones que nadie les concedió, el Comité Central de Lima no ha solicitado alianzas ni celebrado transacciones indignas: él ha lanzado de su seno á los equívocos ó intrigantes. Segregados hoy los elementos ambiguos y perni-

ciosos, desvanecido el peligro de una cisión, la mayoría de la Unión Nacional sigue levantando una bandera inmaculada; y no sólo la levanta valerosamente en Lima, donde el ciudadano goza una intermitencia de garantías, sino temerariamente en muchos pueblos de la República, donde se respira bajo el régimen de los procónsules romanos, donde no existe más ley que la obtusa voluntad de un prefecto, de un subprefecto, de un gobernador ó de un comandante de partida. Hasta cabe asegurar que la más sólida fuerza de la Unión reside en las provincias, lo contrario de todos nuestros bandos políticos que sólo se mueven por el impulso recibido de la Capital. Si algún día el Comité de Lima violara el programa ó celebrara connivencias tenebrosas, el último Comité de la República podría convertirse en el verdadero centro de la Unión Nacional. Aquí no hay, ni queremos hombres que obedezcan ciegamente á las órdenes del grupo y del amo.

En nuestro desarrollo seguro aunque tardío, nada se debe á la iniciativa individual, todo viene de una acción colectiva, y nadie tiene por qué gastar ínfulas de hombre inspirador y necesario. El Partido Civil fué Pardo, el Partido Constitucional ha sido Cáceres, el Partido Demócrata es Piérola;

Nacional no es hombre alguno. Talvez, cediendo á la manía reglamentaria y al prurito general de vaciarlo todo en moldes parlamentarios, hemos organizado mesas presidenciales con tramitaciones complicadas y aún vejatorias; pero debe reconocerse que pretendemos aleccionar á nuestros adherentes de modo que en el momento preciso el más oscuro y el más humilde se convierta en el vocero de las ideas y el propulsor de la masa. En una palabra, no queremos exponernos á morir por decolación como el Partido Civil.

Sin embargo, la acefalía desinteresada, lo que á primera vista parece la fuerza y el mérito de la Unión, retarda su desarrollo y puede ocasionar su ruina. Nada tan funesto como un hombre sin convicciones á la cabeza de una muchedumbre nerviosa y maleable; nada también tan estéril como la idea que vive una vida aérea, que no se vuelve tangible, que no encarna en alguna personalidad. Una causa sin apóstol es una simple abstracción; y la Humanidad no adora y sigue más que á los individuos: hasta en las religiones más ideales, suprimido el símbolo material, vacila el dogma.

Esperemos que el hombre necesario surgirá en la hora oportuna: uno de esos adherentes sinceros y entusiastas, quizá el más silencioso

y el menos sospechado, realizará mañana el fecundo pensamiento de la Unión Nacional. Cuando la figura superior se diseñe en medio de nosotros, abramos el paso, allanemos el camino, haciendo el sacrificio de nuestro orgullo y de nuestras ambiciones personales: si hay mérito en pregonar una idea, hay mayor mérito en ceder el sitio al hombre capaz de realizarla.

Mientras llega ese día, mucho nos queda por hacer. Hasta hoy nos señalamos por el sentido práctico, y sin embargo, los malévolos ó políticos de profesión nos tachan de ilusos, utopistas y soñadores. Como en política valen los hechos, conviene preguntar ¿qué obra realizaron esos *hombres eminentemente prácticos* que no se alucinaron, no forjaron utopías ni soñaron? Ellos promulgaron constituciones y leyes sin educar ciudadanos para entenderlas y cumplirlas, ellos fundieron un metal sin cuidarse de ver si el molde tenía capacidad para recibirle, ellos decretaron la digestión sin conceder medios de adquirir el pan. Las desheredadas masas de indios se hallan en el caso de apostrofarles: —¿De qué nos sirve la instrucción gratuita si carecemos de escuelas? ¿De qué la Ley de Imprenta si no sabemos ni leer? ¿De qué el derecho de sufragio si no podemos ejercerle conscientemen-

te? ¿De qué la libertad de industria si no poseemos capitales, crédito ni una vara de tierra que romper con el arado? Esos hombres eminentemente prácticos fueron políticos á manera del buen doctor que hace morir á todos sus enfermos, del buen abogado que pierde todas sus causas y del buen capitán que echa á pique todos sus buques. Veámosles hoy mismo: cuando por el Sur nos amenazan nuevas y quizá más graves complicaciones que en 1879, ellos plantean las cuestiones fuera de su terreno, imaginándose reivindicar con la Diplomacia y el protocolo los bienes que se recuperan con el rifle y la espada. Los *hombres eminentemente prácticos* levantan un dique de mamotretos para contrarrestar una invasión de bayonetas.

Piden algunos que toda palabra ó manifiesto de la Unión Nacional encierre tanto un programa definido y completo cuanto una fórmula para solucionar problemas no solucionados en ningún pueblo de la Tierra. Si la Humanidad hubiera resuelto sus problemas religiosos, políticos y sociales, el Planeta sería un Edén, la vida un festín. Un partido no puede ni debe condenarse á seguir un programa invariable y estricto como el credo de una religión; basta plantar algunos jalones y marcar el derrotero, sin fijar con antela-

lación el número de pasos. La Unión Nacional podría condensar en dos líneas su programa: evolucionar en el sentido de la más amplia libertad del individuo, prefiriendo las reformas sociales á las transformaciones políticas. Ya se vislumbra, pues, de qué lado estaríamos si llegara el caso de implantar el régimen federal ó establecer la libertad de cultos. Aunque el decirlo tenga visos de paradoja, somos un partido político, animado por el deseo de alejar á los hombres de la mera política, enfermedad endémica de las sociedades modernas. Política quiere decir traición, hipocresía, mala fe, podre con guante blanco; y al motejarse de mal político á un hombre de convicciones, en lugar de inferirle una ofensa, se le extiende un diploma de honradez y humanidad. No, de los *grandes y buenos políticos* no vino al mundo nada *bueno ni grande*: políticos se llaman Enrique IV renegando en París y Saint-Denis, Napoleón fusilando al Duque de Enghien, Talleyrand locupletándose bajo todos los regímenes, Bismarck falsificando el telegrama de Ems, Guillermo II aplaudiendo la estrangulación de Grecia, Cánovas del Castillo asclando Cuba, yermando Filipinas y haciendo funcionar una inquisición laica en la fortaleza de Montjuich.

Cuestiones de formas gubernamentales,

cuestiones de palabras ó de personas. Poco valen las diferencias entre el régimen monárquico y el republicano, cuando reina tanta miseria en San Petersburgo como en New York, cuando en Bélgica se disfruta de más garantías individuales que en Francia, cuando toda una reina de la Gran Bretaña carece de autoridad para encarcelar á un triste obrero; mientras un Morales Bermúdez y un Cáceres nos aprisionan, nos destierran, nos flagelan y nos fusilan en una pampa desierta ó en los escondrijos de un cuartel. Por eso, el mundo tiende hoy á dividirse, no en republicanos y monárquicos ni en liberales ó conservadores, sino en dos grandes fracciones: los poseedores y los desposeídos, los explotadores y los explotados.

Nosotros los *ilusos* preferimos una reducida colonia de agricultores holgados y libres á una inmensa república de siervos y proletarios; nosotros los *utopistas* reconocemos que nada hay absoluto ni definitivo en las instituciones de un pueblo, y consideramos toda reforma como punto de arranque para intentar nuevas reformas; nosotros los *soñadores* sabemos que debe salirse de la caridad evangélica para entrar en la justicia humana, que todos poseen derecho al desarrollo integral de su propio sér, no existiendo razón alguna

para monopolizar en beneficio de unos cuantos privilegiados los bienes que pertenecen á la Humanidad entera. Nosotros repetimos á los hombres eminentemente prácticos: ¡Fuera política, vengan reformas sociales! Les decimos también, para de una vez concluir con ellos: Si algún día la Unión Nacional se convierte en una fuerza poderosa y decisiva, entonces se verá si somos idealistas anodinos ú hombres capaces de consumir una justa y completa liquidación social.

IV.

La atención del país se concentra hoy en las elecciones de 1899, en el nuevo movimiento revolucionario y en el Protocolo de Arica y Tacna.

Mereceríamos la tacha de *ilusos*, *utopistas* y *soñadores*, si nos creyéramos un poderoso factor en nuestra vida política y quisiéramos intervenir como juez dirimente en el próximo simulacro de elecciones. Lanzándonos á la lucha, gastaríamos de un modo estéril y hasta perjudicial la fuerza que debemos aprovechar en crecer y consolidarnos. ¿Qué dique opondríamos al torrente de ilegalidad y corrupción? Actuando solos, nos veríamos arro-

llados y vencidos; aliándonos á otros, quedaríamos absorbidos y desopinados. Desde que no tenemos aún el prestigio necesario para mover á las muchedumbres y arrastrarlas á una acción eficaz y regeneradora, venzamos la impaciencia y almacenemos fuerzas para más tarde: abstenerse hoy no significa abdicar su derecho sino aplazarle.

Quizá en el terreno de las diputaciones y senadurías podríamos combatir con probabilidades de buen éxito en algunas localidades de la República [eso lo decidirán los Comités al compulsar su influencia] pero en cuanto á la presidencia y vicepresidencias, nada conviene intentar ¿A qué elegir hombres para lanzarles á ser inútilmente maculados y heridos en ese campo de ignominias y abominaciones? Intervengamos ó no, las futuras elecciones serán lo que fueron siempre, un fraude legalizado por el Congreso.

Realicemos, pues, algo más fútil que descender al palenque de nuestras riñas electorales, á ese verdadero caldo de vibriones, y dejemos que cívicos, demócratas, civilistas y constitucionales continúen desfilando entre ruinas y sangre, como la grotesca mascarada de un carnaval siniestro. En la algazara de voces antipáticas y egoístas, seamos una voz que noche y día clame por la reconstitución de

nuestro ejército y de nuestra marina, no para atacar sino para defendernos, no para conquistar sino para eludir el ser conquistados, no para usurpar territorios ajenos sino para recobrar lo que inicua y sorpresivamente nos fué arrebatado.

Cuando la Unión Nacional anunciaba, no hace mucho tiempo, que la sanción del Protocolo originaría una guerra civil, toda la prensa turiferaria y palaciega confundió maliciosamente el anuncio con el deseo y nos atribuyó propósitos revolucionarios. Naturalmente, los plumíferos de bajo vuelo encontraron sin mucho esfuerzo una antítesis jocosa entre la debilidad de nuestros brazos y el ardor de nuestros impulsos bélicos. Era la misma lógica del que atribuye ganas de una epidemia al doctor que la anuncia ó deseos de una tempestad al marino que la presagia.

¿Hemos olvidado las revoluciones de Cáceres contra Iglesias y de Piérola contra Cáceres? Si el oro malgastado en ellas colmara hoy las arcas nacionales, si los hombres inútilmente sacrificados marcharan hoy con el rifle al hombro, otra sería la actitud de Chile con nosotros. No, esas revoluciones nada bueno produjeron, como no lo producirá la que nos amaga por el Norte. ¿Cáceres anuló ni pudo anular el Tratado de Ancón? ¿Piérola

la ha constituido un gobierno más legal y menos arbitrario que el de Cáceres? Si mañana triunfaran los flamantes revolucionarios ¿piensa nadie que serían capaces de rasgar el Protocolo y cuadrarse frente á frente de los chilenos? Al tomar cuerpo la revolución, en vísperas de la victoria, Chile enviaría un *Agente Confidencial*, y todo se arreglaría entre chilenos y revolucionarios. Dígalo Ataurá.

Los pueblos, en vez de afanarse por saber si triunfa el coronel Pérez ó sale derrotado el doctor García, deben averiguar si después de los combates pagarán menos contribuciones, sacudirán la tutela de los hacendados y dejarán la condición de jornaleros y *yanacónas* para convertirse en hombres libres y pequeños propietarios. Revolucionarse para verificar una sustitución de personas sin un cambio de régimen ¿vale acaso la pena? Con guerras civiles como las habidas hasta hoy, los ignorantes no ascienden un centímetro hacia la luz, los desgraciados no quitan un solo milígramo á la carga secular que les abrumba. Ignorantes y desgraciados se revolucionan como siervos para cambiar de señor, como ovejas que se sublevaran para mudar de trasquiladores y degolladores. Por eso, al anuncio de la nueva revolución, lanza-

mos un solo grito: ¡Fuera los nuevos ambiciosos y los nuevos criminales! Esto podemos gritar los de la Unión Nacional, los que no escondemos las manos llenas de sangre; mas no los del Partido Demócrata, mas no el mismo Piérola que durante 25 años ha regentado cátedra de sediciones y motines: él no tiene derecho á repudiar y escarnecer á los actuales revolucionarios que vienen de su escuela, que son sus discípulos.

Los problemas internacionales ofrecen hoy una faz nueva con la alianza, *entente cordial* ó convenio tácito de Bolivia y la Argentina. Adhiriéndonos para formar una triple alianza, surgen muchas probabilidades de vencer á Chile, anular el tratado de Ancón y reivindicar los territorios perdidos; no adhiriéndonos, corremos peligro de que nuestra neutralidad sea mirada como una manifestación hostil y de que la unión argentino-boliviana redunde no sólo en daño de Chile sino en perjuicio nuestro. El pensamiento de una alianza entre peruanos y chilenos contra bolivianos y argentinos se desecha sin discusión: no hay gobierno tan loco para celebrarla ni pueblo tan bajo para admitirla; así, lo más que Chile alcanzaría de nosotros, en el caso de lanzarse á la guerra, sería una estricta neutralidad. En esta suposición ¿qué ganaría-

mos? antes que todo, muy poca honra. Venciendo Chile, quedaríamos como estamos hoy, sin que nuestro inclemente vencedor de 1879 nos conservara la más pequeña gratitud ni nos concediera la más leve compensación por nuestra valiosa neutralidad; venciendo Bolivia y la Argentina, impondrían á Chile las condiciones de paz, tratarían sin cuidarse mucho de realizar la justicia, conciliando sus respectivos intereses, haciéndonos pagar muy caro el crimen de no habernos adherido á su alianza. Ninguna obligación moral impone á bolivianos y argentinos el dar su sangre y gastar su dinero por redimirnos á nosotros; y aunque ese deber existiera, no son pueblos tan románticos y generosos para sacrificar el interés en aras de la obligación moral.

¿Qué decir de Bolivia? Una sola consideración justifica hoy la alianza del Perú con ella —el temor que al no estar con nosotros, se habría unido á Chile para combatirnos y mutilarnos. La alianza de peruanos y bolivianos en 1879 recuerda la fraternidad de Sancho y don Quijote, pues en las *desventuradas aventuras* de la guerra ellos salvaban el cuerpo y nosotros recibíamos los palos. Nadie sabe si Bolivia se bañaba en agua de rosas mientras el Perú se ahogaba en un mar de

sangre: sólo se vió que después de San Francisco, los veteranos de Daza se hicieron humo entanto que el invisible y ubicuo General Campero tomó veinte veces Calama sin haberse movido una sola de Cochabamba ó La Paz. Desde la *famosa retirada* de Camarones, algunos hombres públicos de Bolivia empezaron á imaginarse que su incuria en la guerra y su alejamiento del Perú les servirían de título para que Chile les cediera Tacna y Arica. A veces se figuraban también que nosotros nos veíamos en la obligación de hacerlo, si no como remuneración de servicios prestados en la guerra (guerra que aceptamos en su defensa) al menos por confraternidad americana ó generosa caridad evangélica. En el último supuesto, los Cavour y los Metternich de Chuquisaca nos hacían el gran honor de concedernos las virtudes de San Vicente de Paul y San Martín. Mas como Chile no suelta la presa y como el Perú no la soltaría de ningún modo [si la recuperara] los bolivianos se vuelven hacia los argentinos, con la esperanza de hallar unos amigos más complacientes y más dadivosos.

¿Qué decir de la Argentina? El pueblo que por más de veinte años sufre la dictadura sangrienta de Rosas, el pueblo que se alía con el Brasil y el Uruguay para consumir la cru-

cifixión de los paraguayos, el pueblo que al ser solicitado en 1866 para adherirse á la alianza del Perú y Chile contra España, contesta [con insolencia y desprecio] que sus intereses no le llaman hacia el Pacífico, ese pueblo no merece mucha confianza por su civismo, por su magnanimidad ni por su americanismo. Y la administración de un Juárez Celman ¿le sirve de timbre glorioso? Quien sabe si por efecto de una ilusión óptica, vemos desde lejos á la Argentina como un gran matadero de reses y como una abigarrada feria de italianos que no saben español y de españoles que hablan catalán ó vascuence. Lo cierto es que todo en esa República nos hace recordar al artículo de exportación, al género de colores chillones, al mueblaje de rica madera aunque no bien pulido ni charolado. Nada extraño sería, pues, que en el momento menos pensado los argentinos celebraran una paz bochornosa ó que obligados á salir al campo de batalla, recibieran una lección más amarga y más desastrosa que la sufrida por nosotros en 1879. Entanto, desde hace unos diez años, están los buenos gauchos como don Simplicio Bobadilla en la *Pata de Cabra*: echan mano del sable, pero no acaban de sacarle porque la hoja se halla encantada y mide no sabemos cuántos hilómetros de largo.

Con todo, en la Nación es tan general y espontánea la corriente de simpatías hacia los argentinos, que si algún día se lanzaran ellos contra Chile, nadie puede anunciar el efecto que produciría entre nosotros el eco del primer cañonazo. Talvez sería la ocasión de repetir que los rifles apuntarían solos en dirección de Iquique y Tarapacá. Ninguno envidiaría la suerte de los mandatarios que se opusieran al torrente nacional y soñaran con desviarle en sentido contrario. La revolución para derribarles y escarmentarles sería la única buena, la única santa, la única verdaderamente popular. Los peruanos sufrimos que en nuestra casa nos engañen y nos burlen, nos amordacen y nos maniaten, nos empobrezcan y nos desangren; mas no toleraríamos jamás que nadie mancomunara nuestros intereses con los intereses de Chile hasta el punto de arrastrarnos como aliados mendicantes en una guerra contra Bolivia y la Argentina. Nos cumple no atacar á los bolivianos por lealtad, á los argentinos por conveniencia. Si hay la perfidia chilena, si pudo haber la perfidia boliviana y argentina, que no haya la perfidia y la imbecilidad peruanas.

Estalle ó se conjure la guerra, aliémonos ó permanezcamos indiferentes, debemos perseguir un objetivo—hacernos fuertes. Chile se

mostrará más exigente y más altanero á medida que estemos más débiles y más humillados. Con él no caben protocolos más firmes que unos poderosos blindados, razones más convincentes que un ejército numeroso y aguerrido. Mientras se vea jaqueado por el Oriente y con recelos de nuestra adhesión á la alianza argentino-boliviana, nos arrullará con himnos de ternura y promesas de amistad; mas en cuanto se mire desembarazado y seguro, volverá descaradamente á su implacable sistema de absorción y desgarramiento. ¡Qué! Si hoy mismo, amenazado por una guerra exterior, quizá en víspera de una espantosa contienda civil, arruinado en su crédito, con enormes deudas fiscales, casi á la orilla del abismo, cuando debería obligarnos con su lealtad y su buena fe, se burla de nosotros con un insidioso Protocolo, donde lejos de concedernos esperanzas de revindicar Tacna y Arica, nos envuelve en una interminable serie de cuestiones para desorientarnos, adormecernos y manipularnos Tarata.

Concluyo, señores. Si Chile ha encontrado su industria nacional en la guerra con el Perú, si no abandona la esperanza de venir tarde ó temprano á pedirnos un nuevo pedazo de nuestra carne, armémonos de pies á cabeza y vivamos en formidable paz armada ó estado

de guerra latente. El pasado nos habla con bastante claridad. ¿De qué nos vale ser hombres, si el daño de ayer no nos abre los ojos para evitar el de mañana? Cuando se respira el optimismo que reina en las regiones oficiales, cuando se ve la confianza que adormece á todas las clase sociales, cualquiera se figuraría que no hay peligros exteriores, que Chile se halla impotente y desarmado, que en la última guerra fuimos nosotros los vencedores. Sin embargo, no sería malo recordar algunas veces que Piérola no arrolló á los chilenos en San Juan, que Cáceres no les hizo morder el polvo en Huamachuco. Al no sacar una lección provechosa de nuestros descalabros, al no tratar de prevenir las nuevas tempestades arremolinadas encima de nuestra cabeza, mereceríamos que chilenos, argentinos y bolivianos cayeran sobre nosotros y nos convirtieran en la Polonia sudamericana.

No se trata de lanzarnos hoy mismo, débiles y pobres, á una guerra torpe y descabellada, ni de improvisar en pocos días toda una escuadra y todo un ejército; se pide el trabajo subterráneo y minucioso, algo así como una labor de topo y de hormiga: reunir dinero, sol por sol, centavo por centavo; adquirir elementos de guerra, cañón por cañón, rifle por

6

rifle, hasta cápsula por cápsula. Las naciones viven vida muy larga y no se cansan de esperar la hora de la justicia. Y la justicia no se consigue en la Tierra con razonamientos y súplicas: viene en la punta de un hierro ensangrentado. Ciertamente, la guerra es la ignominia y el oprobio de la Humanidad; pero ese oprobio y esa ignominia deben recaer sobre el agresor injusto, no sobre el defensor de sus propios derechos y de su vida. Desde las colonias de infusorios hasta las sociedades humanas, se ve luchas sin cuartel y abominables victorias de los fuertes, con una sola diferencia: toda la Naturaleza sufre la dura ley y calla, el hombre la rechaza y se subleva. Sí, el hombre es el único sér que lanza un clamor de justicia en el universal y eterno sacrificio de los débiles. Escuchemos el clamor, y para sublevarnos contra la injusticia y obtener reparación, hagámonos fuertes: el león que se arrancara uñas y dientes, moriría en boca de lobos; la nación que no lleva el hierro en las manos, concluye por arrastrarle en los pies.

LIBREPENSAMIENTO DE ACCION

(Discurso que debió leerse el 28 de Agosto de 1898 en la tercera Conferencia organizada por la Liga de Librepensadores del Perú. La lectura no pudo efectuarse porque el Gobierno la impidió.)

SEÑORES:

Doy las más sinceras gracias á los miembros de la Liga por haberme brindado su tribuna, á mí que no formo parte de esa corporación llamada á trazar hondos surcos en nuestra vida social.

Diré algo del librepensamiento silencioso, del hablado y señaladamente del que produce mejores frutos—el de acción, en su concepto más amplio.

• I

La libertad de pensar en silencio no se discute, se consigna. Como nadie trepana la bóveda de nuestro cráneo para escudriñar la fermentación de las ideas, hablamos con nos-

otros mismos sin que nuestras voces interiores vayan á resonar en tímpanos ajenos ni á grabarse en cilindros fonográficos. Lejos de inquisidores y tiranos, poseemos un asilo inviolable donde rendimos culto á los dioses que nos place, donde erigimos un trono para los buenos ó un patíbulo para los malos.

Ese librepensamiento no sirve de mucho en los combates de la vida, y el hombre que le ejerce no pasa de un filósofo egoísta, infecundo, en una palabra, neutro. ¿Qué vale condenar en el fuero interno las supersticiones, si á la faz del mundo las aprobamos tácitamente? ¿De qué aprovecha estrangular imaginariamente á los criminales, si realmente les tendemos la mano de amigo? ¿Qué bien reportan á la Humanidad los sabios que se emparedan en su yo, sin comunicar á nadie la sabiduría? Linternas cerradas, alumbran por dentro.

Cuando se abriga una convicción, no se la guarda religiosamente como una joya de familia ni se la envasa herméticamente como un perfume demasiado sutil: se la expone al aire y al Sol, se la deja al libre alcance de todas las inteligencias. Lo humano está, no en poseer sigilosamente sus riquezas mentales, sino en sacarlas del cerebro, vestirlas con las alas del lenguaje y arrojarlas por el mundo para

que vuelen á introducirse en los demás cerebros. Si todos los filósofos hubieran filosofado en silencio, la Humanidad no habría salido de la infancia y las sociedades seguirían gateando en el limbo de las supersticiones.

Las verdades adquiridas por el individuo no constituyen su patrimonio: forman parte del caudal humano. Nada nos pertenece, porque de nada somos creadores. Las ideas que más propias se nos figuran nos vienen del medio intelectual en que respiramos ó de la atmósfera artificial que nos formamos con la lectura. Lo que damos á unos, lo hemos tomado de otros: lo que nos parece una ofrenda no pasa de una restitución á los herederos legítimos. Mas, aunque no fuera así ¿cabe dón más valioso que el pensamiento? Al dar el corazón á los seres que nos aman, les pagamos una deuda; al ofrecer el pensamiento á los desconocidos, á los adversarios, á nuestros mismos aborrecedores, imitamos la inagotable liberalidad de la Naturaleza que prodiga sus bienes al santo y al pecador, á la paloma y al gavilán, al cordero y al lobo.

Más de dos mil años hace que el primero de los filósofos chinos decía: *Dad mucho, recibid poco*. Este brevísimo consejo entraña una lección de inefable desprendimiento, de inmensa caridad. Pero los librepensadores silen-

ciosos no quieren disfrutar la suprema delectación de otorgarse sin reserva, y prefieren vivir tranquilos, felices, nunca turbados en sus impiedades ni en sus digestiones. Favoreciéndoles mucho, debemos compararles con los ríos subterráneos que se dirigen al mar, sin haber apaciguado una sed ni fecundado una semilla.

II

Si el librepensamiento mudo funciona sin perturbar la calma del filósofo, no sucede lo mismo con el librepensamiento hablado y escrito. El hombre que en sociedades retrógradas habla y escribe con valerosa independencia, suscita recriminaciones y tempestades, aventurándose á sufrir los anatemas del sacerdote, los atropellos del mandón y los impulsivos arranques de la bestia popular.

Nadie ataca un privilegio ni ridiculiza una superstición sin que mil voces le maldigan ni mil brazos le amenacen. Todos condenan un error, todos se duelen de una injusticia; pero la Humanidad encierra tanta abyección y tanta cobardía que en el fragor de la lucha suele unirse con sus torcionarios para combatir á

dencia revele audacia y dé visos de sinceridad. Sin embargo, el librepensamiento de oradores y publicistas sufre muy groseras falsificaciones: talvez los hipócritas de la incredulidad abundan más que los hipócritas de la fe. Quizá Tartufo dejó menos prole que Homais. Algunas veces hay más audacia en llamarse creyente que en decirse librepensador.

Al hablar de librepensamiento ¿cómo no recordar á los librepensadores nacionales? Si la milenaria historia del Cristianismo se reduce á monótona y pesada enumeración de heregías, los breves anales de nuestro librepensamiento se condensan en una serie de renunciados y palinodias. Por la firmeza de un Vigil y de un Mariátegui ¡cuántas prevaricaciones en la edad provectora ó á la hora de la muerte! ¿Dónde están aquí los perseverantes y los firmes? Quien ha vivido algún tiempo y vuelve los ojos para buscar á los que un día le acompañaron en las luchas por la razón y la libertad, sólo divisa una desbandada legión de apóstatas y renegados.

De los dieciocho á los treinta años germina en muchas cabezas un librepensamiento fogoso y batallador; mas de los treinta en adelante, ¡adiós batallas, adiós fogosidades! Y regla infalible: los más energúmenos acaban por más seráficos; la reculada viene en pro-

porción del salto. De los tranquilos aguardemos la firmeza, de los violentos temamos la claudicación.

Aquí reina, pues, lo que llamaríamos el *cefalismo*, queremos decir, la incredulidad en la juventud, la gazmoñería en la vejez. Platón habla de un Céfalo que habiendo comenzado por reirse de las supersticiones vulgares, concluyó por tomarlas á lo serio cuando vió que le asomaban las arrugas y las canas. Sin que aun existiera el idioma de Cervantes, el buen Céfalo practicaba un refrán castellano: *De mozo á palacio, de viejo á la iglesia*. Ese griego nacido algunos siglos antes de la éra cristiana ¿no sirve de modelo á muchos librepensadores del siglo XIX? Prueba que la reculada senil puede realizarse en todas las naciones y en todas las épocas. Nada de extraño que los viejos de hoy copien fielmente á los viejos de ayer: al ir perdiendo la vida, ganamos el miedo á la muerte; al acordarnos mucho del cielo, pensamos muy poco en la dignidad de la existencia. El viejo es un niño triste, que la vejez se parece á la infancia como la tarde á la aurora.

Algunos de nuestros librepensadores no necesitan de canas ni de arrugas para retroceder hacia la mentalidad de abuelas y nodrizas: les basta un revés de fortuna, la muerte

de una persona querida ó el asalto de una enfermedad grave. ¡Seres dichosos! la gracia eficaz se les introduce con los esporos del aire y las triquinas del salchichón. Otros librepensadores realizan un cambio de frente sin que en la evolución intervengan enfermedades, muertes ni desgracias: les sobra con un buen matrimonio. ¡Seres más dichosos! hallan el Catolicismo en los legajos de una dote, descubren á Dios en el moño postizo de una vieja rica.

Lo que no les ruboriza ni les interrumpe ninguna de las funciones orgánicas. Hay animales inferiores que tranquilamente siguen su vida aunque les volvamos del revés, practicando con ellos la misma operación que hacemos con un guante ó con la funda de un paraguas. Si en algunos librepensadores criollos efectuáramos cosa igual, seguirían viviendo con una sola diferencia—la de haberse metamorfoseado en curas. Lo mismo sucedería con los masones peruanos; así que donde se tenga un gran maestro de Biblia y Gran Arquitecto se puede obtener un jesuíta ó un dominico. Lo volveremos á decir: tanto los librepensadores á la criolla como los masones bíblicos y deícolas, son curas al revés.

En resumen, casi todos los librepensadores

nacionales vivieron pregonando las excelencias de la Razón y murieron acogándose á las supersticiones del Catolicismo: hubo en ellos dos hombres—el de las frases y el de los actos. Los mudos ó linternas sordas no causaron bien ni mal; pero los bulliciosos ó histriones de pluma y de palabra, desacreditaron la idea, produjeron enorme daño, haciendo que los hombres de buena fe se retrajeran y callaran por miedo de figurar en tan ridícula y abominable compañía.

III

Algo vale extender la mano para señalar el camino por donde conviene marchar; pero vale más ir delante marcando con sus huellas el rumbo que ha de seguirse: un buen guía su-ple á cien direcciones indicadas en cien postes. A cuantos surjan con humos de propagandistas y regeneradores; no les preguntemos cómo escriben y hablan, sino cómo viven: estime-mos el quilate de las acciones indefectibles en lugar de sólo medir los kilómetros de las he-regias verbales. ¿Existe ya una ley de matri-monio entre los no católicos? pues úsela sin embargo de toda su deficiencia. ¿Existen es-

cuelas regentadas por seculares? pues no eduquen á sus hijos en planteles fundados por las congregaciones. ¿Existe un cementerio laico? pues ordenen que sus muertos vayan á reposar sin agua bendita ni responsos. No quieran avenir á Diderot con el ínter de la parroquia ni amalgamar consejas de la Biblia con leyes de la Naturaleza; y piensen que la vitalidad de las religiones se basa en la indolencia de los incrédulos, así como la fuerza de los gobiernos inicuos se funda en la apatía de las muchedumbres.

Aunque los librepensadores guarden fidelidad á su doctrina y armonicen las palabras con los actos, merecen una grave censura cuando eliminan las cuestiones sociales para vivir encastillados en la irreligiosidad agresiva y hasta en la clerofobia intransigente. ¿Cómo no reirse de los Torquemada rojos, de los Domingo de Guzmán por antítesis, de los inquisidores laicos, dispuestos á encender hogueras y parodiar los autos de fe? *No sólo de pan vive el hombre*, nos dice el Evangelio; digamos á nuestra vez: no sólo de curas vive el librepensador.

Mas algunos fanáticos no salen de su monomanía anticlerical y viven consagrados á perseguir sotanas en las celdas de las monjas ó sorprender enaguas en las alcobas de los

presbíteros. Al probar que no existe cura sin moza ni sobrinos, se imaginan haber derribado el Catolicismo. Budas de nuevo linaje, se hallan hipnotizados por la contemplación de un solideo. Para ellos, nada importan los crímenes sociales ni las extorciones políticas; lo grave, lo clamoroso, lo insufrible es que un tonsurado se refocile con el ama de llaves. Altivos rechazan la imposición moral del poder religioso, mientras soportan humildes la coerción del poder civil. Se vanaglorian de no arrodillarse en una iglesia, y lamen las alfombras de un palacio; se yerguen ante un obispo, y se doblegan en presencia de un alguacil; se sienten capaces de abofetear á Jesucristo, y carecen de hígados para sofrenar á un portero.

No queremos ni podríamos negarlo: el sacerdote hace el papel de una montaña sombría y escabrosa, interpuesta en el camino hacia la luz; pero el juez que vende la justicia, el parlamentario que tiene por única norma los caprichos del mandón, el capitalista que se adueña de los productos debidos al sudor ajeno, el soldado que descarga su rifle en una masa de obreros inermes ¿no causan tantos males y no merecen tanto vilipendio como el sacerdote? Hay que perseguir á los zorros, sin olvidar á los leones. A la vez que

se derrumba mitos y se desinfecta el cielo, se debe combatir á los felinos y sanear el Planeta. Para conseguir la redención del hombre, no basta derrocar á ese Dios impassible y egoísta que eternamente cabecea en lo Infinito mientras el Universo se retuerce en el dolor, la desesperación y la muerte.

El librepensador que, llamándose á la neutralidad política, ve con indiferencia las iniquidades y los derroches de un gobierno tiránico, nos parece tan censurable como el estadista que, alegando la neutralidad religiosa, presencia con olímpica serenidad el predominio del clero y la difusión de las ideas ultramontanas. El librepensamiento no debe renunciar á la política por una razón: los políticos no se olvidan de los librepensadores. Todo político de mala ley presiente un adversario en todo pensador de tendencia irreligiosa, presentimiento muy racional, pues quien hoy se subleva contra las autoridades que presumen bajar del cielo, mañana suele rebelarse contra los déspotas que surgen de la Tierra. A más, el que vive á las orillas de un río puede no acordarse de las aguas; pero las aguas no se olvidan dél cuando el río sale de madre. No sirven torres de marfil ni montañas de cumbres inaccesibles. Al estallar la convulsiones sociales, llega momento en que los más pacífi-

cos y más indiferentes á la cosa pública se ven sacudidos y aplastados: no habiendo querido actuar como personajes del drama, figuran como víctimas en el desplome del edificio.

El librepensamiento, ejercido con semejante amplitud de miras, deja de ser el campo estrecho donde únicamente se debaten las creencias religiosas para convertirse en el anchuroso palenque donde se dilucidan todas las cuestiones humanas, donde se aboga por todos los derechos y por todas las libertades. Al sólo defender la de escribir y de hablar, se aboga talvez por los intereses de algunos privilegiados. Las muchedumbres se fijan muy poco en la libertad de la pluma porque no escriben ni se desvelan en la lectura; menos se interesan en la libertad de palabra porque no echan discursos ni se gozan en escucharles; ellas piden libertad de acción porque la necesitan para solucionar los graves problemas económicos. Esa Francia del 89 y del 48, donde todavía se descarga el palo en los manifestantes de bandera roja y se disuelve á tiros las aglomeraciones de huelgistas, nos dice muy bien que dar al hombre la libertad de pluma y de palabra sin concederle la de acción es negarle lo principal y otorgarle lo accesorio. De ahí que todo librepensador, si no

quiere mostrarse ilógico, tiene que declararse revolucionario.

Lo repetimos: con semejante amplitud de miras, se sale del librepensamiento (que hasta hoy no ha significado sino irreligión y anticlericalismo) para entrar en el *pensamiento libre* que entraña la defensa por la total emancipación del individuo. Es la tendencia que nos parece vislumbrar en la Liga de Librepensadores, institución fundada y mantenida por hombres que actuaron ó siguen actuando en sociedades tan marcadamente luchadoras como el Círculo Literario y la Unión Nacional.

En fin, señores: ya que por algunos momentos nos hemos reunido aquí para ensanchar el ánimo en una atmósfera de verdad y tolerancia, no nos separemos sin el buen propósito de corroborar con los actos la firme adhesión á las ideas emitidas con las palabras. Sincera y osadamente formulemos nuestras convicciones, sin amedrentarnos por las consecuencias, sin admitir división entre lo que debe decirse y lo que debe callarse, sin profesar verdades para el consumo del individuo y verdades para el uso de las multitudes. Erradiquemos de nuestras entrañas los prejuicios tradicionales, cerremos nuestros oídos á la voz de los miedos atávicos, recha-

remos la imposición de toda autoridad humana ó divina, en pocas frases, creémonos un ambiente laico donde no lleguen las nebulosidades religiosas, donde sólo reinen los esplendores de la Razón y la Ciencia. Procediendo así, viviremos tranquilos, orgullosos, respetados por nosotros mismos; y cuando nos suene la hora del gran viaje, cruzaremos el pórtico sombrío de la muerte, no con la timidez del reo que avanza en el pretorio, sino con la arrogancia del vencedor romano al atravesar un arco de triunfo.

EL INTELLECTUAL Y EL OBRERO

(Discurso leído el 1.º de mayo de 1905 en *La Federación de Obreros Panaderos.*)

SEÑORES:

I

No sonrían si comenzamos por traducir los versos de un poeta.

“En la tarde de un día cálido, la Naturaleza se adormece á los rayos del Sol, como una mujer extenuada por las caricias de su amante.

“El gañán, bañado de sudor y jadeante, agujonea los bueyes; mas de súbito se detiene para decir á un joven que llega entonando una canción:

“—¡Dichoso tú! Pasas la vida cantando, mientras yo, desde que nace el Sol hasta que se pone, me canso en abrir el surco y sembrar el trigo.

“—¡Cómo te engañas, oh labrador! responde el joven poeta. Los dos trabajamos lo mismo y podemos decirnos hermanos; porque, si tú vas sembrando en la tierra, yo voy sembrando en los corazones. Tan fecunda tu labor como la mía: los granos de trigo alimentan el cuerpo, las canciones del poeta regocujan y nutren el alma.”

Esta poesía nos enseña que se hace tanto bien al sembrar trigo en los campos como al derramar ideas en los cerebros, que no hay diferencia de jerarquía entre el pensador que labora con la inteligencia y el obrero que trabaja con las manos, que el hombre de bufete y el hombre de taller, en vez de marchar separados y considerarse enemigos, deben caminar inseparablemente unidos.

Pero ¿existe acaso una labor puramente cerebral y un trabajo exclusivamente manual? Piensan y cavilan: el herrero al forjar una cerradura, el albañil al nivelar una pared, el tipógrafo al hacer una compuesta, el carpintero al ajustar un ensamblaje, el barretero al golpear en una veta; hasta el amasador de barro piensa y cavila. Sólo hay un trabajo ciego y material—el de la máquina; donde funciona el brazo de un hombre, ahí se deja sentir el cerebro. Lo contrario sucede en las faenas llamadas intelectuales: á la fatiga ner-

viosa del cerebro que imagina ó piensa viene á juntarse el cansancio muscular del organismo que ejecuta. Cansan y agobian: al pintor los pinceles, al escultor el cincel, al músico el instrumento, al escritor la pluma: hasta al orador le cansa y le agobia el uso de la palabra. ¿Qué menos material que la oración y el éxtasis? Pues bien: el místico cede al esfuerzo de hincar las rodillas y poner los brazos en cruz.

Las obras humanas viven por lo que nos roban de fuerza muscular y de energía nerviosa. En algunas líneas férreas, cada durmiente representa la vida de un hombre. Al viajar por ellas, figurémonos que nuestro wagón se desliza por rieles clavados sobre una serie de cadáveres; pero al recorrer museos y bibliotecas, imaginémonos también que atravesamos una especie de cementerio donde cuadros, estatuas y libros encierran no sólo el pensamiento sino la vida de los autores.

Ustedes (nos dirigimos únicamente á los panaderos) ustedes velan amasando la harina, vigilando la fermentación de la masa y templando el calor de los hornos. Al mismo tiempo, muchos que no elaboran pan velan también, aguzando su cerebro, manejando la pluma y luchando con las formidables acometidas del sueño: son los periodistas. Cuando

en las primeras horas de la mañana sale de las prensas el diario húmedo y tentador, á la vez que surge de los hornos el pan oloroso y provocativo, debemos demandarnos: ¿quién aprovechó más su noche, el diarista ó el panadero?

Cierto, el diario contiene la enciclopedia de las muchedumbres, el saber propinado en dosis homeopáticas, la ciencia con el sencillo ropaje de la vulgarización, el libro de los que no tienen biblioteca, la lectura de los que apenas saben ó quieren leer. Y ¿el pan? símbolo de la nutrición ó de la vida, no es la felicidad, pero no hay felicidad sin él. Cuando falta en el hogar, produce la noche y la discordia; cuando viene, trae la luz y la tranquilidad: el niño le recibe con gritos de júbilo, el viejo con una sonrisa de satisfacción. El vegetariano que abomina de la carne infecta y criminal, le bendice como un alimento sano y reparador. El millonario que desterró de su mesa el agua pura y cristalina, no ha podido sustituirle ni alejarle. Soberanamente se impone en la morada de un Rothschild y en el tugurio de un mendigo. En los lejanos tiempos de la fábula, las reinas cocían el pan y le daban de viático á los peregrinos hambrientos; hoy le amasan los plebeyos y como signo de hospitalidad, le ofrecen en Rusia á los zares que vi-

sitan una población. Nicolás II y toda su progenie de tiranos dicen cómo al ofrecimiento se responde con el látigo, el sable y la bala.

Si el periodista blasonara de realizar un trabajo más fecundo, nosotros le contestaríamos: sin el vientre no funciona la cabeza; hay ojos que no leen, no hay estómagos que no coman.

II

Cuando preconizamos la unión ó alianza de la inteligencia con el trabajo no pretendemos que á título de una gerarquía ilusoria, el intelectual se erija en tutor ó lazarillo del obrero. A la idea que el cerebro ejerce función más noble que el músculo, debemos el régimen de las castas: desde los grandes imperios de Oriente, figuran hombres que se arrogan el derecho de pensar, reservando para las muchedumbres la obligación de creer y trabajar.

Los intelectuales sirven de luz; pero no deben hacer de lazarillos, sobre todo en las tremendas crisis sociales donde el brazo ejecuta lo pensado por la cabeza. Verdad, el soplo de rebeldía que remueve hoy á las multitudes, viene de pensadores ó solitarios.

Así vino siempre. La justicia nace de la sabiduría, que el ignorante no conoce el derecho propio ni el ajeno y cree que en la fuerza se resume toda la ley del Universo. Animada por esa creencia, la Humanidad suele tener la resignación del bruto: sufre y calla. Mas de repente, resuena el eco de una gran palabra, y todos los resignados acuden al verbo salvador, como los insectos van al rayo de Sol que penetra en la oscuridad del bosque.

El mayor inconveniente de los pensadores—figurarse que ellos solos poseen el acierto y que el mundo ha de caminar por donde ellos quieran y hasta donde ellos ordenen. Las revoluciones vienen de arriba y se operan desde abajo. Iluminados por la luz de la superficie, los oprimidos del fondo ven la justicia y se lanzan á conquistarla, sin detenerse en los medios ni arredrarse con los resultados. Mientras los moderados y los teóricos se imaginan evoluciones geométricas ó se enredan en menudencias y detalles de forma, la multitud simplifica las cuestiones, las baja de las alturas nebulosas y las confina en terreno práctico. Sigue el ejemplo de Alejandro: no desata el nudo, le corta de un sablazo.

¿Qué persigue un revolucionario? influir en las multitudes, sacudirlas, despertarlas y arrojarlas á la acción. Pero sucede que el

pueblo, sacado una vez de su reposo, no se contenta con obedecer el movimiento inicial, sino que pone en juego sus fuerzas latentes, marcha y sigue marchando hasta ir más allá de lo que pensaron y quisieron sus impulsores. Los que se figuraron mover una masa inerte, se hallan con un organismo exuberante de vigor y de iniciativas; se ven con otros cerebros que desean irradiar su luz, con otras voluntades que quieren imponer su ley. De ahí un fenómeno muy general en la Historia: los hombres que al iniciarse una revolución parecen audaces y avanzados, pecan de tímidos y retrógrados en el fragor de la lucha ó en las horas del triunfo. Así, Lutero retrocede acobardado al ver que su doctrina produce el levantamiento de los campesinos alemanes; así, los revolucionarios franceses se guillotinan unos á otros porque los unos avanzan y los otros quieren no seguir adelante ó retrogradar. Casi todos los revolucionarios y reformadores, se parecen á los niños: tiemblan con la aparición del ogro que ellos solos evocaron á fuerza de chillidos. Se ha dicho que la Humanidad, al ponerse en marcha, comienza por degollar á sus conductores; no comienza por el sacrificio pero suele acabar con el ajusticiamiento, pues el amigo se vuelve enemigo, el propulsor se transforma en rémora.

Toda revolución arribada tiende á convertirse en gobierno de fuerza, todo revolucionario triunfante degenera en conservador. ¿Qué idea no se degrada en la aplicación? ¿Qué reformador no se desprestigia en el poder? Los hombres [señaladamente los políticos] no dan lo que prometen, ni la realidad de los hechos corresponde á la ilusión de los desheredados. El descrédito de una revolución empieza el mismo día de su triunfo; y los deshonoradores son sus propios caudillos.

Dado una vez el impulso, los verdaderos revolucionarios deberían seguirle en todas sus evoluciones. Pero modificarse con los acontecimientos, expeler las convicciones vetustas y asimilarse las nuevas, repugnó siempre al espíritu del hombre, á su presunción de creerse emisario del porvenir y revelador de la verdad definitiva. Envejecemos sin sentirlo, nos quedamos atrás sin notarlo, figurándonos que siempre somos jóvenes y anunciadores de lo nuevo, no resignándonos á confesar que el venido después de nosotros abarca más horizonte por haber dado un paso más en la ascensión de la montaña. Casi todos vivimos girando al rededor de féretros que tomamos por cunas ó morimos de gusanos, sin labrar un capullo ni transformarnos en mariposa. Nos parecemos á los marineros que en medio

del Atlántico decían á Colón: *No proseguiremos el viaje porque nada existe más allá.* Sin embargo, más allá estaba la América.

Pero, al hablar de intelectuales y de obreros, nos hemos deslizado á tratar de revolución. ¿Qué de raro? Discurremos á la sombra de una bandera que tremola entre el fuego de las barricadas, nos vemos rodeados por hombres que tarde ó temprano lanzarán el grito de las reivindicaciones sociales, hablamos el 1º de Mayo, el día que ha merecido llamarse la pascua de los revolucionarios. La celebración de esta pascua, no sólo aquí sino en todo el mundo civilizado, nos revela que la Humanidad cesa de agitarse por cuestiones secundarias y pide cambios radicales. Nadie espera ya que de un parlamento nazca la felicidad de los desgraciados ni que de un gobierno llueva el maná para satisfacer el hambre de todos los vientres. La oficina parlamentaria elabora leyes de excepción y establece gabelas que gravan más al que posee menos; la máquina gubernamental no funciona en beneficio de las naciones, sino en provecho de las banderías dominantes.

Reconocida la insuficiencia de la política para realizar el bien mayor del individuo, las controversias y luchas sobre formas de gobierno y gobernantes, quedan relegadas á

segundo término, mejor dicho, desaparecen. Subsiste la cuestión social, la magna cuestión que los proletarios resolverán por el único medio eficaz—la revolución. No esa revolución local que derriba presidentes ó zares y convierte una república en monarquía ó una autocracia en gobierno representativo; sino la revolución mundial, la que borra fronteras, suprime nacionalidades y llama la Humanidad á la posesión y beneficio de la tierra.

III

Si antes de concluir fuera necesario resumir en dos palabras todo el jugo de nuestro pensamiento, si debiéramos elegir una enseña luminosa para guiarnos rectamente en las sinuosidades de la existencia, nosotros diríamos: *Seamos justos*. Justos con la Humanidad, justos con el pueblo en que vivimos, justos con la familia que formamos y justos con nosotros mismos, contribuyendo á que todos nuestros semejantes cojan y saboreen su parte de felicidad, pero no dejando de perseguir y disfrutar la nuestra.

La justicia consiste en dar á cada hombre lo que legítimamente le corresponde; démonos,

pues, á nosotros mismos la parte que nos toca en los bienes de la Tierra. El nacer nos impone la obligación de vivir, y esta obligación nos da el derecho de tomar, no sólo lo necesario, sino lo cómodo y lo agradable. Se compara la vida del hombre con un viaje en el mar. Si la Tierra es un buque y nosotros somos pasajeros, hagamos lo posible para viajar en primera clase, teniendo buen aire, buen camarote y buena comida, en vez de resignarnos á quedar en el fondo de la cala donde se respira una atmósfera pestilente, se duerme sobre maderos podridos por la humedad y se consume los desperdicios de bocas afortunadas. ¿Abundan las provisiones? pues todos á comer según su necesidad. ¿Escasean los víveres? pues todos á ración, desde el capitán hasta el ínfimo grumete.

La resignación y el sacrificio, innecesariamente practicados, nos volverian injustos con nosotros mismos. Cierto, por el sacrificio y la abnegación de almas heroicas, la Humanidad va entrando en el camino de la justicia. Más que reyes y conquistadores, merecen vivir en la Historia y en el corazón de la muchedumbre los simples individuos que pospusieron su felicidad á la felicidad de sus semejantes, los que en la arena muerta del egoísmo derramaron las aguas vivas del

amor. Si el hombre pudiera convertirse en sobrehumano, lo conseguiría por el sacrificio. Pero el sacrificio tiene que ser voluntario. No puede aceptarse que los poseedores digan á los desposeídos: sacrifiquense y ganen el cielo, en tanto que nosotros nos apoderamos de la Tierra.

Lo que nos toca, debemos tomarlo porque los monopolizadores, difícilmente nos lo concederán de buena fe y por un arranque espontáneo. Los 4 de Agosto encierran más aparato que realidad: los nobles renuncian á un privilegio, y en seguida reclaman dos; los sacerdotes se despojan hoy del diezmo, y mañana exigen el diezmo y las primicias. Como símbolo de la propiedad, los antiguos romanos eligieron el objeto más significativo—una lanza. Este símbolo ha de interpretarse así: la posesión de una cosa no se funda en la justicia sino en la fuerza; el poseedor no discute, hiere; el corazón del propietario encierra dos cualidades del hierro: dureza y frialdad. Según los conocedores del idioma hebreo, Caín significa *el primer propietario*. No extrañemos si un socialista del siglo XIX, al mirar en Caín el primer detentador del suelo y el primer fraticida, se valga de esa coincidencia para deducir una pavorosa conclusión: *La propiedad es el asesinato*.

¿Pues bien: si unos hieren y no razonan ¿qué harán los otros? Desde que no se niega á las naciones el derecho de insurrección para derrocar á sus malos gobiernos, debe concederse á la Humanidad ese mismo derecho para sacudirse de sus inexorables explotadores. Y la concesión es hoy un credo universal: teóricamente, la revolución está consumada porque nadie niega las iniquidades del régimen actual ni deja de reconocer la necesidad de reformas que mejoren la condición del proletariado. [¿No hay hasta un socialismo católico?] Prácticamente, no lo estará sin luchas ni sangre porque los mismos que reconocen la legitimidad de las reivindicaciones sociales, no ceden un palmo en el terreno de sus conveniencias: en la boca llevan palabras de justicia, en el pecho guardan obras de iniquidad.

Sin embargo, muchos no ven ó fingen no ver el movimiento que se opera en el fondo de las modernas sociedades. Nada les dice la muerte de las creencias, nada el amengüamiento del amor patrio, nada la solidaridad de los proletarios, sin distinción de razas ni de nacionalidades. Oyen un clamor lejano, y no distinguen que es el grito de los hambrientos lanzados á la conquista del pan; sienten la trepidación del suelo, y no comprenden que

es el paso de la revolución en marcha; respiran en atmósfera saturada por hedores de cadáver, y no perciben que ellos y todo el mundo burgués son quienes exhalan el olor á muerto.

Mañana, cuando surjan olas de proletarios que se lancen á embestir contra los muros de la vieja sociedad, los depredadores y los opresores palparán que les llegó la hora de la batalla decisiva y sin cuartel. Apelarán á sus ejércitos, pero los soldados contarán en el número de los rebeldes; clamarán al cielo, pero sus dioses permanecerán mudos y sordos. Entonces huirán á fortificarse en castillos y palacios, creyendo que de alguna parte habrá de venirles algún auxilio. Al ver que el auxilio no llega y que el oleaje de cabezas amenazadoras hierve en los cuatro puntos del horizonte, se mirarán á las caras y sintiendo piedad de sí mismos [los que nunca la sintieron de nadie] repetirán con espanto: *¡Es la inundación de los bárbaros!* Mas una voz, formada por el estruendo de innumerables voces, responderá: *No somos la inundación de la barbarie, somos el diluvio de la justicia.*



LAS ESCLAVAS DE LA IGLESIA

[Conferencia dada el 25 de Setiembre de 1904 en la Loggia Stella d' Italia.]

SEÑORES:

Agradezco á los miembros de la Loggia Stella d' Italia el honor que se dignaron concederme al solicitar mi colaboración en esta ceremonia para conmemorar el asalto de Roma y el derrumbamiento del solio pontificio. Sin pertenecer á la Masonería, creo sentirme animado por el espíritu que inflamó á los antiguos masones en sus luchas seculares con el altar y el trono; sin haber nacido en la clásica tierra de Machiavelli y Dante, me considero compatriota de los buenos italianos reunidos aquí para celebrar un triunfo de la Razón y la libertad. Sobre la mezquina

patria de montes y ríos, existe la gran patria de los afectos y de las ideas: los nacidos bajo la misma bandera que nosotros son nuestros conciudadanos; mas nuestros compatriotas, nuestros amigos, nuestros hermanos, son los que piensan como nosotros pensamos, los que aman y aborrecen cuanto nosotros amamos y aborrecemos.

No consideraré el 20 de Setiembre en sus relaciones con la política europea, con la unificación de Italia ni con la Masonería; aprovechando la libertad que se me ha concedido en el uso de la palabra, disertaré sobre el *Catolicismo y la mujer*, para manifestar que la esclavitud femenina perdura en el Romanismo, que las mujeres continúan siendo *esclavas de la Iglesia*.

I

Abundan individuos que profesan una teoría muy original, muy cómoda y muy sencilla, que se resume en dos líneas: *si los hombres pueden y hasta deben emanciparse de toda creencia tradicional, las mujeres necesitan una religión*. Y como en las naciones ca-

tólicas religión se traduce por Catolicismo, la teoría quiere decir: para una mitad de la especie humana la luz del meridiano, las bebidas químicamente puras y los exquisitos manjares de Lúculo; para la otra mitad, las tinieblas de medianoche, las aguas insalubres del pantano y la indigesta bazofia del convento. Riámonos de la teoría, declarando al mismo tiempo que nada hay tan abominable ni tan indigno de un hombre honrado como figurarse en posesión de la verdad y reservarla para sí, manteniendo á los demás en el error.

Sin admitir que las mujeres necesiten una religión, preguntaremos: ¿el Catolicismo representa la religión más elevada? ¿Vale tanto para ensalzarle como la única salvación del alma femenina? Ciertó, Balzac afirmó que una mujer *no era pura ni candorosa sin haber atravesado el Catolicismo*. Afirmación injuriosa para el mayor número de ellas, desmentida por los hechos y refutada por otros cerebros tan poderosos como el de Balzac. ¿Ignoramos la elevación moral de las protestantes? ¿No sabemos que en Estados Unidos y las naciones reformadas de Europa las mujeres brillan por su ilustración y carácter? ¿No vemos que la ascensión del alma femenina coincide con el descenso del Catolicismo?

Aunque no pertenezcamos á ninguna secta religiosa, tengamos la buena fe de reconocer que el Protestantismo eleva á los individuos y engrandece á las naciones, porque evoluciona con el espíritu moderno, sin ponerse en contradicción abierta con las verdades científicas. El Catolicismo, al decretar la fe pasiva, nos mantiene emparedados en el Dogma, como al cadáver en un ataúd de plomo; la más intransigente y absurda de las comuniones protestantes, al declarar el libre examen, deja una ventana siempre abierta para evadirse al racionalismo. Si la ortodoxia católica merece llamarse una religión de estancamiento y ruina, díganlo España, Irlanda, Polonia y algunos estados de Sudamérica.

Mas no comparemos naciones con naciones, si o familias con familias. Mientras en el hogar de los pueblos reformados la esposa y los hijos disfrutan *el amplio derecho de interpretar la ley divina* y constituyen verdaderas individualidades ¿qué sucede en el hogar bendito por la Iglesia? ahí el padre delega en un extraño la dirección moral de la familia, resignándose á vivir eternamente deprimido bajo un tutelaje clerical; ahí la madre, cogida poco á poco en el engranaje del fanatismo, concluye por entorpecerse y anularse con las rancias y grotescas ceremonias del

culto; ahí los hijos, obligados á profesar una creencia que instintivamente rechazan, se ven compelidos á elegir entre la hipocresía silenciosa y la incesante lucha doméstica; ahí las hijas, antes de abrir su corazón á la ternura de un hombre, quedan moralmente desfloradas en las indecorosas manipulaciones del confesionario.

En el matrimonio de los buenos creyentes, á más de la unión corporal del hombre con la mujer, existe la comunión espiritual de la mujer con el sacerdote. Si en las naciones protestantes el *clergiman* se contenta con sólo llamarse el amigo de la familia, en los pueblos católicos, señaladamente en los de origen español, el sacerdote se juzga con derecho á titularse el amo de la casa: donde mira una mujer, ahí cree mirar una sierva, una esclava, un objeto de su exclusiva pertenencia. Él se interpone entre el marido y la mujer para decir al hombre: *si el cuerpo de la hembra te pertenece, el alma de la católica pertenece á Dios, y por consiguiente á mí que soy el representante de la Divinidad.* Basándose en razones tan sólidas, el ministro del Señor toma el alma de la mujer..... cuando no se apodera también del cuerpo. Sin embargo, esto lo glorifican muchísimos liberales y librepensadores al sostener que *las mujeres necesitan*

una religión, imitando así el ejemplo del boticario que elabora una panacea, la vende como infalible, pero se guarda muy bien de administrársela á sí mismo.

II

Se repite á manera de axioma que la Religión Cristiana emancipó á la mujer. Como lo asegura Louis Ménard, “la emancipación tuvo efecto mucho antes de que apareciera el Cristianismo. Al sustituir el matrimonio á la poligamia, el Helenismo había elevado á la mujer hasta el rango de madre de familia—*ama de casa*, según la expresión de Homero. Diosas reinaban en el Olimpo, al lado de los Dioses; mujeres, las Peleadas y las Pitias, anunciaban oráculos divinos en Dodona y Delfos. Mas el Dios del Cristianismo encarna en figura de hombre, y el femenino no halla cabida en la Trinidad.”

La emancipación de la mujer, como la libertad del esclavo, no se debe al Cristianismo, sino á la Filosofía. En pleno siglo XIX, la esclavitud reinaba en pueblos cristianos como Sudamérica, Estados Unidos y Rusia, cuando había desaparecido ya de naciones

que ignoraban el nombre de Jesucristo. ¿Puede hoy llamarse emancipada la mujer de los estados oficialmente católicos? En ellos sufre una esclavitud canónica y civil. Al estatuir la indisolubilidad del matrimonio, al condenar las más legítimas de las causas que justifican la nulidad del vínculo, al no admitir esa nulidad sino en casos muy reducidos y bajo condiciones onerosas, tardías y hasta insuperables, la Iglesia Católica fomenta y sanciona la esclavitud femenina. Arrebata á la mujer una de sus pocas armas para sacudir la tiranía del hombre, apresionándola eternamente dentro de un hogar donde se halla en la obligación de rendir amor, respeto y obediencia al indigno compañero que sólo merece odio, desprecio y rebeldía. A la constitución de una nueva familia dulcificada por la buena fe, la ternura y la fidelidad, los católicos prefieren la conservación de un hogar envenenado por la hipocresía, el desamor y el adulterio.

Veamos el Perú, nación tan católica en sus leyes y costumbres que merecería llamarse la sucursal de Roma y el futuro convento de Sudamérica. Aquí poseemos códigos donde se restringe la capacidad jurídica de las mujeres, sin disminuir la responsabilidad en la consumación de los delitos, no juzgándolas

suficientes para beneficiar de la ley civil, pero declarándolas merecedoras de las mismas penas establecidas para los hombres. Al ocuparse del matrimonio, nuestro *Código Civil* es un Derecho Canónico, sancionado por el Congreso. Citaremos algunos artículos inspirados por la más sana ortodoxia.

El matrimonio legalmente contraído es indisoluble: acábase sólo por la muerte de alguno de los cónyuges. Todo lo que se pacte en contrario es nulo, y se tiene por no puesto. [134]

La impotencia, locura ó incapacidad mental que sobrevenga á uno de los cónyuges, no disuelve el matrimonio contraído. [168]

La mujer está obligada á habitar con el marido y á seguirle por donde él tenga por conveniente residir. [176]

El marido tiene facultad de pedir el depósito de la mujer que ha abandonado la casa común, y el juez debe señalar el lugar del depósito. [204]

En cambio:

La mujer no puede presentarse en juicio sin autorización del marido. [179]

Pero nada debería sorprendernos desde que un artículo de ese mismo Código, al hablar de la patria potestad, ignala á la mujer casada con los menores, los esclavos y los inca-

paces. [28] No se requiere mucho análisis para cerciorarse de que en todas esas leyes superviven rezagos de épocas bárbaras en que la hembra figuraba como una propiedad del macho.

Aunque la Iglesia venera á María y la glorifique hasta el grado de tender á ingerirla en la Trinidad para constituir un misterio de cuatro personas, no cabe negar el desprecio del Catolicismo á la mujer. Para muchos hombres de fe y experiencia, el alma femenina se resume en dos tipos: *Eva ó la perdición del género humano, Dalila ó el corazón enfermo y doce veces impuro*. Dudando que los miembros de un concilio negaran á las mujeres un alma, debemos recordar que algunos santos padres no las conceden honestidad, hidalguía ni sentido común. Parecen invenciones las invectivas que los sacerdotes han fulminado contra las mujeres. A tan furibundos misóginos se les tomaría unas veces por locos, otras por desgraciados que no tuvieron madre ó la tuvieron muy mala. Recordemos á San Jerónimo que no vivió ni murió como Luis Gonzaga, y á San Agustín que empezó de mujeriego y acabó de obispo. Varones canonizados y tenidos por golfos de sabiduría, llaman á la mujer *camino de todas las iniquidades, puerta del infierno, flecha de Satanás*,

*hija del Demonio, ponzoña del basilisco, bu-
rra mañosa, escorpión siempre listo á picar,
etc.*

El menosprecio á la mujer y la creencia en la superioridad del hombre han echado tantas raíces en el ánimo de las gentes amamantadas por la Iglesia que muchos católicos miran en su esposa, no un igual sino la primera en la servidumbre, á no ser una máquina de placeres, un utensilio doméstico. Semejante creencia en la misión social de un sexo denuncia el envilecimiento del otro. La elevación moral de un hombre se mide por el concepto que se forma de la mujer: para el ignorante y brutal no pasa de una hembra, para el culto y pensador es un cerebro y un corazón.

Si el valor moral de los individuos se calcula de ese modo, el adelanto de las naciones se estima por la humanidad en las costumbres y la equidad en las leyes; donde el egoísmo se atempera más con la abnegación, donde los desposeídos reivindican más derechos, ahí florece una civilización más avanzada. No se conoce bien á un pueblo sin haber estudiado la condición social y jurídica de la mujer; se necesita ver las consideraciones que goza en las costumbres, los derechos de que disfruta en las leyes. En las naciones protestantes se realiza tan seguramente la ascensión femeni-

na que ya se prevé la completa emancipación. Sancionada la igualdad de ambos sexos, se concibe que algún día la mujer adquiera el dominio absoluto de su persona y divida con el hombre la dirección política del mundo.

Todo se concibe, menos que la Iglesia eleve á la mujer hasta el nivel del hombre, otorgándola el derecho de familiarizarse con la Divinidad. Al excluirla del sacerdocio, la considera indigna de la más elevada función moral: la embustera boca de la *hembra* no debe enunciar desde el púlpito la doctrina revelada por un Dios de verdad; las impuras manos de la *hembra* no merecen consumir el sacrificio donde se ofrece al Padre celestial la víctima del cordero inmaculado. ¿Qué reserva el Catolicismo á la mujer? murmurar las oraciones y seguir el rito, sin aproximarse al ara ni rozar siquiera con sus vestidos las gradas del tabernáculo; arrodillarse en el confesionario, revelar sus culpas, arrepentirse y demandar humildemente la absolución del sacerdote. La *hembra* no interpreta el libro ni discute el Dogma: obedece y calla [*Ménard.*]

Así, la mujer que ofrece amor á Jesús, en tanto que los hombres le prodigan odio; la mujer que para escuchar los salvadores preceptos le sigue por arenales y rocas; la mujer que valerosamente le confiesa, cuando un

apóstol le vende y otro le repudia; la mujer que en la vía dolorosa le enjuga el sudor y la sangre, al mismo tiempo que sayones le escupen y le abofetean; la mujer que en el suplicio le acompaña y le consuela, mientras los discípulos le abandonan y hasta el mismo Padre le desampara, no recibe del sacerdote más recompensa que el insulto, los anatemas, la servidumbre doméstica y la degradación moral.

Hoy mismo, hoy que la fe se aleja de los cerebros fuertes para refugiarse en los espíritus débiles ¿quién retarda la inevitable ruina del Catolicismo? ¿Quién brega para construir un dique y detener la incontenible inundación del escepticismo religioso? ¿Quién renuncia con más desprendimiento á glorias del mundo y placeres del amor, consagrándose al esposo místico que no tiene labios para besar sino espinas para herir el corazón? ¿Quién ofrendaría toda su alma, toda su sangre y toda su vida porque la sombra de la Cruz se extendiera de polo á polo, y la figura del sacerdote dominara sobre las más altas y más poderosas cabezas de la Tierra? *el escorpión, el basilisco, la hija del demonio, la burra manosa.*

fecundos resultados. ¿Por qué? por deficiencia de los mismos que intentaron la descatolización y el divorcio. Algunos pretenden redimir á la Humanidad sin haber logrado catequizar á su familia, olvidando que antes de pronunciar discursos y de escribir libros, se necesita hablar la más elocuente de las lenguas, el ejemplo.

¿Qué se avanza con libros demoleedores y discursos fulminantes, si mientras los esposos desvanecen mitos y derriban iglesias, las esposas inoculan en sus hijos el virus de la Religión Católica? La madre arrasa con el sentimiento lo que el padre intenta edificar con la Razon. Las creencias infundidas por el cariño maternal llegan á un sitio del alma donde más tarde no alcanzan las lecciones trasvasadas con el rigor del pedante. La mujer no sólo nos forma con la carne de su carne y la sangre de su sangre, no sólo nos nutre á sus pechos y nos conforta en su regazo, sino también nos impregna de sus sentimientos, nos transfunde sus ideas, y como el Jehováh de la leyenda bíblica, nos modela á su imagen y semejanza. Si llevamos el nombre de nuestro padre, representamos la hechura moral de nuestra madre. En tanto que los políticos se jactan de monopolizar la dirección del mundo, las mujeres guían la marcha de la Huma-

nidad. La fuerza motriz, el gran propulsor de las sociedades, no funciona bulliciosamente en la plaza ni en el club revolucionario: trabaja silenciosamente en el hogar.

Esto lo comprenden muy bien los *ministros del Señor*, y sonríen maliciosamente cuando sus enemigos se lanzan á fulminar rayos contra la Religión, mientras las seráficas matronas corren á engrosar el *dinero de San Pedro* y suscribir los manifiestos de la Unión Católica. Duermen tranquilos, soñando que las grandes reformas mueren al nacer ó duran muy pocos años, si no logran echar raíces en los corazones femeninos: contando con la madre, cuentan con el niño, poseen el hoy y tienen asegurado el mañana. Dejan, sí, de sonreír los sacerdotes y sufren amarguísimos desvelos ó terroríficas visiones, cuando saben que una sola de las innumerables creyentes se rasga la venda de la Fe y recurre á ver con la luz de su propia razón. Perder á las mujeres ¡horrible pesadilla de la Iglesia! El Catolicismo, que sólo se mueve por la irresistible fuerza de *impulsión* recibida en otras épocas, gira sobre dos puntos: la male fe del hombre y la ignorancia de la mujer. Cuando falte el polo femenino ¿dónde irá el complicado y vetusto mecanismo de ruedas oxidadas y ejes desnivelados?

Esto no lo comprenden ó fingen no com-

prenderlo muchos reformadores, y dejan á sus esposas bajo la humillante dominación del clero. Para ellos, el saber y la incredulidad; para ellas, la ignorancia y el fanatismo. Matrimonios basados en semejantes principios ¿merecen llamarse ayuntamientos de seres racionales? Lo más dulce de la unión amorosa no reside en el contacto de dos epidermis ni en la simultaneidad de dos espasmos: está en la vibración unísona de dos corazones, en el vuelo armonioso de dos inteligencias hacia la verdad y el bien. Los animales se unen momentáneamente, los dos sexos humanos deben aliarse para engrandecerse y perfeccionarse.

No se arguya que soñamos al enunciar la posible asimilación de las mujeres á los hombres; confiésese más bien la incuria ó la necesidad del marido al no saber aprovechar de su fuerza. En las batallas por la idea no se conoce auxiliar más poderoso que el amor. Como la mujer amante quiere ser dominada y poseída, el hombre amado adquiere una irresistible fuerza de absorción: puede reinar con la ternura y la verdad, en oposición al sacerdote que domina por el miedo y el error. Así, pues, el marido que en algunos años de vida estrecha con la esposa no logró convertirla, dominarla ni absorberla en corazón y cerebro,

poseyó el incentivo carnal para seducir y fascinar á la hembra, no tuvo la elevación varonil para levantar y redimir á la mujer.

Compadezcamos á los *infelices* que se manifiestan hombres para engendrar, no para ejercer funciones viriles de un orden superior. Al dejar que sus hogares se envilezcan y se fanaticen, ellos son las primeras víctimas, tan merecedoras de lástima como del ridículo. El fanatismo no produce menos estragos que el éter, la morfina, el alcohol ó el opio: al adueñarse de una mujer, la deprime intelectual y moralmente, la despoja de todas las seducciones femeninas, la transforma en ese algo asexual ó neutro que se llama una devota. El marido que en los primeros días del matrimonio entregó al sacerdote una esposa amable y agraciada, recibe á los pocos años una rezadora de virtud angulosa y astringente, una altarera sin higiene en el cuerpo ni ternura en el alma, una ogresa mística y santa que vive oponiendo á todo impulso racional un inmovible murallón de ignorancia y terquedad. Cuando ya no tiene remedio, los fanatizados de su hogar se convencen de que amando mucho á Dios, las mujeres concluyen por hacerse aborrecer de los hombres.

IV

Deseo precisar y condensar algunas ideas, á riesgo de incurrir en monótonas repeticiones y cansar á las personas que se dignan escuchar.

En toda época y en todos los países la mujer fué víctima y arma del sacerdocio. Cuando el orgullo masculino intentó sacudir la opresión sacerdotal, intervino la voluptuosidad femenina para desvigorizar al hombre, adormecerle y remacharle la cadena. Eso lo palpamos hoy mismo, no muy lejos de nosotros: los sacerdotes arrastran á las mujeres, las mujeres arrastran á los hombres, y los hombres se dejan arrastrar, convertidos en el rebaño de Panurgo. Algunos aparentan rebelarse y chillan al aire libre; pero los más se resignan y callan á la sombra del baldáquino. Poseen doble naturaleza: en la calle, lobos que devoran á clérigos y frailes; en la casa, ovejas que lamen las manos de monseñores y reverendos padres.

Y sin embargo, muchos corderos con momentánea y callejera piel de lobo gastan ínfulas de ejercer un apostolado: rivalizarían con

quien nunca supo ni quiso ejercer acción eficaz en el diminuto radio de su familia, y desconfiemos del propagandista que alegando una excesiva tolerancia, forma un hogar con olor á misa cantada: es el rosal produciendo bellotas, el águila empollando avestruces. Para sanear las poblaciones, se comienza por desinfectar los domicilios, pues no cabe higiene pública sin higiene privada; cuando se desea secularizar un pueblo, se debe hacerlo con las familias, pues no se concibe un todo libre, constituido por fracciones esclavas. Más que al Estado, cumple á los individuos la secularización de la vida. Desterrando del hogar al sacerdote, se le arroja de la escuela; quitándole la madre, se le arrebatata el niño, se le cierra el porvenir.

No se trata de promulgar como ley de la familia el *creer ó morir* de inquisidores y musulmanes. Los que rechazan la tiranía de un Sér Supremo y niegan la infalibilidad de un pontífice, desconocen también la autocracia de un esposo. En el matrimonio verdaderamente humano, no hay un jefe absoluto, sino dos socios con iguales derechos, no hay un déspota sino el hermano mayor de sus hijos. La acción brutal del grosero apóstol en las almas sensibles de mujeres y niños debe compararse con la dentellada del jumento en un ramo

de flores ó con el trompazo del elefante en los anaqueles de una cristalería.

Se trata de emanar una atmósfera de bondad y justicia, no recurriendo á la intimidación despótica sino á las insinuaciones fraternales, no invocando la autoridad sino aduciendo la prueba. Los errores no se parecen á hierbas superficiales que violentamente erradicamos con la punta de un arado, ni las verdades se igualan con clavos de acero que dé un solo martillazo introducimos en el corazón de un leño apollillado: el error huye paso á paso, la verdad se infiltra gota á gota. El hombre cuerdo no impone, que la imposición hiera el orgullo y suscita la resistencia; manifiesta con hechos que entre un espíritu libre y un devoto las diferencias no abonan al rezador. Tanto vale creer sin pruebas como negar sin razones. Hay una cosa soberanamente ridícula y vana, dogmatizar; hay un personaje verdaderamente risible y odioso, el inquisidor á la inversa, el sacristán del librepensamiento.

Como nos rémos del intransigente por ignorancia, moda ó capricho, burlémosnos del tolerante por decidia ó conveniencia. Muchas veces llamamos tolerancia á la fofedad en las convicciones, á la maleabilidad de carácter, á la contemporización humillante con los erro-

res, á la cobardía para delatar las iniquidades. La intolerancia no consiste en oponer tribunas á tribunas, libros á libros ó rechazos enérgicos á embestidas brutales, sino en amordazar las bocas, romper las plumas y encarcelar ó suprimir al adversario. No hay tolerancia en consentir la deformación de los cerebros infantiles por medio de una educación anticientífica: hay egoísmo criminal. No aceptemos los tradicionales derechos del *pater familias*. Como protestamos de considerar á la esposa una sierva ó propiedad del marido, neguemos también que un hijo pertenezca absolutamente al padre. El alma del niño no es del padre, de la madre ni del sacerdote, es de la verdad, de ese algo tan fecundo que no se encierra ni puede encerrarse en el estéril credo de ninguna religión. Más aún, señores: el niño no se pertenece ni á sí mismo: se debe á la Humanidad, se halla en la obligación de allanar el camino á las generaciones futuras. No hemos venido á la Tierra para beber el agua, comer el pasto y legar la única herencia de un esqueleto.

Á la tolerancia mal comprendida agreguemos el pesimismo desconsolador. Nada tan *dulce* como esa *amarga* filosofía que nos induce á cruzarnos de brazos y permanecer indiferentes en las luchas humanas, repitiéndonos

á nosotros mismos que de nada serviría la intervención en apoyo del bien, desde que el mal triunfa necesaria y eternamente. Mas ¿qué penetramos nosotros de la vida y del Cosmos para deducir la inutilidad de la acción? Nada se pierde en el Universo, todo produce algo en alguna parte. El desplazamiento de una imperceptible arenilla ocasiona talvez la desviación de un río caudaloso. La agitación de un infusorio en una gota de agua influye quizá en las tempestades del Océano. El aleteo de una mariposa en el nectáreo de una flor llega quien sabe á repercutir en el disco de la estrella más lejana. Puede que algunas de las verdades enunciadas en este lugar vayan á sacudir el sueño de algún espíritu aletargado en el seno de las supersticiones. Reconózcase la degradación de un pueblo y el estancamiento de una época; no se niegue el avance del sér colectivo hacia un reinado de verdad y justicia. La Humanidad es una inmensa caravana, mejor dicho, un ejército con sus perezosos y sus cobardes. Mientras unos duermen ó desertan, los otros marchan y combaten. El nivel de la especie humana sube muy lentamente, pero sube. Y la ascensión se verifica, no porque la muchedumbre inicie el movimiento, sino porque unos pocos individuos de buena voluntad surgen de cuando

en cuando para condenar el egoísmo inhumano y sostener que sobre las conveniencias materiales deben colocarse los sentimientos magnánimos encarrilados por las ideas levantadas, lo que gráficamente hablando quiere decir: más arriba del vientre se halla el corazón y más arriba del corazón está la cabeza.

Auguremos, pues, el buen éxito de una propaganda enérgica y razonable, iniciada en el recinto de la familia para irradiar en todos los ámbitos de la República. Algún día, tal vez no muy lejano, los enemigos domésticos se trasformarán en los mejores aliados. Cuando las mujeres vean la conformidad de acciones y palabras, cuando palpen que las almas libres alcanzan donde no pueden llegar las conciencias maniatadas, cuando constaten que una moral sin obligación ni sanción ennoblece más que la añeja teoría de premios y castigos, entonces abandonarán al sacerdote por el sabio, la iglesia por el hogar, el Dogma por la Razón: todos los errores pueriles, todas las supersticiones femeninas, irán á desaparecer en la convicción inalterable del hombre, como los ríos cenagosos corren á purificarse en el agua incorruptible del mar.

Pero que ellas mismas, principalmente las casadas, cesen de limitarse al humilde papel de catecúmenas, esperanzadas en la acción

redentora de sus maridos; los tiranos y los brutos domésticos abundan más de lo que nosotros imaginamos. La felicidad no se aguarda del cielo ni se mendiga de otros; se persigue por sí mismo, se conquista con sus propios esfuerzos. Violando leyes canónicas y civiles, arrostrando preocupaciones burguesas, constituyendo un hogar libre cuando el hogar católico encierra oprobio, desesperación y muerte, la mujer realiza tres obras igualmente laudables: busca la felicidad donde piensa encontrarla, enseña el camino á las víctimas de ánimo débil y ofrece un alto ejemplo de moralidad. Sí, señores, de moralidad, aunque protesten los rezagados y los hipócritas. Me dirijo á personas emancipadas, y no temo llamar las cosas por sus verdaderos nombres: meretrices son las esposas que sin amor se entregan al marido, espúreos son los hijos engendrados entre una pendencia y un ronquido; honradas son las adúlteras que públicamente abandonan al esposo aborrecible y constituyen nueva familia santificada por el amor, legítimos y nobles son los espúreos concebidos en el arrebató de la pasión ó en la serena ternura de un cariño generoso. Los ultrajes de *bastardo* y *adulterino* nada significan para gentes que piensan y no estiman la honradez de un hogar por los asper-

ges de agua bendita. A juicio de todo un Shakspeare, el bastardo nacido en la clandestina voluptuosidad de la Naturaleza posee mejor sustancia y mayores energías viriles que el enjambre de currutacos ó lechuguinos engendrados entre un sueño y una vigilia, en una cama triste, monótona y puerca. Donde laica y libremente se unen dos organismos sanos y jóvenes, refunfuña el gazmón, pero sonrío la Tierra. El matrimonio de una moza con un viejo, de una persona lozana y robusta con otra enferma y enclenque, de la impotencia y la muerte con la fecundidad y la vida, he aquí los delitos imperdonables y vergonzosos, porque significan desperdicio de fuerzas creadoras, fraude en el amor, robo á la Naturaleza.

Según Tocqueville, *quien ha formado la América del Norte es la mujer norteamericana*. Ella formaría no sólo cien Américas, sino crearía mil universos. Cada esposa fecunda lleva en sus entrañas el germen de futuras humanidades, llamadas á expandirse en la individualidad consciente ó condenadas á vegetar en el gregarismo religioso. En el niño posee la madre un bloque de mármol donde bosquejar una estatua griega. Desgraciadamente, merced á la intervención de monjas y *padres*, el bloque se transforma en una parodia de la

figura humana. Nosotros conocemos la psicología de seres amamantados en la servidumbre y el fanatismo, apenas si concebimos la mentalidad de niños educados según la libertad y la ciencia. Los que nacimos bajo una capa de absurdos y supersticiones, los que hoy mismo nos asfixiamos en una atmósfera de antiguallas y prejuicios, los que desearíamos empujar á las muchedumbres para hacerlas recorrer en un solo día el camino de muchos siglos, no miraremos la florescencia de una raza sin morales vetustas ni religiones prehistóricas. Voltaire, viejo y moribundo, exclamaba: *¡Felices los jóvenes porque verán cosas muy grandes!* Imitando al infatigable luchador del siglo XVIII, digamos nosotros sus discípulos: felices los que vengan mañana porque vivirán, no en la *Jerusalén divina*, sino en la ciudad laica, sin templos ni sacerdotes, sin más divinidades que el Amor, la Justicia y la Verdad!

Concluyo, señores, diciendo algo que desearía grabar en el cerebro de todas las mujeres y también de muchos maridos: los pedagogos elaboran pedantes los sacerdotes fabrican hipócritas, sólo las verdaderas madres crean hombres.

ITALIA Y EL PAPADO

Discurso leído en la Stella d' Italia el 24 de Setiembre de 1905.]

SEÑORAS Y SEÑORES:

Hace un año que usé de la palabra en esta misma institución y para conmemorar el mismo aniversario: agradezco á los masones italianos la honra que por segunda vez me otorgaron al solicitar mi colaboración.

La Stella d' Italia erige aquí una tribuna donde nos llama á los profanos, sin marcar límite á la emisión de las ideas. Nada más laudable ni más oportuno, hoy que en Lima recrudece el fanatismo, hoy que no cesa de ir en aumento la inundación clerical.

No se puede negar que una fuerza de reacción religiosa pugna por hacernos retroceder. Y ¿quiénes oponen resistencia? uno que otro luchador solitario; ninguna agrupación desde

el momento que las conferencias organizadas en la Liga de Librepensadores quedaron violentamente abolidas por el *flamante aliado* del Partido Liberal. Los llamados á levantar la voz, callan por conveniencia ó por miedo. Los diarios son clericales ó fingen serlo para amoldarse á la mentalidad de sus dos públicos—el femenino y el neutro. Las Cámaras siguen debatiéndose en pasiones de bandería y defendiendo intereses de campionario: conservan la tradición, pues los congresos nacionales no representaron jamás el oriente de las ideas regeneradoras. El Gobierno, si abiertamente no encabeza el movimiento retrógado, le favorece bajo cuerda ó le mira con buenos ojos: á todo poder le conviene fomentar el Catolicismo, esa doctrina de resignación y envilecimiento.

Puede haber concluído el tiempo de las hogueras inquisitoriales; no ha finalizado el ciclo de las luchas religiosas. Se lucha en todas partes, y con mayor encarnizamiento en las naciones católicas, así, en Francia se tiene que pasar de las controversias verbales á los actos violentos. Y no solamente luchan los mediocres y vulgares; agitan las armas un Berthelot, un Hæckel, un Sergi, un Salmorón....¿Quiénes afirman que pasó de moda la

I

Al triunvirato literario de Dante, Petrarca y Boccaccio, á los hombres que en el Renacimiento fijaron la lengua nacional, debe oponerse el triunvirato político de Garibaldi, Cavour y Mazzini, de los hombres que en el siglo XIX contribuyeron más á la consumación de la unidad italiana.

Sacudir el yugo del Austriaco, formar de reinos fraccionarios y antagónicos un estado grande y homogéneo, borrar el odio mezquino de pueblos á pueblos y hasta de familias á familias, para sustituirle con el *siam fratelli* de Manzoni, he aquí las ideas que durante varios siglos germinaban en el cerebro de los pensadores italianos, he aquí los fines que persiguieron Garibaldi con la espada, Cavour con la diplomacia, Mazzini con la pluma.

Derrocados los reyezuelos y los grandes duques, realizadas las proezas legendarias de los *Mil*, faltaba mucho para consumir la independencia y unidad: Austria cerraba el camino. Para vencerla y debelarla no bastaban las energías nacionales: los apostolados, las

revoluciones, los heroísmos, todo había sido inútil. El vínculo tradicional llegó á verse tan relajado en Italia, que los esbirros y los degolladores del pueblo no salían siempre de las legiones extranjeras. Como se necesitaba la cooperación de fuerzas exteriores, muchos emisarios ó apóstoles fueron de nación en nación y de corte en corte buscando amigos y aliados de la emancipación italiana. Los políticos realizaron entonces un prodigio de habilidad y astucia—la alianza de Víctor Manuel y Napoleón III. Cuando se piensa en la obra de Cavour, se ve pequeñas las figuras de Talleyrand y Metternich.

Vencida el Austria en Magenta y Solferino, reivindicada la posesión de Venecia, el pueblo italiano pide más: su anhelo se cristaliza en la fórmula de: *Italia una con su capital Roma*. Recordando las invasiones extranjeras provocadas por la ambición y felonía de los Pontífices, reconociendo con Machiavelli que *el papado es en Italia como el hierro en la herida*, los revolucionarios piden la abolición del *Poder temporal*, claman por el afianzamiento de la nacionalidad con la reintegración de los Estados Pontificios.

Mas el Emperador francés, deteniéndose en la mitad del camino, proclama el *Roma intangible* y pretende que los Mazzini, los Ca-

vour y los Garibaldi acepten la inviolabilidad del territorio avasallado por la Iglesia. ¿Por qué? Un viejo libertino se halla muy cerca de un viejo gazmoño, y grandes catástrofes de imperios se fundan en ridículas influencias de alcoba. Napoleón III era casado con una joven condesa que si no tenía las virtudes de una santa, poseía el fanatismo de una española. No extrañemos, pues, que en Roma subsistiera hasta 1870 una guarnición de soldados franceses que representaban el doble ministerio de pretorianos y monaguillos. Los voluntarios que á fines del siglo XVIII descargaban el fusil sobre los ejércitos monárquicos, en el siglo XIX apuntaban con el rifle á garibaldinos y mazzinianos: Mentana sucede á Valmy.

En los pechos italianos hierve entonces una cólera inexorable contra el hombre que hoy les sirve de aliado en la guerra con Austria y mañana quiere obligarles á permanecer inmóviles bajo la sandalia de un Pío IX. En Francia misma, el proceder ilógico y ambiguo del Emperador suscita recriminaciones y protestas. Como les sucede á contemporizadores y amigos de términos medios, Napoleón se granjea la censura y odiosidad generales: los católicos le tratan de garibaldino, los ga-

atacan en la prensa por sostener una guarnición al servicio de un papa *inquisidor y carabnero*, otros le acusan en el Cuerpo Legislativo, no sólo de haberse *dejado envolver por las redes de la astucia italiana*, sino de *favorecer una revolución patrocinada por Inglaterra*.

Estalla la guerra franco-prusiana, y la tremenda catástrofe del pueblo francés redunda en beneficio del pueblo italiano. Al derrumbarse el trono de Napoleón III arrastra consigo á la sede temporal de Pío IX. Casi al mismo tiempo en que el hombre de Sedán sale de Francia para no regresar nunca, Víctor Manuel penetra en Roma para lanzar al mundo católico la frase de Mac-Mahon en Sebastopol: *Aquí estoy y aquí me quedo*.

II

Mas, con la posesión de Roma ¿se han colmado los deseos y ambiciones de Italia? La voz del irredentismo no deja de repercutir. Si antes se clamaba por Venecia y los Estados Pontificios, hoy se clama por el Trentino y Trieste, confesando que la unidad nacional no puede considerarse como un hecho sino el

día en que se adquiriera ó se recupere las fronteras naturales. Hoy se piensa quizá en Istria y Dalmacia como en las futuras provincias de una Italia más extendida y más poderosa, hoy se sueña tal vez con la anexión de Albania para dominar el canal de Otranto y convertir el Adriático en un mar latino. A la vez que disminuye la galofobia atizada por Crispi y Bismarck, va renaciendo el odio al germano, al enemigo tradicional: la Triple Alianza no impide que el pueblo italiano excrete á Francisco José y abomine de Austria. Innsbrück, la capital misma del Tirol austriaco, oye resonar los *mueras* al tedesco.

Lombroso afirma que "Italia es una, pero no está unificada, que mientras algunas secciones de la península avanzaron con la unidad política, muchas han permanecido estacionarias ó retroceden". Con la monarquía de 1870 vino la excesiva centralización, el desarrollo de un miembro á expensas de los demás: por un lado la congestión, por otro el desangramiento. Poco ganaron las multitudes, que no valen mucho las transformaciones políticas sin venir acompañadas de un mejoramiento social. La soberanía del pueblo es una sangrienta irrisión cuando se sufre la tiranía del vientre: al llevar el voto en una mano, hay que tener el pan en la otra.

Quienes se beneficiaron con la unidad política de Italia fueron los reyes de Cerdeña, los cortesanos, los hombres públicos y los financieros. Los humildes y los pequeños sacaron lo de siempre: como las abejas labran panales para que otros saboreen la miel, así los humildes siembran para que los soberbios cosechen, así los pequeños combaten y mueren para que los grandes obtengan poder y glorificación.

Italia hierve y se agita: unos, siguiendo la huella de Crispi, tienden á formar una potencia agresiva, conquistadora, con visos de imperialismo germánico; otros recordando la prédica humanitaria de Mazzini, se inclinan á fundar una república sin ejércitos permanentes, pacífica, regida por instituciones de la más pura democracia. Al hervor político responde la fermentación social: lo mismo que en todas las naciones civilizadas, las huelgas estallan como preludios de la gran revolución futura. La guerra de tarifas con Francia, las edasastrosas aventuras coloniales, los desmedidos impuestos originados por los grandes armamentos, causaron muchas miserias, muchos sacrificios y muchas lágrimas. De cuando en cuando las olas populares, esas tremendas olas levantadas por el hambre, surgieron de la nación para venir á estrellarse contra los muros del Quirinal. Más de una vez, la

bala y el sable respondieron á los gritos que pedían trabajo y pan; más de una vez, sangre de obreros y hasta de niños y mujeres enrojeció la tierra en Nápoles, Milán y Sicilia.

Nadie vería en la Italia del siglo XX un campo de ruinas, *una tierra de muertos*, como dijo Lamartine. La exuberancia de sangre, la plétora de vida nacional se revela por la capacidad emigrante ó fuerza de salir á crear naciones ó fundar colonias. Dígalo Inglaterra. Los pueblos decadentes y agotados se confinan en sus linderos, arraigan tenazmente al hogar de los abuelos y arrullándose con las leyendas de una gloria pasada, se extinguen oscura y miserablemente. El que vive, propaga la vida, se mueve y se transforma. Por eso, el italiano verifica una evolución: deja de ser el soldado brutal de la antigua Roma para convertirse en el fecundo y laborioso inmigrante de los pueblos americanos. Él va engrandeciendo y poblando las naciones orientales de la América española. Por su adaptación al medio ambiente, por su facultad de asimilarse, en fin, por su virtud colonizadora y prolífica, el italiano merece llamarse un creador de nacionalidades, un vivificador de razas.

Sin embargo, su misión histórica no se reduce á engrandecer tierras lejanas, olvidán-

bre: significan la desaparición del antiguo régimen y el hundimiento del poder teocrático. Los franceses que en 1789 demolieron la Bastilla, los italianos que en 1870 abrieron la brecha de la Porta Pia, talvez creyeron servir únicamente al bien de sus respectivas naciones, cuando lucharon por los intereses de la Humanidad. El 20 de Setiembre se conmemora algo más que la unidad política de Italia: el Quirinal frente al Vaticano simboliza el constante desaffo de la Razón á la Fe.

En una balada de Heine, el Emperador Enrique IV de Alemania, vencido y humillado por Gregorio VII, viste el sayal del penitente, marcha con los pies descalzos y reza un *padre nuestro*, dando señales de sumisión y arrepentimiento; mas reprime la cólera, jura secreta venganza y en lo interior de sí mismo profetiza que de su fiel y querida tierra germánica nacería el hombre destinado á empuñar el hacha y derribar á la implacable hidra de Roma.

Y la profesía se va cumpliendo: si la derrota de Austria produjo la unidad de Italia, el triunfo de Prusia quitó á los Papas el poder temporal, convirtiéndoles en simples vecinos de la *Ciudad eterna*. Pero, no, incurrimos en una exageración al expresarnos así: el Papa no se humilla ni se esfuma como una simple uni-

una madre piadosísima, da visos de tanta fidelidad á las enseñanzas maternas que no se casa sin exigir de su novia el ingreso á la comunión católica. Lamentemos, pues, que los italianos no hayan poseído un Enrique VIII sin vicios. Lamentemos, más aún, que el asalto á Roma en 1870 no hubiera sido la obra de una revolución netamente republicana y popular como la de 1848. Garibaldi habría dado al problema una solución radical y definitiva.

De la situación creada por una política dudosa, nace algo triste y cómico: el Papa, inerme y vencido, continúa siendo no sólo una acusación sino una rémora y una amenaza; mientras el Gobierno de Italia, obligado á ceder ó transigir, hace el papel de una barca ligera, mas reducida á navegar con velas de plomo, teniendo que remolcar un pesado y viejo pontón.

Desde que emperadores y reyes regalaron territorios como se regala muebles y dispusieron de hombres como se dispone de rebaños, los Papas consideraron los Estados Pontificios como una herencia de familia, legalmente pasada de antecesor á sucesor. Ahí ejercitaron el más absoluto de los poderes, tanto que el gobierno papal era en el orden

irreducibles sucesores como lo repite ya Pío X. Y no usarán la mansedumbre evangélica, al sentirse potentes para fulminar el rayo. Burla merecería, si no infundiera lástima, esa irritación morbosa de los Sumos Pontífices al verse privados de su *soi-disant* derecho divino. Mas se les comprende y hasta se les disculpa, cuando se medita en la tradicional atmósfera del Vaticano y en el proceso mental de sus moradores. No solamente Roma; Italia, Europa, el mundo entero pertenece moral y políticamente al heredero legítimo de San Pedro. Los Papas consideraron siempre la Tierra como un feudo legado por Dios, no miraron en todos los hombres más que un hacinamiento de seres inconscientes ó menores de edad, obligados, por la razón ó la fuerza, á vivir y morir bajo la tutela de la Curia Romana. El ideal del Catolicismo se resume así: el trono en Roma, el Sumo Pontífice en el trono, el Universo á los pies del Sumo Pontífice.



Rechazando la afirmación absoluta de que el ingenio se deprime con la bajera del corazón, se ha dicho que una obra de arte no lleva necesariamente el sello moral del autor. En el templo de San Pedro, en la estatua de Moisés y en los frescos de la Capilla Sixtina, vemos la peñonera grandera creadora de Miguel Ángel; pero en el Cristo del Escorial, en el martirio de San Bartolomé y en la partitura de El Barbero no descubrimos la fiereza de un Bevenuto Cellini, la tortuosidad de un Españoleto ni la avara parsimonia de un Rossini.

Se ha dicho también que la excelencia de una verdad científica y la bondad de un método filosófico no desmerecen por lo indigno y bajo de sus enunciadores; y efectivamente: aunque Darwin y Comte, en vez de figurar como tipos de elevación moral, fueran citados como ejemplos de criminalidad y vileza, el Darwinismo no sería una hipótesis menos probable ni el Positivismo encerraría menor número de verdades.

El artista y el sabio se crean un medio ficticio, se abisman en una atmósfera interior de belleza ó de verdad, en una palabra, se autosugestionan al concebir y ejecutar sus obras. Merced al entusiasmo, de un hombre con alma y corazón igualmente negros puede

gos administrativos ni ejerce funciones políticas, influye directamente en la generación y marcha de los acontecimientos. En el campo de las ideas y aun de los hechos, no hay talvez una acción tan eficaz ni tan rápida como la del periodista: mientras el autor de libros se dirige á reducido número de lectores, y quizá de refinados, el publicista vive en comunicación incesante con la muchedumbre. Él lanza hoy una idea, insiste mañana, continúa insistiendo, y concluye por introducirla en el cerebro de *su público*: trepana los cráneos más duros y más gruesos ¿Qué abusos, qué supersticiones no acaban por ceder á una embestida de todas las horas y de todas las plumas? ¡Cuántas obras no realizadas con el discurso de un parlamentario, con el decreto de un ministro ni con la sublevación de un militar, se efectuaron con el simple artículo de un periodista!

Para la multitud que no puede ó no quiere alimentarse con el libro, el diario encierra la única nutrición cerebral: miles y miles de hombres tienen *su diario* que aguardan todos los días, como al buen amigo, portador de la noticia y del consejo. Donde no logra penetra el volumen, se desliza suavemente la hoja; y donde no resuena la austera palabra del sabio, repercute el eco insinuante del vulga-

En un diario se condensan el Ágora de Atenas y el Foro de Roma, la arena de un torneo y el campo de una batalla, el ambiente de un jardín y el vaho de un pantano, la luz de una apoteosis y el bisturí de una vivisección. Como resumen de la vida, encierra un abigarramiento de bienes y males, de justicias é injusticias, de tragedias y sainetes. Debemos mirar en él una fuerza superior al soberano, al parlamento, á la magistratura y á la misma nación. Para estimar el valor del periodismo, imaginémosnos la sociedad moderna sin el diario, el wagón sin locomotora. Aunque se juzgue vulgar la comparación, el periodismo guarda semejanza con el alumbrado público: suprimamos el petróleo, el gas ó la luz eléctrica, y las ciudades más civilizadas se transformarán en bosques de bandidos; eliminemos los diarios, y en las naciones más libres surgirán los tiranos más inicuos y más abominables. De ahí que el primer deseo de los autócratas, llámense Napoleón ó Francia, es imponer el *gran silencio cesariano*.

Sin embargo, el periodismo no deja de producir enormes daños. Difunde una literatura de clichés ó fórmulas estereotipadas, favorece la pereza intelectual de las muchedumbres y mata ó adormece las iniciativas individuales. Abundan cerebros que no funcio-

cuarenta ó cincuenta diarios leemos hoy la narración de algún hecho acaecido ayer, difícilmente sacaremos en limpio la verdad cuando el hecho se relaciona con los intereses de la banca ó la política del gobierno. Muy pobre muestra daría de su criterio el historiador que para sondear el fondo de un personaje acudiera únicamente á las informaciones de las hojas cotidianas. El diario puede revelar la sicología de un pueblo, mas rarísima vez servirá de testimonio fidedigno para juzgar á los hombres públicos. El diarista posee su *verdad* que no siempre es la *verdadera*.

Fouillée se duele de la supersticiosa veneración á lo escrito; y Zola, que nunca dió señales de bonachón ni de tímido, declara llanamente que sólo teme á Le Figaro de París. Temor general. Si en plena calle un fanfarrón vulgar ó un beodo consuetudinario nos endilga una insolencia, nosotros no perdemos la serenidad y continuamos nuestro camino como si nada hubiéramos escuchado; pero si el beodo y el fanfarrón nos agravian en las columnas de un diario, entonces no guardamos la tranquilidad y nos creemos perdidos en la estimación de las gentes honradas. El daño inferido á nuestra honra se nos antoja mayor cuando los tiros vienen de manos ocultas ó invisibles. El anónimo hace que

¿Qué diarista limeño representa la encarnación de un principio? Mientras uno se acuesta montañés y se levanta girondino, el otro se duerme autocrático y se despierta anarquista. El liberal escribe en la hoja conservadora, el ultramontano en la revolucionaria. A nadie sorprende que un radical masón salga colaborando en El Pan del Alma ó en El Amigo del Clero. Especie de moléculas errantes, nuestros famosos publicistas entran hoy en la combinación de un sólido, mañana en la de un líquido, pasado mañana en la de un gas.

Algunos de ellos infunden conmiseración y repugnancia. Clowns jibosos y encorvados, viven desde hace treinta ó cuarenta años, repitiendo la misma ensalada de chistes vulgares, ejecutando las mismas cabriolas, dándose las mismas costaladas y sacándose del estómago el mismo cintajo policromo y chillón. Atraviesan las calles, denunciando la lucha entre la muerte que les inclina hacia el suelo y la tierra que siente asco de recibirles. Van donde el negocio les llama, habiendo tenido la impudencia de afirmar que el periodismo no es una cátedra sino *una empresa industrial*. Pasan de civilista á demócratas y de opositores á gobiernistas, sin modificaciones en el fondo, con simples cambios en la super-

Santiago no halla competidores en Lima. Un artículo de El Diario puede trasladarse á El Comercio, y uno de La Opinión á El Bien Social, sin que el público dé señales de conocer el trasiego. Nos parece que ni los mismos redactores notarían el cambio, si su periódico saliera á luz con el nombre del ajeno. Algo semejante pasa con los individuos: hay sujetos de fisonomía tan común ó impersonal que si al uno le pusiéramos la cabeza de otro, ni ellos mismos lo notarían al mirarse en el espejo.

Tan sucede así que en la época de los gordos negociados ó de las grandes conmociones políticas, algunos diarios viven de sólo reproducir los editoriales de sus colegas. Procedimiento juicioso y agradable, que no vale la pena de afanarse por escribir, si el primer esgrimidor de pluma dirá seguramente lo mismo que se le puede ocurrir á uno. Vendedores de la misma droga, repiten el mismo reclamo; mercachifles de la misma baratija, machacan el mismo *boniment*. Tendríamos derecho de aplicarles el verso de Campoamor: *Todo es uno y todo igual*, si no surgiera entre ellos la marcada diferencia de ayunos y ahitos, ó hablando con deliciosos eufemismos, de opositoristas y gobiernistas.

Antiguamente, cuando una vieja daba un

á tí mismo. Sin obedecer á un pesimismo exagerado y hasta de mal gusto, nos parece que el diario limeño no da esperanzas de evolucionar. Rara vez el buen ejemplo salió de nuestra Capital. Si un pueblo se figura por un individuo, Arequipa es el soldado varonil que empuña, el rifle, se cuelga el detente, sale al campo de batalla y regresa teñido en sangre á la vez que rodeado por un tufo de chicha y pólvora; Lima es la zamba vieja que chupa su cigarro, empina su copa de aguardiente, arrastra sus chancletas fangosas y ejerce el triple oficio de madre acomodadiza, zurcidora de voluntades y mandadera de convento.

ción de nuestro Código Civil. Ni á sus mismos correligionarios podía dejar satisfechos el individuo que donde posa las manos introduce el desconcierto y el embrollo. Las ideas en el cráneo de Piérola son telarañas en el laberinto de Creta. A más de aturdido, vacilante y divagador, deja algo que desear en materia de virtudes públicas y privadas. Los Conservadores, que no piden mucha limpieza subcutánea, exigen á sus correligionarios, y principalmente á sus jefes, una envoltura ó epidermis sin manchas ni granulaciones sospechosas. Como siguen la ley de salvar las apariencias, desean que su monstruo guarde incólume la piel, aunque lleve ensangrentados los colmillos.

Romaña les sirve de aperitivo mientras asoma el Núñez, el Francia ó el García Moreno. No colma las esperanzas del bando clerical por ser, más que hombre, una especie de autómeta movido por un civilista, un demócrata, un constitucional, un reverendo padre comendador ó una madre abadesa. Parece una sustancia incolora, insípida y amorfa, un fluído grueso que se adapta á la forma del recipiente; de modo que, según lo disponga el envasador, presentará la figura de garrafa, alcuza, vinagera ó cosa menos limpia. Esforzándose mucho, *superándose á sí mismo*, Romaña se

los y sirven tanto para rodrigones de viudas como para coadjutores de maridos. Junto á los clérigos, se destacan los arrepentidos de última hora, los magistrados reblandecidos que llevan la unción en el alma después de haber llevado toda su vida el unguento en las manos. Figuran también muchas jamonas de mírame y no me toques ó jubiladas hermosuras que *in illo tempore* dieron á la carne lo que pedía la carne y hoy ofrecen al Señor los resplandores de una castidad que nadie osaría someter á prueba. No faltan mozas de buenas barbas que se afilian por desocupación, *disfuerzo*, novelería ó *snobismo*, pues, á decir verdad, no sueñan morir con palma y corona, sienten más ganas de broma que de rosarios y gustosas se dejarían cargar por el Diablo, si en el viaje toparan con el tálamo nupcial ó su equivalente. Al rededor de viejas y muchachas, mariposean algunos mozelos escuchimizados y sietemesinos, anémicos de sangre y bolsa, especie de corsarios en mar divino, que andan al acecho de ricas devotas para tener en ellas el cajero y la enfermera.

En la turbamulta ó cuerpo de coros, abundan viejos tartajosos y gurruminos, desengañados ya de las vanidades terrestres pero animados con la esperanza de hallar en el cielo

la amargura y el desamparo del incrédulo; en domicilios particulares, raciones y vestidos al menesteroso que hace novenas ó comulga semanalmente; en hospitales y casas de misericordia, desentendencia ó maltrato al enfermo que no bebe el agua de Lourdes ni clama por la bendición del capellán. Muchas de nuestras humanitarias señoras olvidan que vientre devorado por hambre no pide oraciones sino pan, que carne desgarrada por el dolor no quiere asperges ni santos óleos sino inyecciones de morfina.

Según la concepción de algunos cerebros ortodoxos, los buenos hijos de la Iglesia no pueden llamarse amigos con los enemigos de Dios ni deben tener piedad del que no la tiene con Jesucristo al negarle y ofenderle. De ahí la caridad sui generis de las almas piadosas, caridad formada por una mezcla de dureza y *cabotinaje*.

Como los médicos llegan á no ver en el enfermo una *persona* sino un *caso*, así muchas gentes no miran en el desvalido un prójimo sino un reclamo, una pared lacrada y ruinoso donde pegar un enorme cartelón que anuncie las excelencias de la caridad evangélica. Los católicos de profesión inventarían la pobreza y las enfermedades para tener el orgullo de gritar: Admire el mundo la manera có-

adquirir un bono en la repartición de los honores, el poder y la riqueza.

¿Dónde los católicos animados por un espíritu de bondad y justicia, humildes y generosos, listos á sacrificarse por la integridad de su creencia? Todos hipócritas ó acomodaticios, desde el pedagogo que por granjearse la clientela de los ricos devotos, comulga en unión de sus discípulos, hasta el ministro que después de consumir á puérta cerrada unas cincuenta ó sesenta ejecuciones de revolucionarios, entra en una iglesia, se arrodilla pone los brazos en cruz y besa las gradas del altar mayor. Si las conveniencias soplan de lo divino, los más irreligiosos cargan la vela en las procesiones, llevan *detentes* en el pecho y van á misa todos los domingos: eso vemos hoy; pero si llegara día en que Lutero, Mahoma, el Buda ó Moisés repartiera honores sueldos y granjerías, entonces los más enardecidos católicos frecuentarían la iglesia protestante, la mezquita, la pagoda ó la sinagoga. Si en el Perú gobernara un presidente radical y librepensador, el arzobispo haría el panegírico de Renan, los más conspicuos miembros de la Unión Católica dejarían el escapulario y cargarían la efigie de Vigil. Max Radiguet, marino francés que visitó el Perú hace unos cincuenta ó sesenta años, escribe:

su marido al conocer sus estafas y venalidades? Todas comen tranquilamente el pan arrebatado á la boca de algún infeliz, todas lucen impávidamente las sedas compradas con el oro sustraído á la Caja fiscal. No sabemos lo que diga San Pablo sobre la participación de la mujer en los gatuperios del marido, gatuperios dignos de llamar la atención, pues las manos que más se santiguan en la iglesia son las que mejor operan en la bolsa del prójimo y en el arca de la Nación. Mas no hay razón para sorprendernos, que á menudo coinciden el exceso de fanatismo y la carencia de moral. La moralidad requiere más elevación de alma que la religiosidad, así mientras en los hombres de gran cultura florece una moral sin religión, en las mujeres y en los hombres incultos abunda una religión sin moral.

Todo lo dicho no impide que en las hermandades ó cofradías de mujeres haya personas honorables y sinceras, acreedoras al respeto y la veneración, suficientemente anémicas de cerebro para seguir con buen éxito la profesión de santas. Se dicen católicas, apostólicas y romanas, como se llamarían luteranas ó calvinistas, sin saberlo ni entenderlo. La ciencia teológica de algunas matronas raya en grado tan inefable y sublime que si en su

se aleje de la órbita marcada y estrecha: Malcos de nueva especie, viven dando vueltas al rededor de su propia ignorancia; borregos divinos, digieren hoy el pasto religioso que sus abuelos masticaron y rumiaron hace diez ó veinte siglos.

Estériles en la ciencia y pobres en la literatura, se muestran fecundos y ricos en el insulto y la procacidad, en la mentira y en la calumnia. Vedles maniobrar en su prensa, en esos periódicos fomentados, no por el óbolo de las muchedumbres, sino por las subvenciones de conventos, obispos y autoridades políticas. Abroquelados en el anónimo, pudiendo asestar el golpe sin sufrir las consecuencias, dan libre campo á su desvergüenza de meretrices y su ferocidad de pieles rojas. Incapaces del chiste ingenioso y agudo, usan la chocarrería soez y tabernaria. Nada con la delicadeza y finura del hombre culto y bien educado, todo con la impertinencia del zancudo y la felonía del microbio. Se ha dicho: *dime lo que comes y te diré quien eres*; se puede asegurar también: dime el veneno que segregas y te diré la religión que profesas. Los secretadores de ponzoña bendita, los aglomeradores de estiércol divino, tienen una peculiaridad: viven rabiando. Y la rabia denuncia la impotencia y la mentira, que la fuerza

nos de exclamar: ¡valientes defensores de la Religión! Pasan, unos envolviendo en franela sus reumatismos juveniles, otros abrigando con enormes barbiquejos sus muelas adoloridas y cariadas, otros aspirando algún desinfectante para contener su incoercible descomposición, otros menudeando esa tosecilla seca y tenaz que pide aire de Jauja y anuncia la aproximación de la fosa, todos, en fin, moviéndose cauta y recelosamente, como si un hálito de viento pudiera quebrarles ó el más ligero choque bastara á desarticularles y descuadernarles. Víctimas dobles del mal hereditario y del vicio propio, van minados y carcomidos por todos los placeres, menos por los legítimos de la Venus Citerea. Aprovechemos la ocasión de saludar á esa gloriosa juventud que personifica la ignorancia y la fatuidad, encarnadas en la raquitis, el tubérculo y la escrófula.

Ni fuerza del cerebro ni fuerza del músculo. Así, pues, no hay materia prima de donde extraer un gran partido conservador: falta el jefe, y no abundan los buenos soldados. Entonces ¿qué temer? muy poco de una agrupación conservadora, mucho de sus adversarios. La fuerza de un partido, suele basarse únicamente en la nulidad de sus enemigos; y el poder del clericalismo nacional estriba en la im

na senil que les roe las entrañas. No producen frutas ni flores; pero al regresar cada Primavera, se coronan de un ramaje anémico, desteñado, irrisorio como desgredados mechones en la calva de un nonagenario.

Ese árbol es la simbólica representación del Catolicismo,

1902.

el Rey de Inglaterra y el General de los Jesuitas.

Según Spencer, *la mayor parte de los que ahora se titulan liberales son conservadores de nueva especie*. El sociólogo inglés se refiere á los parlamentarios de su nación que revelan el conservantismo en abrumar al individuo con leyes y contribuciones para aumentar el poderío y la ~~riqueza~~ del Estado. Si alguien deseara indagar en qué denuncian su espíritu conservador muchos liberales de las naciones católicas, hallaría la piedra de toque en los asuntos religiosos. Los que fundándose en la tolerancia, elevan intangibles muros divisorios entre la política y la religión; los que aduciendo la libertad de enseñanza, dejan la instrucción pública en manos de las congregaciones; los que basándose en lo *prematuró y riesgoso de ciertas reformas*, no se atreven ni siquiera á tentar la posible secularización lejaná de las leyes, son liberales de tinte sospechoso, liberales con punterías á la Curia Romana, liberales con vislumbres ecuménicas, liberales que talvez se ordenarían in sacris, si con las sagradas órdenes lograran un ministerio, una diputación una vocalía, una plenipotencia y hasta un buen curato. Hombres de ese temple disgustan del Liberalismo y contribuyen á engro-

Infunden muy triste idea de su Liberalismo los que segregan las cuestiones sociales ó las religiosas y se consagran exclusivamente á los negocios políticos, imaginándose que los pueblos se regeneran con sólo mudar de presidentes, derrocar ministerios ó renovar Cámaras Legislativas. Los segregadores abundan en Sudamérica: muchos persiguen una libertad rociada con agua bendita y quieren ganar la Tierra, sin renunciar á la esperanza de adquirir el cielo. Conciliando lo irreconciliable, entonarían el Syllabus al són de la Marsellesa ó aplicarían el canto llano á *la Declaración de los derechos del hombre*. Verdaderos oportunistas (ó moderados como se dicen ellos mismos) van por una línea equidistante de avanzados y retrógados, siguiendo una táctica muy censurable pero muy proficua: si les interesa inclinarse á los conservadores, rechazan las transformaciones violentas y preconizan los medios conciliatorios; si les conviene aproximarse á los radicales, condenan los acomodados ó medidas prudentes y se proclaman revolucionarios. Benjamin Constant les llamaría murciélagos que unas veces encogen las alas y se confunden con el ratón; otras desplegan el vuelo y se igualan con el pájaro.

Distingamos, dicen los sofistas cuando quie-

combatir, pues cuando alguno de los tres se ve seriamente amenazado por las embestidas populares, los otros dos acuden en su auxilio para constituir el bloque defensivo. Los *podere humanos y divinos* guardan tan estrecha solidaridad que si uno solo claudica, todos los demás corren peligro de sufrir la misma suerte. No es de extrañar que el Estado sin alma y el Capital sin Dios combatan por la Iglesia espiritual y deísta: al defenderla, se defienden. A una revolución política puede no seguir un sacudimiento social ni un cisma religioso; pero á toda profunda renovación religiosa sucede una transformación política y social. La emancipación no desarraiga el Protestantismo en Estados Unidos ni el Catolicismo en América del Sur; mas el Cristianismo cambia la vida social y política del Occidente, la Reforma origina primero la sublevación comunista de los campesinos alemanes, más tarde la revolución republicana del pueblo inglés.

No hay dos reinos distintos—el de Dios y el de los hombres—sino el reino de la justicia. A la añeja teoría de al César lo que es del César y á Dios lo que es de Dios, sucede hoy el principio de al hombre lo que es del hombre. Y ¿qué es del hombre? la Tierra ¿A qué tiene derecho? á la felicidad. Todo sér humano tiene

buena labor y de que tenía lo más anhelado por las agrupaciones nacientes, un diario en taller propio. El diario, que se llamaba la República, duró no sabemos si meses, días ú horas. Murió de anemia cerebral.

El Partido Liberal, aunque encierre algunos elementos vírgenes, proviene de una cisión en el Demócrata. Heridos en sus ambiciones y despechados con la desembozada protección del Gobierno á la candidatura Romana, algunos demócratas se alejan temporalmente de su viejo fetiche, y no pudiendo titularse nuevos demócratas ni queriendo volver á llamarse liberales democráticos, se bautizar con el simple nombre de Liberales, como se habrían nombrado constitucionales ó civilistas si en el país no hubieran existido agrupaciones con esos títulos.

Pero si los liberales democráticos de 1897 nacieron con cierta moderación y hasta con cierta humildad, los Liberales á secas de 1900 surgen con aires de bravucones y pujos de ensoberbecidos, agravando á todos sus predecesores y presumiendo de venir á pronunciar el *hágase la luz* del liberalismo peruano. Antes de ellos, el caos de utopistas y soñadores; á partir de ellos, la creación ordenada de los positivistas y de los prácticos. Vienen de innovadores sociológicos y de policías ó po-

eleccionarios que van á desaparecer en la gran olla de las candidaturas oficiales.

Nos coge, sí, de nuevo la audacia y belicoidad de los regeneradores en ciernes. ¿De dónde nos salen los Cincinatos? ¿De qué planeta nos llueven los Catones? Se diría que las once mil vírgenes han descendido en figura de varón para venir á salvar el Perú. Sin embargo, mudos quedarían algunos de los donceles si les llamáramos á cuentas y les exigiéramos su hoja de servicios. Si trabajaron, que nos enseñen sus obras: si anduvieron por buen camino, que nos señalen sus huellas; si combatieron, que nos muestren sus heridas. Algunos, después de militar en filas retrógadas y contribuir á la perpetración de iniquidades y legicidios, salen hoy haciendo gala de Liberalismo, echando un asperges en la cabeza de todo el mundo político y firmando programas de amenazadora *truculencia*. De repente vamos á tener síndicos de monjas y hermanos de la Tercera orden que se confabulen para desamortizar los bienes eclesiásticos ó separar la Iglesia del Estado. Y no habría razón para admirarnos, desde que tenemos de liberales á quienes nunca lo fueron, desde que asistimos á un fenómeno tan increíble como la transmutación del níckel en oro ó la metamórfosis del ganso en pavo real. Vi-

putaciones hasta los aspirantes á cargos municipales, todos buscan el cerebro del joven que piensa y el brazo del ciudadano que trabaja. Pasado el acceso de amor ¿qué ganan el universitario y el obrero? Las cabezas negras deberían desconfiar de las cabezas blancas, la blusa debería temer á la levita. El joven con el joven, el obrero con el obrero.

Felizmente, el brazo que trabaja y el cerebro que piensa no acuden al llamamiento, y los Liberales operan en familia ó *petit comité*. Si en las provincias no faltan algunos inocentes que toman á lo serio el programa y se imaginan asistir á la gestación de un gran partido, sucede cosa diferente en la Capital donde se ve con la perspectiva necesaria, se mide bien la estatura de las personas y se toca la realidad de los hechos. En Lima se comprende que el nombre de Partido Liberal es una simple bandera para cubrir la carga, que los Liberales, accidentalmente reñidos con su jefe tradicional, son demócratas larvados.

Porque á ciertos liberales que en su mocedad fueron demócratas les podría suceder como á los hombres que por muchos años vivieron amancebados con una vieja *non sancta*: suelen regresar á su feo pecado, aun-

creían vivos, y estaban asistiendo á su propio funeral. No les faltaba ni las **preces litúrgicas**, dado que sus comanifestantes — los miembros de la Unión Católica — estaban ahí para salmodiar el de profundis.

Probablemente, recuerdan hoy á don Rodrigo de Vivar y se alientan repitiendo: si el Cid ganó batallas después de muerto ¿por qué no las ganaremos nosotros? Mas no se creen muertos y se dan por muy vivos, imaginándose que su alianza es una **evolución leída y usual** en el campo de las maniobras políticas: los Cincinatos y los Catones amanecen de oportunistas, y á semejanza del primer Loyola, confiesan tácitamente que el **fin justifica los medios**. Nadie nos obliga á declararnos liberales ó conservadores ni monárquicos ó republicanos (podemos quedar neutrales, que enarbolar una enseña política no parece tan necesario como vestirse y alimentarse) pero cuando nos adherimos á una agrupación y nos titulamos hombres de doctrina, nos imponemos la obligación de proceder consecuentemente y otorgamos á los demás hombres el derecho de exigirnos lealtad y buena fe. El liberal que se une á los clericales, se enreda en un manejo equívoco, en un juego peligroso, en un machiavelismo vulgar y de pacotilla. Clémenceau, citado ya por nosotros, dice: *La*

res, como ha sucedido y sucede en el Perú. Decir que al jefe de un estado le cumple gobernar con los buenos elementos de los partidos, equivale á proclamar el reinado de tráfugas y renegados. El buen elemento de un partido deja de ser bueno cuando sirve los intereses del partido adverso. El hombre de convicción no cede ni transige: se quiebra pero no se dobla. Así, pues, no creemos en la buena fe de los católicos afiliados al Partido Liberal, como no reconocemos la sinceridad de los liberales enrolados en las filas del Partido Demócrata.

De nada nos admiramos al pensar que dos vocablos—hibridez y confusión—resumirían acaso la historia de nuestros partidos políticos. Ellos, en lugar de constituir organismos con funciones propias ó de convertirse cuando menos en sólidos que se rozaran por algunos puntos de la superficie, fueron algo así como líquidos de diferente color en vasos de tubos comunicantes: á poco, los líquidos tomaron la misma coloración y adquirieron el mismo nivel. Hoy Liberales y Demócratas ofrecen el mismo color político y se hallan á la misma altura moral.

Nadie fijaría con exactitud el número de prevaricaciones que entra en la última con-

que bajo capa de Liberalismo tentaba una obra de reacción y retroceso, un mal porque deja en el pueblo la memoria de una mistificación política, haciéndole desconfiar de una palabra que siempre resonó gratamente en el corazón de las multitudes. Durante muchos años, las gentes abrigarán recelo de oírse llamar liberales.

Todo muerto quiere su epitafio, y el Partido Liberal merecería el siguiente:

Aquí yace un partido que no siguió la línea recta ni guardó mucha sustancia gris en el cerebro.

1908.

un herege." Consecuencia: sería prudente que los leguleyos de Lima hicieran grabar en su placa este agregado: *frecuenta sacramentos*.

Aunque el agregado se sobrentiende, dada la sicología de la corporación. Si algunos abogados jóvenes lloran la decadencia de la raza latina, se proclaman anglosajones y hablan de Spencer, Le Bon, Giddings, Hoeffding y Gumplowicz, los viejos no admiten novedades, se aferran á la enseñanza de su tiempo y declaran que la Sociología es una ciencia que no conocen ni desean conocer. Tienen por cerebro un fonógrafo con leyes y decretos; por corazón, un legajo de pidos y suplicos; por ciencia, un monstruo engendrado en el contubernio de la Teología con el Derecho Romano. Como la Sociología, no existen para ellos la Historia Natural, la Química, la Física, las Matemáticas, la Prehistoria ni la Geografía. Menos se cuidan de Literatura, que tomarían á Shakspeare por un escribano ruso y á Homero por un juez alemán. No veneran más Biblia que el Diccionario de Legislación ni saben más que sus Códigos, su Práctica Forense y su Reglamento de Tribunales. No aceptan renovaciones porque van agazapados en su concha medioeval, porque llevan la cartera rebozando de diplomas universitarios mientras guardan el organismo salpicado de in-

bo, qué lenguaje, no se pervierte con el uso de la jerigonza judicial? ¿Qué buen gusto no se corrompe con el manejo diario de códigos, reglamentos y expedientes? En la abogacía, como en un sepulcro voraz é insaciable, se han hundido prematuramente muchas inteligencias, quizá las mejores del país.

Muertos para la ciencia y el arte, muchos sobreviven para el oficio, y degeneran en calamidad. Roma no infunde tanta aversión por sus conquistas inhumanas como por su Derecho Romano y sus leguleyos. Los abogados eran quizá más temibles que los prócsules y los pretorianos. Javenal no les prodiga muchos elogios, Tácito les iguala con los vendedores en las plazas de abastos, y el cónsul Cayo Silio afirma en pleno Senado que ellos ganan dinero con las iniquidades y las injusticias como los médicos negocian con las enfermedades. Hubo en el Imperio tanto *defensor de la justicia* que hasta las mujeres abogaron; pero una matrona (no sabemos con seguridad si Afrania ó Calpurnia) furiosa de perder un juicio, vuelve la espalda á los jueces, se arremanga y... etcétera. Gracias á tan expresivo gesto se prohibió que las mujeres ejercieran la abogacía, y la Humanidad se libró de poseer doble ó triple número de rábulas. La especie no dejó de abundar; así, cuando el

forman en difusas é irresolubles altercaciones de palabras. Si hay reunidas quinientas personas, surgen cuatrocientas noventinueve maneras de solucionar un problema. Nos parece que en la torre de Babel no hubo confusión de lenguas sino mezcolanza y rebujina de abogados.

II

Antes de considerar á los administradores de la Justicia, nos hemos detenido en los rábulas trapacistas, porque el juez viene del abogado, como la vieja beata sale de la joven alegrona, como el policía y el soplón se derivan del ratero jubilado.

Alcibiades, que no era un hobo, decía: “Cuando un hombre es llamado por la Justicia, comete una necedad al comparecer pues la cordura está en desaparecer;” y un parisiense, que seguramente sabía tanto como Alcibiades, se gozaba en repetir: “Si me acusaran de haberme robado las torres de Nuestra Señora, yo emprendería la fuga.” Los ciudadanos del Perú deberían hacer lo mismo si al verse enredados en una acusación criminal, compulsaran su estado financiero y

ga crucificado el inocente. Si por rarísima casualidad se topa con un juez íntegro y rebelde á toda seducción (masculina ó femenina) entonces se recurre á una serie de recusaciones, hasta dar en el maleable y el venal. Si por otra rarísima casualidad, al juez apertecido no se le consigue en el lugar, se le *encarga*, se le hace venir desde unas doscientas ó trescientas leguas.

Para calcular la independencia de los árbitros de los pagos nacionales, basta recordar cómo se sentenciaron en los grandes litigios financieros y cómo proceden al elegir los miembros de la *Junta Electoral*: siempre siguen las insinuaciones ó mandatos del Gobierno, de modo que eligen á demócratas si reina el Partido Demócrata, á civilistas si manda el Partido Civil. Los que á vista de la Nación descubren esa plasticidad no muy honrosa ¿qué harán á puerta cerrada, cuando nadie les ve ni les oye? Ignoramos si los que prestan medios para falsificar elecciones populares, sienten el menor escrúpulo de absolver á criminales y condenar á inocentes.

Sabiendo como se elige la Magistratura, se comprende todo. Según la Constitución: "Los Vocales y Fiscales de la Corte Suprema serán nombrados por el Congreso á propuesta en terna doble del Poder Ejecutivo; los Vocales

teriores, no calificará lo que son los tribunales del Perú, limitándose tan sólo á recordar que el actual subsecretario de negocios extranjeros de la Gran Bretaña, Mr. Layard dijo hace poco en la cámara de los comunes al discutirse la reclamación del capitán White, que este súbdito británico *tratado de un modo cruel como otros muchos, había tenido la desgracia de caer en las garras de lo que sólo por cortesía puede llamarse Corte de Justicia.*"

Como traemos ingenieros ingleses para alantarillar las poblaciones, agrónomos belgas para enseñar Agricultura y oficiales franceses para disciplinar soldados, podríamos contratar alemanes ó suecos para administrar justicia. No negaremos que por cada tribunal haya unos dos magistrados honorables y rectos, dignos de quedar en su puesto, mas no les nombramos para que todos, si leen estas líneas, gocen el placer de creerse las ovejas sanas en el rebaño enfermo. Jueces hay justos: no todas las serpientes ni todos los hongos encierran ponzoña mortal.

Sin embargo de todo, los Vocales disfrutaban de esa veneración y de ese respeto que infunden las cosas divinas. Como un negro salvaje convierte en fetiche una caja de sardinas ó una bota, así nosotros divinizamos á los

rras, ahí se estimula el retroceso á las edades prehistóricas. Y talvez ganaríamos en regresar á la caverna y al bosque, si lo realizáramos sin hipocresía ni términos medios; porque vale más el estado salvaje donde el individuo se hace justicia por su mano que una civilización engañosa donde los unos oprimen y devoran á los otros, dando á las mayores iniquidades un viso de legalidad. Entre el imperio de la fuerza y el reinado de la hipocresía, preferiríamos la fuerza. Queremos hallarnos en una selva, frente á frente de un salvaje con su honda y su palo, no en un palacio de Justicia cara á cara de un leguleyo pertrechado con notificaciones y papel de oficio.

La tiranía del soldado exaspera menos que la del juez: la primera se desbarata con un levantamiento popular ó con la eliminación del individuo, la segunda no se destruye ni con trastornos sociales y conmociones políticas. Asesinamos, colgamos y calcinamos á los Gutiérrez: pero nunca nos atrevimos á cosas iguales con tanto juez venal y prevaricador. A esos tres soldados violentos y amenazadores no les sufrimos ni una semana; á muchos magistrados, más perniciosos y más culpables que los Gutiérrez, les soportamos medio siglo. Que mientras desaparecen Cámaras y Gobiernos, los Tribunales de Justi

dante en que Sancho hace las veces de don Quijote. ¿Qué le importan las guerras civiles? Vive seguro de que, triunfen revolucionarios ó gobiernistas, él seguirá disfrutando de honores, influencia, pingüe sueldo y veneración pública. En los naufragios nacionales, representa el leño que flota, la vejiga que sobrenada. Mejor aún, es el pájaro guarecido en su peñón: no se cuida de la tempestad que sumerge los buques ni piensa en el clamor de los infelices que naufragan.

Si nada vive tan sujeto á la deformación profesional como el abogado, ya se concibe lo que puede ser un administrador de Justicia, á los quince á veinte años de ejercicio. Al velocipedista de profesión le reconocemos instantáneamente porque, aun repantigado en una silla, tiene aire de mover el pedal y dirigir el timón; al juez le distinguimos de los demás hombres en la actitud de parecer hojear un expediente y fulminar una sentencia, aunque maneje un trinche ó nos dé la mano. Y la deformación no se confina en lo físico: á fuerza de oír defender lo justo y lo injusto, con igual número de razones, el magistrado concluye por encerrar la justicia en una simple interpretación de la ley, así que un artículo del Código le sirve hoy para sostener lo contrario de lo que ayer afirmaba. Dicen que el Areópago de Atenas

van en su frente la misma inscripción: *Nadie me toque*. Y nadie les toca, y chicos y grandes les veneran como á sacerdotes de una religión intangible. Alguien afirmó que las Islas Canarias eran restos de la Atlántida, y el pico de Teide el fragmento de una cordillera. Si la sociedad peruana se hundiera mañana en un mar de sangre, escaparía la Magistratura: es nuestro Pico de Teide.

1902

moral, una que otra minoría de sanas intenciones, no borran el estigma de la corporación.

Minorías, mayorías, palabras de significación aleatoria cuando se piensa que nuestros legisladores suelen amanecer oposicionistas y anochecer ministeriales. Hasta en las minorías de apariencia más homogénea conviene señalar á los hombres—convicción, á los que sostienen una idea, para distinguirles de los hombres—polea, de los que chirrian por no estar lubricados con el aceite de la Caja fiscal. Los oposicionistas de buena fe, desengañados por la infidencia de sus compañeros y aburridos con la insufrible garrulería de los adversarios, acaban por enmudecer, convenciendo-se de que no se argumenta con masas de ventrales, como no se pega testaradas á un muro de calicanto ni se da puñetazos á un zurrón de sebo. En cuanto á las mayorías, no todos sus miembros rayan á la misma altura, pues mientras unos pocos actúan maliciosamente, sabiendo de qué se trata y hacia dónde se camina, los demás no conocen el terreno que pisan ni oyen razón alguna, salvo las venidas del Gobierno y comunicadas en forma de orden conminativa. La masa congresil procede con los Presidentes como el rucio con Sancho: hace que entiende, agacha las orejas

y van concluyendo por constituir prebendas inamovibles, feudos hereditarios, bienes propios de ciertas familias, en determinadas circunscripciones. Hay hombres que, habiendo ejercido por treinta ó cuarenta años las funciones de representante, legan á sus hijos ó nietos la senaduría ó la diputación. No han encontrado la manera de llevarse las curules al otro mundo. Haciendo el solo papel de amenes ó turiferarios del Gobierno, los honorables resultan carísimos, tanto por los emolumentos de ley y las propinas extras como por los favores y canonjías que merodean para sus ahijados, sus electores y sus parientes. Comadreja de bolsas insondables, llevan consigo á toda su larga parentela de hambrones y desarrapados. En cada miembro del Poder Legislativo hay un enorme parásito con su innumerable colonia de subparásitos, una especie de animal colectivo y omnívoro que succiona los jugos vitales de la Nación.

El actual Ministro de Hacienda declaró ante las Cámaras Legislativas que “muchas obras públicas de urgente necesidad se aplazaban indefinidamente porque el dinero asignado para ellas se invertía en pagar Congresos ordinarios y extraordinarios.” El zurriagazo no levantó la más leve roncha en la epidermis de los honorables: fué ovillo de la-

á menudo se llevan de encuentro el sentido común y la Gramática. Desearíamos que algún tenaz rebuscador de papeles volviera y revolviere el *Diario de los Debates* para averiguar cuantas partículas de oro se esconden bajo esa inconmensurable montaña de casco- te y desperdicios.

II.

Volvemos á preguntar ¿de qué nos sirven los Congresos? sirven de prueba irrefragable para manifestar la incurable tontería, de la muchedumbre, al dejarse dominar por una fracción de gentes maleables, á medio civilizar y hasta analfabetas, sin la más leve inclinación á lo bello ni á lo justo, con el solo instinto de husmear por qué lado vienen los honores y el dinero, ó hablando sin mucha delicadeza, la ración de paja y grano.

A más de tenernos por cerca de medio siglo bajo la Constitución retrógrada de 1860, los Congresos nos han dictado la Ley de Elecciones y el Código de Justicia Militar: la primera que pone toda la máquina electoral en manos del gobierno, es decir, del Presidente; el segundo que sanciona todas las iniquida-

sino hechuras del amo, al amo deben servicios y complacencias. Legislen, pues, los legisladores, hagan y deshagan de nosotros, quiten y pongan leyes, engorden y medren con su interminable secuela de parientes, electores y ahijados: Cromwell no se diseña en el horizonte, el pueblo no da señales de coger el azote y cruzar rostros en que rara vez asomaron el pudor y la vergüenza.

Mas aquí, no sólo el Congreso dicta leyes: legisla todo el mundo, y como hijos del Imperio Romano, somos legisladores en potencia. Alguien lo dijo ya: "Aquí legisla la Junta de Vigilancia del Registro de la Propiedad, legisla la Junta Departamental, legisla el Concejo Superior de Instrucción, legislan las Cortes y los jueces, legisla á diario el Gobierno, etc.

¡Oh manía legiferante de los políticos peruanos! Quieren improvisar hombres á fuerza de imponer leyes: no hay organismos, y decretan funciones; no hay ojos, y exigen largavistas; no hay manos, y ordenan guantes. Quizá no existe candidato á la Presidencia, juez, diputado, bachiller, amanuense ó portero que no archive en la cabeza su constitución, sus códigos, sus leyes orgánicas, sus decretos ni sus bandos. Todos guardan la salvación de la patria en algunos rimeros de papel entintado con algunas varas de proyectos y

da por los descendientes de logreros enriquecidos en la Consolidación, el huano y el salitre. Olvidábamos á otros nobles—los hacendados ó cañaveleros. La nobleza de los logreros debe tener en sus blasones una mano introducida en un saco; la de los cañaveleros, un brazo blandiendo un azote en las posaderas de un chino.

La sangre española va desapareciendo en las uniones *morganáticas* y en los misterios libidinosos de las alcobas, de modo que el menos *africanizado* de nuestros jóvenes aristócratas posee blancura de albayalde con un diez por ciento de brea. A los *black minstrels* de Estados Unidos se les descubre lo anglo-sajón á pesar del betún que les embadurna la cara; á nuestros hidalgos se les nota lo berberisco al través del forro blanco: no han perdido más que el pigmento y la *vedija*. Los unos parecen harina flor en costales alquitranados, los otros semejan carbón de piedra en sacos de armiño.

Todo el que en Lima entre á un salón aristocrático donde se hallen reunidas unas diez ó doce personas, puede exclamar sin riesgo de engañarse: “Saludo á todas las razas y á todas las castas.” Somos una paleta donde se mezclan todos los colores, un barril donde se juntan los vinos de todos los viñedos, una in-

cándalo de los *frutos* nacidos en esa promiscuidad porcina, se inventó la famosa teoría de los *vientres sucios* y los *vientres limpios*. Cuando en el matrimonio de dos negros (hermosas muestras de carbón animal) nacía un chico más próximo á la nieve que al tizón, el buen taita fruncía la jeta; pero endulzaba el gesto apenas un comadrón le aseguraba que la señora negra tenía *vientre limpio*. Al revés, si de dos españoles nacía un muchacho con matiz de chocolate ó ladrillo, el papá (algún señor marqués de tic y gagueo) ponía cara alegre y se tragaba el hijo, si la comadrona le juraba que madama la marquesa tenía *vientre sucio*.

Los cholos y los mulatos (nacidos por lo general de hombre blanco y de mujer amarilla ó negra) adquieren el orgullo del padre, blasonan de alta alcurnia y desdeñan á la madre. En Lima, donde los más encopetados miembros de la *hight life* son hipotéticamente blancos, no se imagina oprobio mayor que guardar en las venas un poco de sangre indígena ó africana; y por eso, cuando riñen dos limeños y agotan el diccionario de los insultos, apelan á tratarse de zambos ó de cholos: el zambo y el cholo equivalen á un cartucho de dinamita.

lan españolas, y maldito lo que de españolas tienen.”

II

Jacinto O. Picón declara en una de sus novelas: “Yo tengo la preocupación de creer que no hay español que no tenga en las venas sangre de fraile.....Siempre que se me ocurre una idea mala, digo: esto es atavismo, reminiscencia del padre Tal ó Cual, que debió de tener algo con alguna de mis abuelas”. Y Rodrigo Soriano escribe en sus Flores Rojas: “Los españoles, cuando no tienen carlistas con que pelear, inventan moros. Al fin y al cabo, todo es guerra civil, sea carlista, sea moruna.” Por confesión de dos escritores españoles, los hijos del Cid no tienen *la sangre azul del germano ni la roja del francés*, sino un compuesto de suero entintado y glóbulos rojos con bonete.

Y como, en vez de mejorar el compuesto, le hemos empeorado, ya se comprende la religiosidad, ó mejor dicho, el catolicismo y la frailería de las matronas y los caballeros que en nuestra sociedad aspiran á titularse la flor y nata: por atavismo van á la sacristía, como fué su

vor religioso crece en proporción á la oscuridad de la piel; así, el negro puro excede en religiosidad al cuarterón, el cuarterón al octavón, el octavón al blanco. Midiendo, pues, la religiosidad de una matrona limeña, se hará el porcentaje de la sangre africana contenida en sus venas. Y los hechos lo constatarán. ¿Quiénes asisten con más entusiasmo á procesiones y fiestas católicas? Toda religión nace de la cabeza y muere en los pies. Cuando el Paganismo dejó de ser creencia popular, había desaparecido ya de los cerebros ilustrados. El Catolicismo, llamado á sucumbir como su hermano el Paganismo, no es ya creencia de sabios ni de filósofos: á semejanza del árbol en Invierno, vive de la savia almacenada en sus raíces.

Émile Burnouf ha sentado un principio: "El abandono de las ortodoxias comienza siempre por las clases elevadas, quiere decir, instruidas, porque el saber que á un hombre liberta de la ortodoxia, le coloca al mismo tiempo en esas clases." Del principio de Burnouf se deduce que toda clase donde predomina el fanatismo no merece llamarse alta ó superior sino baja ó inferior. Los que en el orden social se arrojan el título de personas decentes ó clases elevadas suelen representar á la verdadera plebe en el orden intelectual ó

NUESTROS BEDUINOS

Tenemos por malos políticos á los hombres que arruinan un país, aunque hablen como Cicerón y escriban como Tácito.

¿Dónde nos han conducido nuestros Guizot y nuestros Bismarck? respondan ellos mismos si el crédito nacional ocupa nivel superior al crédito de Turquía, si el nombre de peruano significa honra ó vituperio, si el Perú causa envidia ó lástima.

Para nuestros hombres públicos, es decir, para los Beduínos (las cosas han de llamarse por sus nombres) el Perú fué tienda plantada en el desierto de una segunda Arabia: acometieron y despojaron á los dueños; pero no se van porque todavía explotan algunos restos de grandeza y no vislumbran tienda que embestir y robar.

Si conforme lo asegura Letourneau, *medio Inglaterra pertenece á ciento cincuenta individuos y medio Escocia á diez ó doce perso-*

hongo en el estercolero, se adhieren como la ostra á la peña, se propagan como la tenia en los intestinos, se cuelan como el aire por las rendijas más estrechas. Poseen la sutileza del hidrógeno y la ductilidad del oro. Donde se desliza uno, se deslizan mil, se deslizan todos, porque forman un jesuitismo de frac y una masonería de puchero. Cambian de nombre y disfraz, quedando los mismos. Como los escribanos siguen de escribanos, aunque se titulen cartularios, actuarios, secretarios, notarios ó ministros de la fe pública, así los Beduínos no dejan de ser Beduínos, por llamarse como se llamen, por seguir la bandera que sigan ni por ejercer el oficio que ejerzan. ¿Quiénes dominan en el Congreso? los Beduínos. ¿Quiénes en el Gobierno? los Beduínos. ¿Quiénes en el Poder Judicial? los Beduínos. ¿Quiénes en aduanas, beneficencias, municipios, legaciones, consulados, bancos y periódicos? los Beduínos.

Ellos viven hipnotizando á los gobiernos ó ejecutando el baile circular del zorro al pie del árbol presidencial; ellos son los primeros en disfrutar los beneficios y los últimos en arros-trar los peligros; ellos, como tierra maldita, reciben la semilla y beben el agua, sin producir jamás el fruto; ellos, como la culebra de los cuentos populares, sueldan sus labios á los

no sólo el pueblo sino muchos hombres con ínfulas de pensadores y cultos) se imaginan que hacen mucho con aplaudir ó silbar, olvidando que en las saturnales de Roma los esclavos tenían derecho de emborracharse y decir desvergüenzas á sus amos.

Fuimos ultrajados, pisoteados y ensangrentados como no lo fué nación alguna; pero la guerra con Chile nada nos ha enseñado ni de ningún vicio nos ha corregido: como enfermedad intercurrente, la invasión araucana desapareció, dejándonos todos nuestros males crónicos.

Hoy la próxima elección de Presidente simula signos de vida en este organismo paralizado y casi muerto: los candidatos luchan—lucha de cuervos por dar picotazos á la ensangrentada cabeza de un soldado moribundo; los políticos se agitan—agitación de vibriones en las entrañas de un cadáver; los periódicos riñen—riña de meretrices en el charco de una plazuela.

Asistimos á un espectáculo útil y necesario, aunque cínico y nauseabundo: todos los hombres públicos, valiéndose de documentos fehacientes, se arrojan á la cara el lodo que amasaron en su camino. Parece la sacada al Sol de todas las inmundicias almacenadas en un hospital de sifilíticos y leprosos. Sólo fal-

NUESTROS TIGRES

I

En el Perú se realiza un fenómeno social muy digno de llamar la atención: no sólo el asesinato y el robo, sino los instintos más depravados, tienden á exacerbarse en las personas decentes ó clases elevadas. A quien lo dudara le preguntaríamos si fueron indios de ojotas y poncho los rapiñadores del huano y del salitre, si se llamaron Quispe y Mamani los fraguadores de pronunciamientos, incendiarios de pueblos, taladores de haciendas y fusiladores de vencidos ó prisioneros. Acaso el indio, repleto de alcohol y rabia concentrada, pudo servir de instrumento para consumir todas las abominaciones; pero la mano ejecutante y el cerebro inspirador no estaban en él.

burguesa para descubrir el fondo montaraz: como si tratara de hacer una carambola, urdir una mentira ó *golpear* un cigarrillo, el mozalvete meliflúo y almidonado introduce la mano en el arca fiscal, incendia, tortura, viola ó mata. Casi habría derecho para formular dos axiomas: el hombre decente que maneja fondos públicos, rinde malas cuentas; el caballero de *sangre azul* que recibe mando, comete alguna iniquidad.

Recordemos á los más odiosos criminales aparecidos desde 1872, año en que parece iniciarse la recrudescencia de la ferocidad, con la matanza de los Gutiérrez y el advenimiento de los procónsules civilistas. Muchos nacieron de familias apacibles y humanas, algunos recibieron excelente educación y hasta poseían diplomas universitarios. Ofrecían todas las apariencias de hombre; mas al primer ensayo, descubrieron la garra del felino. De ahí que los más cultos y más suaves nos infundan mayor miedo. Cuando en el parque inglés ó en el paseo Colón divisamos á un gomo con su trazo dominguero y su fisonomía risueña, no dejamos de murmurar in pectore ¡si bajo la pechera de batista y el smoking de lana esconderás el hueso y la carne de un Musolino! ¡Si pertenecerás á la manada de los Tigres!

que la tranquilidad de las poblaciones se mide por la lejanía de las autoridades ó corregidores modernos, que el bienestar de las indias se calcula por la menor influencia de los hacendados ó señores feudales, que, en resumen, las llamadas clases dirigentes dirigen hacia el mal. Ora como autoridades religiosas, militares ó civiles; ora como agricultores, mineros ó comerciantes; los blancos y los mestizos se aproximan á los indios, para quitarles á sus mujeres, explotarles, fanatizarles, alcoholizarles y lanzarles á las revoluciones. Como los más indefensos y más débiles, los indios proporcionan la carne de placer al sátiro y la carne de dolor al Tigre: son los armenios de una Turquía católica.

Y ¿qué remedio, sin justicia legal ni sanción pública? Al revés del rayo que hiera las cumbres más elevadas, aquí la ley no gravita sino sobre las cabezas más bajas. El delincuente no sufre la pena debida ni se atrae la execración de la muchedumbre: todo prescribe á los pocos años, todo se olvida á los pocos meses. En las tempestades de la vida nacional se conoce los hundimientos momentáneos, no las sumersiones definitivas. Después de un eclipse fugaz, las Mesalinas más *averiadas* vuelven á la circulación, adornadas con todas las seducciones de la virginidad política. Se ha dicho

pleo de la violencia) se ataque *oficialmente* la propiedad ó la vida de los ciudadanos pacíficos. Los crímenes de las autoridades peruanas sobrevienen inesperadamente, como truenos en día claro y bonancible. De repente, se habla de seudo conspiradores flagelados en la prisión, de mujeres violadas por sus carceleros, de reclutas heridos por sus jefes, de presuntos reos fusilados en un camino. Las *partidas de campo* asumen el Poder Ejecutivo y el Judicial, no sólo con los malhechores profesionales, sino con los ladrones de gallinas y cuatreros de relance. Cuando el hombre confiesa, la *partida* le abalea para robarse el robo, cuando no confiesa, también le fusila si un hacendado rico se interesa en el fusilamiento del culpable ó no culpable.

Los descendientes de inquisidores no olvidan la *cuestión previa*. ¿Qué no se hace con los infelices para obligarles á confesar un delito real ó atribuirse uno imaginario? se les aglomera en habitaciones sin aire ni luz, húmedas y pestilentes; á media noche se les arranca del sueño para lanzarles cubos de agua fría; desnudos, se les encordela en el lomo de una bestia con el fin de pasearles bajo los rayos de un Sol canicular; se les remacha grillos, se les pone en cepo volador, se les atañea las puntas de los dedos, se les da tor-

bir la ferocidad serena y sistemática. Pierden el derecho de figurar en la especie humana los que ordenan fusilamientos ó flagelaciones, y acto continuo bailan chilenas ó se atiborran de cañazo y guisotes criollos. Son curas de Bamba marca sin la disculpa del fanatismo, son los peores criminales, los de sangre fría.

¿De dónde proviene la ferocidad intensiva? ¿Herencia ó adquisición? Se diría que nos hubieran transvasado sangre de tigre. En la aparición de los hechos criminales no lamentemos unos simples casos esporádicos; estudiemos una gran epidemia—la neurosis roja. La sangre nos tiñe de pies á cabeza; mas no vivimos satisfechos: desearíamos que nos sumergiera y nos ahogara. Parece que sintiéndonos impotentes para vengarnos de Chile, volvemos el arma contra nosotros mismos: no pudiendo matar, nos matamos. Nadie más que nosotros debería anhelar el advenimiento de hombres justos y humanitarios, como desea buenos manjares y buena bebida el prisionero que por muchos días vivió de pan seco y agua turbia. En el Perú ensayamos todos los sistemas de gobernar, menos el basado en la justicia y la verdad. Casi todos los presidentes fueron encarnaciones de la iniquidad y la mentira; poquísimos no llevan su mancha de sangre ni aparecen seguidos por

bemos que si el bien no puede existir en la paz del Civilismo, tampoco puede venir con la revolución demócrata. Aquí, los pronunciamientos no entrañan el propósito de cambiar lo malo por lo bueno sino el de sustituir á hombres malos con otros iguales ó peores. Casi toda revolución del Perú ha sido una guerra civil entre dos reacciones.

Veamos lo que actualmente pasa en Lima con motivo de la elección presidencial. El pueblo se divide en dos campos—los demócratas ó foragidos á pie y los civilistas ó facinerosos en coche. Donde se reúne un club civilista, asoma de improviso un grupo demócrata que al són de *¡Abajo la argolla!* descarga una lluvia de piedras y salva el bulto. Donde se agolpa un gentío—demócrata ó no demócrata—aparece en el acto una victoria llena de personas decentes que lanzan el grito de *¡Mueran los demócratas!* y descargan los revólveres sobre enemigos y simples curiosos. Tan venales los unos como los otros, pues si la blusa se vende por dos ó cuatro soles, la levita hace lo mismo por un empleo, cuando no por dos ó cuatro libras esterlinas. Y lo más nauseabundo no es la venta, la procacidad ni la agresión salvaje: es la impudencia en el mentir, cuando resulta un muerto y la justicia quiere deslindar responsabilidades. El de-

dos con cinco rifles. ¿Quién no intenta su revolución? el infeliz inhabilitado para conseguirse una gorra de coronel, una banda de cuatro músicos y dos botijas de aguardiente.

Y ¡esto se llama nación y república! Mas no lancemos jeremiadas ni andemos con pesimismo. En lugar de lamentarnos por la frecuencia de sediciones y motines, congratulémonos de que no se realicen mensual ó diariamente. ¿Hemos sobrevuelto tres presidentes á la vez? podríamos haber sobrevuelto seis. ¿Hemos sufrido unas cien revoluciones? podríamos haber sufrido doscientas. ¿Hemos presenciado la desolación de medio territorio? podríamos haber presenciado la ruina de todo el país. ¿Hemos visto carnicerías de tres á cuatro mil indios? podríamos haber contemplado la eliminación de toda la raza indígena. Los que todavía respiramos el aire y vemos el Sol, vivamos agradecidos á los Tigres que nos otorgan esos beneficios.

orden de un oficial ó ayudante de verdugo que preside el acto, nuestro digno conciudadano se afloja los pantalones, se tiende en el suelo y, á compás de un tambor, recibe en silencio la dosis que para el mal de uñas le administran los doctores en moralidad. Luego, se levanta, se ajusta los pantalones y después de dirigir una mirada circular, murmura con toda la sangre fría de un verdadero estoico *¡Pensé que doliera más!*

Habíamos tenido el publicista que al recibir en plena calle una bofetada del Presidente Castilla, hace una reverencia, se quita el sombrero y dice compungidamente: “Merecida la tengo, Señor Excelentísimo, por mi osadía en atacar á Vucencia.” También habíamos tenido el egregio funcionario que al sufrir, ante numerosa concurrencia, un puntapié del mismo Castilla, se dobla humildemente y prorrumpe con toda la diplomacia de un Talleyrand: “Siento mucho haber suscitado la justa cólera de Su Excelencia.” Nos faltaba el héroe de la plazuela de Santo Domingo. Ese filósofo es *el hombre representativo* de Emerson, el símbolo de Lima, del Perú entero, á quien todo le duele menos de lo que había pensado.

En verdad, nada nos duele mucho, ni las penas infamantes. Hasta se diría que las posaderas nacionales sienten la nostalgia del azo-

hetes, respondió el *ultramarino*, dando señales de conocer á los limeños de entonces. Si hoy, en alguna parte del Globo nos dirigieran la misma interrogación, nosotros no vacilaríamos en contestar: lo que en Lima hacen ahora es comer.

Los almuerzos suceden á los almuerzos, los lunches á los lunches, las comidas á las comidas, las cenas á las cenas. Se engulle sólidos y se bebe líquidos á punto que bajo el lema de Vida Social ó Notas Sociales, los *diarios serios* han abierto una sección especialmente consagrada á contarnos donde funcionan con mayor actividad las cucharas, los tenedores y las copas. Hay la bolsa culinaria, como hay la bolsa mercantil. Las redacciones parece que tuvieran personas encargadas de huronear en las canastas del recado para ver cuales llevan una gallina, y husmear al rededor de los fogones para descubrir cuales trascienden á extraordinario. El menu de las comidas merece lugar tan importante como la relación de una corrida ó de una fiesta religiosa; así que todo buen periodista debe tener en su mesa de redacción un Arte de Cocina junto al Año Cristiano y á un libro de Tauromaquia.

Los diarios no necesitan afanarse mucho para inquirir noticias gastronómicas y llevar tanto la *baja* de los vecinos que ponen man-

resuelto el problema del movimiento continuo, los vientres de muchas personas han denunciado profundidades mayores que las del Océano Pacífico. Algunos dan señales de convertirse en sacos digestivos con el accesorio de tentáculos para coger la presa; otros andan en camino de volverse monstruos acéfalos y llevar en ambos hemisferios un simple conato de circunvoluciones cerebrales. Banquete al pasado y al futuro jefe de la Nación, banquete al senador y al diputado electos, banquete al nuevo juez de Primera Instancia, banquete al vocal últimamente jubilado, banquete al militar ascendido ayer, banquete al financista que llega, banquete al Encargado de Negocios que prepara su viaje, banquete al ganante de un premio en la lotería, banquete al héroe de heroísmos venideros, banquete al joven sesentón que piensa abandonar la vida de soltero. Todo el mundo disfruta de su banquete, menos las pobres mujeres que, sin embargo, tendrían derecho á la reciprocidad, ya que prodigan tantos beneficios y tantas gollerías á nuncios, delegados, arzobispos, obispos, canónigos, etcétera. Bien merecerían su convite las piadosas damas que suministran leche pura á los hijos legítimos de uniones católicas, mientras no darían ni agua con visos ó amagos de leche á los hambrientos mamo-

III

Sin llegar al extremo del filósofo que *se avergonzaba de tener un cuerpo*, deberíamos desear el advenimiento de una éra en que el hombre dejara de ser el guloso comedor de carne, el animal feroz y sanguinario que parece resumir al felino y al ave de rapiña. Si el vegetarianismo pule y amansa nuestra condición áspera y bravía ¿qué maravillosos cambios no produciría en la Humanidad la alimentación soñada ó anunciada por Berthelot? Acaso, el mundo vería nacer la raza de los verdaderos superhombres. “Dime tú lo que comes, yo te diré quien eres,” afirmaba el autor de la *Fisiología del Gusto*. Los hombres somos lo que somos porque, en medio de nuestra civilización, guardamos mucha semejanza con las hambrientas muchedumbres que seguían á los ejércitos de mercenarios cartagineses, con esos infelices á quienes Flaubert llamaba comedores de inmundicias. ¡Cuán repugnantes no aparecerán entonces los individuos que, á más de ingurgitar cosas no muy limpias, viven reducidos á la condición de *Ventrales*, con sólo manos para coger el trinche, mandíbulas

comidos, toda va de mal en peor. Son microbios que reciben la coloración del reactivo y el reactivo es el caldo con mucha ó poca sustancia. Puros Ventrals.

Hoy no se concibe la existencia de partido ni la formación de oposiciones desinteresadas. Los grupos no se constituyen por asociación de individuos bien intencionados, sino por conglutinación de vientres famélicos: no se alian cerebros con cerebros, se juntan panza con panzas. Cuando nos digan: "Ayer se congregaron más de trescientos notables para organizar un nuevo partido," oigamos que ayer se conchabaron más de trescientos vientres para ver el modo de locupletarse. Gobierno y oposición, meras fases del asunto culinario. Demos á los más feroces opositores una cuchara que meter en la olla de presupuesto, y ya veremos si encuentran sabroso el guiso que segundos antes juzgaban desabrido y malo. Puros Ventrals.

¿Dónde están, pues, los hombres? ¿En qué paraje los caracteres nobles y levantados? ¿En qué lugar las inteligencias de vuelo generoso y libre? Parece que un malévolo Doctor Ox se gozara en saturar la atmósfera de Lima con un gas deprimente y enervante; peor aún: se diría que una guadaña hubiera segado todas las cabezas prominentes, sin dejar una

NUESTROS INMIGRANTES

I

Gracias á la protección de gobiernos y á la indolencia ó complicidad de gobernados, sigue creciendo la invasión negra. Casi ningún vapor arriba del Sur ó del Norte sin aportar al Callao una remesa de clérigos, frailes y monjas. Con las persecuciones religiosas en el país más lejano del nuestro, recrudece la invasión: cuando los demás sacuden el plumero, á nosotros nos llueven las moscas. *Padres y hermanas* acuden al Perú, como zánganos á su colmena, salvo que afluyan como vendedores á su viña.

Los inmigrantes que vienen á ejercer una profesión ó un oficio, luchan con grandes obstáculos y muchas veces no logran arraigar; los que sólo importan la tonsura y un poco de latín, no dejan de hallar nido espacio-

Apartir de 1895, vivimos bajo la férula de gobiernos abiertamente clericales. Desde el Presidente de la República hasta el Director de la Beneficencia y desde el miembro del Cuerpo Legislativo hasta el vocal de la Suprema, todos los funcionarios públicos hacen el papel de monaguillos. No satisfechos con besar la esposa de un obispo y seguir las procesiones en las *fiestas de tabla*, los hombres públicos se esmeran en ceder propiedades y otorgar auxilios pecuniarios á las congregaciones docentes. Basta que una asociación dependa de monjas ó sacerdotes para merecer subvenciones de las Cámaras, de los ministerios y de las municipalidades. La protección, el favoritismo para todo lo referente á la religión y las comunidades, raya en lo inverosímil. Cuando faltan decenas de soles para ayudar en algo á las compañías de bomberos, sobran centenas de libras esterlinas para obsequiar regiamente á una congregación. A *religiosas* se concede hospitales, manicomio, Instituto Sevilla, Taller de Santa Rosa, Cárcel de Santo Tomás, y se las deja fundar con el nombre de *Buen Pastor* una especie de Bastilla matrimonial donde algunos desalmados consiguen *inhumar* vivas á sus mujeres, después de haberlas ofendido y explotado. Si con el fomento de las congregaciones docentes se va poniendo la

rebuscan dinero, ejercen influencias, calumnian al hereje y viven listas para cargar los tizones de la hoguera.

Asistimos, pues, á una recrudescencia de fanatismo, agravada por la incuria, debilidad ó cobardía de padres y maridos. Más que á hijas y esposas, debemos inculpar y escarnecer á todos esos padres sin energías en el alma y á todos esos maridos sin virilidades en el cerebro: ellas pecan por ignorancia y de buena fe, ellos por maldad y bellaquería. Nada tan cómodo para el mal hombre como una mujer hipnotizada por el sacerdote, adormecida en el misticismo y rebajada á la condición de ente rezador, sin rebeldías, sin voliciones propias y hasta sin feminidad. Hay quienes empujan á sus esposas hacia el abismo religioso, como si arrojaran una flor al torrente ó echaran un mueble á la hoguera. Y, cosa bien triste, sobran desgraciadas que se resignan al destino del mueble ó de la flor. En algunos matrimonios rige un convenio tácito: la mujer, á iglesias y sociedades piadosas; el hombre, al garito, al lupanar ó al retrete de su concubina.

Y, mientras el pueblo arroja la fe y tiende á emanciparse del sacerdote, las clases dominadoras regresan á la superstición y reclaman el yugo sacerdotal. A Lima debe mirársela co-

ni de un Déroulède, sino de un Anatole France ó de un Guyau, de un Berthelot ó de un Claude Bernard.

II

Según Rochefort, *en los clérigos hay tres cosas negras—la sotana, las uñas y la conciencia*. No garantizamos que, por fuera y por dentro, posean blancura de cisne los frailes hacinados hoy en los conventos de la República.

Los españoles, difícilmente encerrarían mucho saber y mucha educación, siendo los detritus sociales recogidos en Filipinas, Cataluña y las Provincias Vascongadas. Pensando en cómo se abastece un convento, se mide cuanto vale una comunidad. Cuando escasea la *sustancia prima* para elaborar *descalzos*, sale de Lima una *comisión* de padres con el fin de tirar la red en Manila, Barcelona, Bilbao, etcétera. Verdaderos pescadores de aguas turbias, los *comisionados* cogen en las redadas á cuantos desperdicios humanos vagamundean y roncan en los muelles ó merodean y *rastrojean* en los campos. La pesca ofrece abundancia milagrosa en la época de las quintas: ansio-

te, meloso y cortesano, de modo que rara vez nos causa una impresión desagradable, aunque viene adornado de maravilloso poder extractivo. Beneficia oro en minas donde todos hallaron piedras, recoge trigo en campos donde los demás cosecharon abrojos. Barbero celestial, descañona bolsillos sin dejarles pelo de moneda, vampiro de un orden seráfico, chupa sangre sin turbar el sueño del paciente. Des-pabila el dinero, dulcemente, calladamente, insensiblemente, compitiendo con las *niñas busconas* de Quevedo en el arte de *sacar bolsas sin dolor*. Nadie explota como él la vanagloria y vanidad, ingénitas en el alma de los beatos: con su Lourdes y su Sacré-Cœur hace dadivoso al Gran Tacaño; pródigo al Caballero de la Tenaza. Considerando al pobre como una fruta que no arroja bastante jugo por más que se la exprima, gusta de operar en las gentes elevadas y ricas, sin predicar una virtud severa ni reñida con lo mundano. Hasta juzga con benevolencia los tropiezos y caídas de pecadoras con traje de seda. Según la moral jesuítica, pecar en una otomana de brocatel ofende menos á Dios que violar el sexto en una estera ó colchón de paja. En resumen: el clérigo francés impone un yugo suave, observa una moralidad relativa y apunta más á la bolsa que á las almas.

una iglesia en Boston ó en Tombuctú y luego toman el vapor, sin que se hable más de la iglesia, de los fondos ni de los colectores: son rayos globulares que penetran en una habitación, voltejean, funden ó gasifican la pieza de metal que hallan á su paso y en seguida se van por donde vinieron.

El fraile español domina ruda y brutalmente, denunciando á cada momento lo bajo de su extracción y lo nulo de su cultura. Habla como si excitara bueyes ó instruyera reclutas, acciona como si nadara ó partiera un leño; no come: engulle y se atiborra; no se sienta: se repantiga ó se tiende; al predicar, fulmina excomuniones y arroja tizonazos, al mendigar, arrebatata, arrancha el dinero y las especies, llevando la sordidez de su codicia hasta el punto de maldecir al moribundo que no lega sus bienes á un *testa* de la comunidad. Testifica la supervivencia de la España medioeval, y constituye el amalgama de gitano, inquisidor y torero. Al divisarle, aguardamos que transforme el cerquillo en coleta, el hábito en bandola, el crucifijo en espada: delante de un altar, debe de parecer un *mata-dor* al frente de un berrendo. Lo repetimos: el clérigo extranjero, por irregular que se manifieste, gira en la órbita humana; pero el fraile clásico, el fraile de olla y misión, el fraile impor-

al odio y exterminio de liberales; ejecutan, y sus acciones implican ultrajes á las personas ó ataques á los bienes. Arrebatan cosechas, se apropian animales domésticos, maltratan hombres, secuestran niños, seducen mujeres. Sobran indicios para inferir que los frailes mismos de Ocopa incendiaron su iglesia, con el doble propósito de granjearse pingües subvenciones y satisfacer una venganza, achacando el delito á los librepensadores de Huancaayo. Mas, aunque los religiosos no hubieran

la república mandó á los frailes de Ocopa, á fin de que persiguieran á muerte á los librepensadores de Huancaayo.

Pero no se necesita recurrir á citas ajenas para saber si los misioneros descalzos estiman el valor de un buen rifle.

En los APUNTES DE VIAJE del R. P. Fr. Gabriel Sala (Lima—Imprenta de la Industria—Amazonas, Núm. 7—1897) leemos:

“En un remanso que formaba la confluencia de los dos ríos, había muchos lobos marinos, lo que dió motivo á que gastásemos unas 20 cápsulas de Winchester, si quiera por vía de recreación. [pág. 144]

Hemos tirado todos al blanco, y de doce tiros solamente dos no han tocado al palo, los demás todos han hecho su agujero, quién más arriba, quién más abajo. Se ve, pues, que el pulso no está tan mal; y si llegase el caso de tener que apuntar contra algún salvaje, procuraríamos dirigir la vista al centro, para dar si quiera á los pies ó á la cabeza [pág. 81.]

sas coincide con el retroceso de las naciones, que el Romanismo es una religión de vencidos y de esclavos, que si el Cristianismo civilizó ayer á los bárbaros, el Catolicismo barbariza hoy á los civilizados. Anatematizan la inmigración asiática y enmudecen ante la invasión clerical, sin comprender que el chino trabajador, honrado y pacífico, ejerce una función social más elevada que el fraile holgazán, mendicante y sedicioso. Los chinos, en-

Después de caminar cerca de una hora, llegamos á casa del Curaca José, en Inguiribeni.....Le regalé pólvora, municiones, fulminantes y otras curiosidades, y le dije que si nos acompañaba hasta Chanchamayo ó San Luis de Shuaro, les regalaría cuchillos, pañuelos y otras cosas. El se ofreció de muy buen agrado y nos sirve de cicerone en todos los casos y caminos, explicándonos y enseñándonos los cerros y quebradas, y hasta los huesos y calaveras de los que ellos han muerto en los combates. (págs. 128 y 129.)

Todo lo que traíamos no los pedía, incluso el Breviario y nuestro santo hábito de religioso; y viendo que yo tenía otro padre compañero, me dijo que se lo dejase allí, para formar una capilla como en San Luis de Shuaro. Yo les dije que si se portaban bien y venía mucha gente, podría ser que más tarde hiciésemos allí un pueblo. Parece que le gustó mi incierto ofrecimiento, y prosigue muy contento en nuestra compañía.....Si este hombre supiera leer y escribir podría ser tan fatal como Santos Atahualpa; es preciso pues mejorarlo, utilizarlo ó exterminarlo, dado el caso de que así convi-

sauerkraut ¡Fuera faldas! Con menos grosería pero con más razón, los hombres de estado y los padres de familia deben repetir hoy, al divisar la formidable y arrolladora invasión que se precipita sobre nosotros ¡Fuera sotanas!

1903.

toros nos enseñan que si una reducidísima fracción de la Humanidad sigue avanzando por el camino de la civilización, la mayoría está muy lejos de haber eliminado su parte de mono.

Hay circunstancias en que al abreviar la vida de un animal, ejercemos un acto de misericordia; pero la agonía lenta y dolorosa deberíamos sustituirla con la muerte invisible y rápida, con la fulminación instantánea. Al caballo, al más útil acaso de los animales, al que nos lleva por desiertos sin agua ni sombra, al que valerosamente nos acompaña en el fragor de un combate, al que nos salva en el asalto de unos malhechores, al que durante muchos años nos alimenta con su resignada labor de todos los días, no le reservamos ese fin. Malgrado por un accidente ó viejo, enflaquecido, extenuado por el hambre y la fatiga, cuando tiene adquirido el derecho al descanso y á una espera tranquila de la muerte, le condenamos á un suplicio atroz, le echamos á sufrir los picazos de un bruto en figura humana, á recibir las cornadas de una fiera embravecida, á ser tasajo viviente, á pisotear sus intestinos, á morir entre las desvergüenzas y las rechiflas de una muchedumbre soez, doblemente embriagada por el alcohol y la sangre.

nuestros conciudadanos en la gran república de la Naturaleza, nuestros compañeros en el viaje de la vida, nuestros iguales en el dolor y en la muerte. Les debemos gratitud porque, sin ellos, no habríamos existido: faltarían los peldaños de la escala inmensa que se apoya en los abismos del Océano y viene á rematar en la especie humana. Vivimos hoy porque vivieron ayer los batibios. Todos—los animales lo mismo que las plantas—somos hermanos en nuestra madre común, la célula del mar primitivo. Universal parentesco de la hormiga con el elefante, de la grama con el cedro, del hombre con el infusorio y el musgo. Bárbaro el que inútilmente deshoja una flor ó destruye una planta, bárbaro el que innecesariamente ó por mera diversión suprime un insecto.

Quien no ama ni compadece á los animales no ama talvez ni compadece mucho á los hombres. Huyamos de la casa donde no hay *bocas inútiles*, quiere decir, donde no trina un pájaro, no salta un gozque ni se despereza un gato. Hogar de sólo hombres, hogar en que algo falta aunque hormiguen los niños y perduren los abuelos: el animal completa la familia. Guardémonos del individuo que nunca tuvo un perro ó que teniéndole, se goza en atormentarle y descarga en él los ímpetus de

sido un concierto de notas regocijadas, se convirtió en un sitio de melancólico silencio; y el *algo* del poeta midió la distancia de los monjes alemanes á los ciudadanos atenienses.

II

No extrañamos que el toreo, con sus picadores, sus banderilleros y sus espadas, figure como un sport esencialmente ibérico; en Europa, á medida que marchamos hacia el Sur, notamos el aumento de la crueldad con los animales. Nos sorprende que nosotros, á pesar de recibir una instrucción europea, leer los libros de los pensadores eminentes y vivir en íntimo comercio con inmigrantes de las naciones más civilizadas, no hayamos podido eliminar la sangre torera y continuemos figurándonos un gran honor merecer el título de Aficionados. Porque las lidias, lejos de gustar á sólo *veinticuatros*, degenerados y analfabetos, regocijan á los más cultos, enajenan á la *élite* y hasta gozan las prerrogativas de una institución social. Los limeños pueden disentir en todo, menos en la afición. La Beneficencia (que negocia con el ramo de suertes) lucra también con la plaza de Acho;

da, divisamos á mocitos ó *ñifles* que remedan el gallardo meneo de los andaluces, afectan aire chulesco y se figuran traspasar el non plus ultra del ingenio al repetir los dicharachos de manolas y chulos. Tienden á cambiar el tongo por el sombrero cordobés; y como no se atreven á salir con las pantorrillas al aire ni con la indumentaria del oficio, usan una especie de chaquetín que deja en descubierto las regiones glúteas. Pasan garbosos (y hasta provocativos) luciendo aquellas protuberancias que las mujeres exageran con los postizos y los hombres disimulamos con los faldones del vestido. Tememos que de repente cambien el apretón de manos con el palmeo en las posaderas, inaugurando el imperio de la nalga.

Si algún Aficionado nos arguyera que las lidias de toros enseñan el desprecio á la vida y sirven de escuela para dar lecciones de valor, nosotros, por única respuesta, le recordáramos la guerra del Pacífico. Los Chilenos, no muy partidarios de la Tauromaquia, nos vencieron desde San Francisco hasta Huamachuco. Dificilmente se hallará pueblo más Aficionado que el de Lima; y ¿conviene igualar á los limeños con los espartanos? El derramamiento de sangre no sirvió de estímulo para virilizar el ánimo: díganlo verdugos y mata-

Humanidad perfeccionada, la que distará de nosotros como nosotros distamos del antropoide, será hija del amor y de la misericordia. Si queremos favorecer la evolución de la especie, debemos ensanchar nuestro corazón de modo que en su amplitud inmensa hallen cabida todos los seres del Universo.

No pensaba así el *aficionado* español que al narrar los episodios de una famosa lidia realizada en las arenas de Madrid, prorrumplía con una satisfacción verdaderamente seráfica “¡Hermosísima tarde! Como había llovido y murieron muchos caballos, la plaza parecía un lago de sangre, ofreciendo un lindísimo color rojo.” No creemos que en el mundo ni fuera dél haya una justicia para remunerar á los buenos y castigar á los malos; pero al oír nosotros que los blindados de Cervera se hundían bajo los cañones de Sampson, y que la sangre de los marinos españoles teñía los mares de Cuba, nos figurábamos asistir á la expiación de toda una raza por su crueldad con los animales, recordábamos el lindísimo color rojo de la plaza madrileña.

Talvez nos equivoquemos al juzgar tan severamente á los Aficionados sin ver una esperanza nacional en nuestra juventud de sangre torera. Hoy se habla de reconstituir la marina, de organizar el ejército, de hacernos

NUESTRAS GLORIFICACIONES

La de Bolognesi

I

Juzgando Taine á Corneille envejecido, afirmaba: "Ya no crea, fabrica." Fabricaciones, no creaciones, pueden llamarse las obras que generalmente nos mandan los artistas europeos. En Arte, como en modas, hay el artículo sudamericano. Querol sigue la regla: siendo capaz de un *chef-d'œuvre*, se ahorra la faena de ejecutarle y nos elabora un artículo de exportación ultramarina.

No merece otro nombre ese triple maridaje de granito, mármol y bronce, esa aglomeración heteróclita de simbolismos arcaicos y ornamentaciones manoseadas. Con la fama embocando su trompeta y la gloria ofreciendo sus laureles, el escultor sigue las tradiciones de los poetas seudo clásicos que se figura-

pular á la vez, manifestando lo más elevado y manifestándolo á todos." De ahí que el simbolismo de los monumentos públicos deba ser fácil en la interpretación, sondable á las miradas de todos.

A más de recargada y oscura en el simbolismo, la obra carece de esbeltez y gracia, entendiendo que en vez de referirnos á la gracia melosa y pompadouresca, aludimos á la gracia tranquila y severa que podríamos llamar bisexual porque tanto se halla en la Melpómene del Louvre como en el Apolo del Vaticano. Gracia de lo diminuto y de lo enorme, contenida en una esfinge y en una Tanagra, en un toro alado de Khorsabad y en un fresco de Pompeya. "La gracia es todo, con ella todo pasa," decía un poeta que deseaba hacerse perdonar las travesuras de sus composiciones eróticas. Modificando la sentencia, podríamos afirmar que la gracia no es todo en el Arte, pero que sin ella no cabe perfección.

La columna achaparrada y tosca parece un gigante á medio surgir de la tierra. Con su capitel charro, denuncia la pesadez sin la fuerza, el recargo sin la suntuosidad, algo así como la obesidad anémica, en el lujo harapiento y guiñaposo. Sobre esa mole se erige la estatua icónica de Bolognesi, como figura

enfurecía ante una mujer sin vestido, en París nadie se escandaliza con una estatua desnuda. Sólo en la Roma de los Pontífices se cubía con hojas de parra los cadáveres destinados á los estudiantes de Medicina. Los jueces modernos condenarían á Frine; pero tratando de ir á seducirla en su prisión.

También desaparecerían las alas ¡Qué profusión de ellas! Parece que nos halláramos en un museo de Ornitología: hasta un caballo, muerto y en una posición escabrosa, más tiene de ave hidrópica y desplumada que de solípedo. Como invención y factura, no implicaría gran pérdida la eliminación de una mujer ocupada en señalar ó escribir una fecha. ¿Quién es? ¿La hija ó la viuda de Bolognesi? ¿La Historia, la Patria ó sólo una *vociferatrice*? No harían falta los bajo relieves donde asoman figuras tiesas, apergaminadas, sin blanduras ni flexibilidades humanas, con parecido de objetos vaciados en un solo molde. En ninguna se siente circular la sangre, que todas semejan recortes de cartón, pegados en un muro y medio desprendidos por la humedad. Como en cada bajo relieve leemos el nombre de Querol, les tomamos por hojas arrancadas á un diario de avisos. La Humanidad no sabe quienes esculpieron la Venus de Milo y el grupo de Laocoón; pero las generaciones futuras no

ra del batallón y va tambaleándose hasta rodar en tierra para dormir la crápula. Le vemos cómico y trágico, pues antes de ir al suelo, puede arrojar un tiro á cierta mujer que le brinda la imprescindible corona de laurel. ¡Infeliz Bolognesi! El plomo chileno le quitó la vida, el bronce queroliano le pone en irrisión.

Son desvergonzadamente ridículas las estatuas de guerreros con aire de buscarruidos ó matamoros, tan ridículas como la figuración de caballos en actitud de lanzar manotadas á los transeuntes; pero no conviene mucho á pueblos humillados y vencidos la representación de la tristeza, del sufrimiento, de la agonía. En los cementerios, el dolor y la muerte; en las ciudades, el regocijo y la vida. Bien sabemos cómo se sufre, cómo se muere; y si aun lo ignoramos, ya lo conoceremos pronto: necesitamos aprender cómo se goza, cómo se vive, aunque únicamente sea por la enseñanza del mármol y el bronce de los monumentos públicos. Nos faltan obras impregnadas de humanidad, quiere decir, de verdadero paganismo. Desde las entrañas del bloque inanimado, el artista de inspiración pagana hace surgir á la superficie una ola de vida que infunde morbideces de carne á la rigidez de la piedra. Una estatua de mármol, una de aquellas obras nacidas al golpe del cincel griego,

monumento á San Martín y levantarle en el lugar donde se encuentra. Para rematar el escarnio del Protector, sólo queda grabar en el plinto el nombre de Pablo Jeremías.

Vivimos entre la obsesión de lo déforme. Todo feo y de mal gusto, desde las torres fálicas de Santo Domingo y la Merced hasta las fachadas de Palacio y demás edificios públicos, salvo quizá la Exposición. Estrambóticamente pintarrajados, no presentan la severidad de un noble anciano, sino la ridiculez de un viejo verde. El exterior de los edificios privados no vale más con sus *fioriçuras* de opulencia mezquina y suntuosidad pordiosera. Por un lado, la arquitectura churrigueresca y jesuítica de Lourdes y Montmartre; por otro lado, el estilo chillón y pretensioso de los *rasta* fincados en las ciudades europeas. Una serie de casas de vecindad, una invariable sucesión de cubos aglomerados, un apiñamiento de fábricas donde resalta la avaricia del dueño para economizar un metro cuadrado, nada más vemos en las flamantes avenidas de nuestra pobre ciudad.

No existen, pues, hermosos monumentos que rompan armónicamente la monotonía del cielo nebuloso y gris. El árbol, que debería superabundar para cubrir con la gama del verde el tatuaje y la leprosidad de los mu-

ción de lo deforme: quizá no guardamos altas ideas en el cerebro porque nada bello miramos ante los ojos.

1905.

las últimas elecciones, se leía diarios que denunciaban los embrollos de la Junta Electoral, se oía conversaciones en que peruanos y extranjeros admiraban el descaro de ciertas gentes al llamar populares unas votaciones en que abundó todo, menos los sufragios, y se tenía conocimiento de comicios y actas donde los ciudadanos protestaban de los abusos cometidos por las autoridades. Las manifestaciones de la opinión fueron tan claras entonces que si don Manuel Candamo hubiera sabido acatarlas, no se habría satisfecho con deber la Presidencia á la protección oficial y á las discordias de sus adversarios. Hoy ¿dónde los actos para reclamar esa reforma de que nos habla el Ministro? El amor del Gobierno á sus gobernados le induce á proteger cosas que no le demandan protección. Nos amarra un barboquejo sin que nos hayamos dolido de las muelas. De repente nos juzga pletóricos y nos manda sangrar con algún barbero de Tebes ó Chinchao.

El Partido Civil, por boca de su jefe, se ruboriza y siente escrúpulo de seguir tolerando los deslices de la prensa. ¡Escrúpulos de Nana! ¡Rubores de la Mouquette! Los cotidianos de la hermandad ó voceros del *bluff* civilista hacen coro al Gobierno y fingen los mismos aspavientos. Esos diarios—padres legítimos de

viles son permanentes” (*Psychologie du Socialisme.*)

Refiriéndonos al Perú, agregaríamos que el robo presenta los caracteres de una pandemia nacional: donde hay un duro y una mano peruana, hay noventa y nueve probabilidades contra una para que el duro desaparezca. ¿Quién es ella? preguntaba un juez al saber la perpetración de algún crimen. ¿Quién es el ladrón? debemos decirnos aquí, siempre que veamos construir edificios públicos ó tengamos noticia de consumarse operaciones financieras. Casi todas las riquezas privadas tienen origen fiscal, y habría derecho de proceder á una confiscación en globo. Las haciendas, las casas, los mobiliarios, la ropa, y quien sabe, hasta el cuero de algunos individuos, representan defraudaciones al Estado. ¿Dónde la institución ó sociedad que no haya sufrido el zarpazo de algunos bribones? Hablen las recaudadoras, las aduanas, los correos, las beneficencias, las municipalidades, sobre todo la de Lima, donde no faltó concejal patriota que se robara el dinero consagrado á subvencionar las escuelas de Tacna.

Pero no solamente operamos en familia: somos una especie de fósforos mágicos que prendemos en todas las cajas. Particulares, agentes financieros, cónsules y hasta Minis-

lo acuñado en la moneda, porque nunca tuvimos firmeza, unión ni felicidad; mentira lo pintado en el escudo, porque la abundancia no reinó jamás en nuestras desvalidas muchedumbres; mentira lo sancionado en la Constitución, porque se gobierna sin leyes, se delinque sin responsabilidad y se viola todos los derechos del ciudadano; mentira la libertad, porque una raza entera gime en la servidumbre y nadie está seguro de no envejecer en una cárcel ó no pasar años entre los muros de un cuartel; mentira la igualdad ante la ley, porque jueces y códigos legitiman las iniquidades de los poderosos y ahogan en un diluvio de legajos las reclamaciones de los pequeños; mentira la fraternidad, porque nos devoramos en las guerras civiles y no hemos cerrado el cielo rojo que se inaugura con las abominaciones de Pizarro en Camajarca y sigue con el linchamiento de Vizcarra; mentira, en fin, todo eso de "Gobierno republicano, democrático, representativo, fundado en la unidad," porque variamos los nombres mas no las cosas, porque no hemos botado el pelo de la dehesa colonial, porque nuestro régimen político y nuestra vida social se reducen á una prolongación del Virreinato, con sus audiencias, sus alcaldes, sus corregidores, sus repartimientos, sus frailes de misa y olla, sus

narios de su autor. Si la Ley de Imprenta se aprobara hoy y se volviera mañana contra sus iniciadores, ellos mismos serían los primeros en atacarla por inicua y retrógrada. Los políticos nacionales—y también los extranjeros—siguen una regla: cuando son el cuchillo, tasajan; cuando son la carne, chillan.

Esa Ley imponen gruesas multas por faltas leves, fija tramitaciones insidiosas y pérfidas, confunde á impresores con editores, solidariza al editor con el autor, exige la ciudadanía para editar un periódico, y funda una Congregación del Índice, al estatuir que “la circulación de las publicaciones hechas en el extranjero podrá ser prohibida por el Gobierno con acuerdo del Consejo de Ministros.” Lo último significa el retroceso á la época de la dominación española con el establecimiento de un cordón sanitario en el orden intelectual. Habría que organizar en las aduanas una sección de *vistas para libros* y que hacer incessantes pesquisas en las tiendas de los librerros. Y ¡decir que semejante enormidad ha florecido en el cacumen del *hombre más preparado para el mando supremo!* Los aguilones del Civilismo van resultando avestruces; y todo el programa de libertades públicas formulado por el célebre *partido histórico* se resume en

dos se crea una atmósfera de prestigio á los malos y á los inútiles; con la sola palabra de un hombre honrado, la atmósfera se desvanece.

Al pretender que “no se toque el sagrado de la vida privada,” los Gobiernos revelan que se amilanan de salir á luz y quedar en transparencia. Son como esas viejas verdes, todo revoques y pinturas, que huyen de los alumbrados *a giorno* y buscan, la media luz de las pantallas ó de los rincones. El objetivo de la Historia horada el velo de las vestales y la clámide de los césares, retratando á los individuos completamente desnudos, con sus virtudes y sus vicios, sus perfecciones y sus lacras. Merced á ese procedimiento universalmente adoptado, les vemos cómo actúan en el orden oficial y cómo proceden en las cosas íntimas. Sabemos las crápulas de Alejandro, las depravaciones de César y los incestos de Bonaparte, como divisamos la verruga de Cicerón, la nariz de Ovidio, la joroba de Esopo y el cerviguillo de Nerón. La enfermedad de un hombre y sus amoríos explican muchas veces las aberraciones de sus actos públicos: al Luis XIV de los últimos años no le comprenderíamos sin su fístula ni su *vieja*. Para conocernos á fondo deben analizarnos anatómica y fisiológicamente, porque somos un

dormitorio y en una plaza. Y con justo derecho. El que se lanza á la vida pública, hace pública su vida y otorga á los demás el derecho de operar en él una vivisección física y moral. El que se regocija en escuchar las alabanzas de sus amigos, el que las paga talvez con dinero del Fisco ¿por qué no ha de sufrir los ataques de sus adversarios? Al entrar en un bosque, tanto se oye la melodía de un ruiseñor como se recibe la picadura de un insecto. Cuando las luchas políticas arrecian, los beligerantes abandonan las discusiones doctrinarias y emplean argumentos *ad hominem*, sin distinguir vida pública de vida privada, acosando en toda terreno al enemigo, siguiéndole al último escondrijo de su hogar, para revolverle, herirle en lo más doloroso, desollarle vivo. Así ha pasado en todos los siglos, así pasa en todo el mundo, sin excluir al Perú, donde el mismo Gobierno, que tanto celo abriga por la honra de los ciudadanos, malversa ingentes sumas del Erario en fomentar hojas semanales dirigidas por verdaderos rufianes de pluma.

Según la Constitución, el domicilio es inviolable; pero ¡atengámonos á disposiciones constitucionales! Acabamos de presenciar la formación del censo. La Municipalidad, bajo pena de fuertes multas, ha exigido de hom

de fiebre amarilla ó de tifus; se incurre en delito punible y odioso al decir donde se alberga un pícaro y donde respira un malhechor. Proclamamos el mal físico menos temible que la depravación moral; pero, llega la hora de las aplicaciones, aislamos á los enfermos y declaramos intangibles á los criminales.

Al establecer la inviolabilidad de la vida privada, se permite alabar las virtudes caseras, no vituperar los vicios de puertas adentro. Así, pues, alabemos á un general si oye misa con devoción ó regala veinte centavos á las Hermanitas de los Pobres; no le censuremos, si en un retrete de Palacio se araña con su mujer ó si á hurtadillas le pega un beso al oficial de guardia. Tampoco denigremos al senador que trasnocha en el garito, al prefecto que va trascendiendo á cuba mal cerrada, al magnate que en su familia implanta el régimen de ayuno y dieta, al cónsul que se viene de fuga para eludir las garfas de sus acreedores ni al funcionario que sube con asombrosa rapidez, gracias al poder ascendente de las faldas. Todos los bribones adquieran una póliza de seguros sobre la honra, desde el parlamentario que recibe la propina de un gordo negociante hasta el ministro que se adjudica los extraordinarios, desde el juez provinciano que se ablanda con unas seis gallinas ó dos

Mayor miedo también. Con el miedo, los hombres públicos exageran el peligro y sufren continuas aberraciones: en el tufo de un puchero huelen la pólvora de un rifle, en la crema de un pastel gustan el sabor de algún tóxico, en el zumbido de una mosca perciben las repercusiones de un trueno. Como sumergidos en perpetua neblina, toman la rama de un arbusto por el tronco de un cedro, la silueta de un conejo por la figura de un buey. En todo recluta del periodismo miran un César ó un Alejandro, en toda pelotilla de migajón temen una bala dum-dum. Tratándose de periódicos, llegan al extremo de perder el juicio y convertirse en una especie de Licenciados Vidriera. “No me toquen porque soy de vidrio muy tierno y quebradizo,” decía Tomás Rodaja á los muchachos que le amenazaban con piedras; “no me pinchen porque soy vejiga muy delgada y reventadiza,” repite hoy el Gobierno á los escritores que le enseñan los dientes de una pluma.

1903

En las naciones donde existe separación entre el Estado y la Iglesia ó, cuando menos, impera la igualdad de todas las religiones ante la Ley, el conflicto religioso desaparece ó disminuye de intensidad. Nadie se ve compelido á fomentar la celebración de cultos ajenos; todos pueden enunciar sus creencias y defenderlas con la palabra ó la pluma. Donde el Estado profesa una religión y la favorece con perjuicio de las otras, el individuo queda sacrificado á los intereses de una colectividad, y tiene que reaccionar con energías proporcionadas á las fuerzas opresoras. Reacción inevitable en el Perú, donde exclusivamente domina el clero de una secta. Aquí, por derecho de legítima defensa, los hombres más pacíficos serán un día, no sólo anticatólicos, sino anticlericales agresivos.

Como algunos sabios no admiten conflictos ineludibles entre la Religión y la Ciencia, fundándose en que el saber humano y la verdad revelada evolucionan en órbitas diferentes; así muchos filósofos y hombres públicos no aceptan abismos insondables entre las cuestiones religiosas y las cuestiones políticas, imaginándose que la libertad se concilia con el Dogma, hasta pretendiendo que “un revolucionario no tiene por qué vivir en guerra con ninguna de las religiones positivas.” Vache-

al régimen inicualemente egoísta del Capital, y la misma Iglesia nos dirá que no invoquemos la justicia sino la caridad, que el pauperismo se resuelve con la limosna ó sopa de los conventos, y que al no resolverse, al proletario le cumple resignarse y esperar la retribución en el otro mundo.

Desde la libertad del esclavo hasta la emancipación de la mujer, y desde la independencia de las naciones hasta la inviolabilidad de las conciencias, todas las grandes reformas encontraron en la Religión Católica un enemigo, ya descubierto, ya embozado. Pudo el Cristianismo naciente significar una reacción saludable contra el cesarismo romano y el sacerdocio judío, pudo sembrar en los pueblos un germen de insubordinación y rebeldía, pudo hasta infundir en las almas un vago anhelo de libertad y cosmopolitismo; pero la sencilla creencia de los siglos evangélicos se ha modificado de tal manera que hoy el Catolicismo figura como el aliado inevitable de todos los opresores y de todos los fuertes: donde asoma un tirano, cuenta con dos armas—la espada del militar y la cruz del sacerdote. Cuando la Iglesia favorece ó aprueba el espíritu revolucionario de las muchedumbres, no lo hace con el fin de contribuir á la emancipación integral del hombre, sino con el propósi-

sujeción del individuo. Son dos mal casados que viven riñendo, mas se ponen de acuerdo para atacar á los vecinos. Ya los precursores del siglo XVIII lo vieron claro al sostener que “para sembrar en Francia los gérmenes de la revolución, era necesario empezar por descatolizarla”. Cuando Voltaire hablaba de *aplastar á la infame* (refiriéndose á la Religión Católica) y Diderot daba el consejo de “ahorcar el último rey con los intestinos del último sacerdote,” expresaban gráficamente la idea de emprender una acción doble ó paralela, sin divorciar las cuestiones religiosas de las cuestiones políticas.

Hoy, salvo el socialismo católico (doble falsificación del Catolicismo y del Socialismo) todos los partidos avanzados reconocen que el progreso entraña la secularización de la vida, y engloban en el mismo ataque á la Iglesia y al Estado. La fórmula concreta de la emancipación social, el lema que los verdaderos revolucionarios escriben hoy en su bandera es la frase de Blanqui: “Ni Dios ni amo.” Bakounine descarga tantos golpes en la Iglesia como en el Estado, y afirma que “si Dios existiera, sería necesario abolirle.” “Los conservadores, dice Elisée Reclus, no se engañaban al dar á los revolucionarios el nombre general de *enemigos de la Religión, de la familia y*

entre el orden político y el orden religioso? Ellos sólo *distinguen* lo temporal de lo eterno, cuidando siempre de agregar que al Estado le cumple doblegarse ante la Iglesia ó, mejor dicho, proclamando la subordinación del Poder civil al Poder religioso. Para el buen católico, la unidad política no se realiza sin la unidad religiosa ó sometimiento á la exclusiva dominación de Roma. Los Didon y los Lacordaire, los conciliadores de la Iglesia con la Democracia, y de la Ciencia con la Religión, infunden recelo y desconfianza en todos los bandos, amigos y enemigos, avanzados y retrógrados. Montalembert se vió tan acosado por los incrédulos de París como por los jesuítas de Roma. El padre Jacinto no se ha granjeado muchas simpatías con su religión *católica, apostólica y francesa*. Hay que seguir á Lamennais—cortar el cable.

En la Política Sacada de la Escritura, Bossuet enuncia esta proposición: *El sacerdocio y el imperio son dos potencias independientes, mas unidas*; y á continuación se explica en las siguientes consideraciones: “El sacerdocio en lo espiritual y el imperio en lo temporal no dependen sino de Dios; pero el orden eclesiástico reconoce al imperio en lo temporal, como los reyes en lo espiritual se reconocen los humildes hijos de la Iglesia.”

el machiavelismo angélico; pero no siempre logra buenos resultados, como por ejemplo en Bélgica, donde sufrió un solemne fiasco al tratarse de una ley que hería los intereses de la Iglesia. *Públicamente*, León XIII exhorta á los obispos belgas para que transijan y se sometan á las leyes de la nación; *privadamente*, valiéndose de su secretario el cardenal Nina, les aconseja resistir y luchar por cuantos medios estén á su alcance. Desgraciadamente para Roma, el ministro Frère Orban descubre la intriga; y el Machiavelli del Vaticano pasa unos momentos no muy agradables.

Para conocer á fondo el espíritu de la Iglesia, no vale recurrir siempre á los documentos oficiales: los escritos de los buenos creyentes, de esos que no andan con diplomacias ni contempORIZACIONES, sirven de inapreciables documentos. La *Revue du Clergé Français* publicó, no hace muchos años, un estudio muy digno de citarse, por la sinceridad en la expresión de las ideas.

“La Iglesia, decía el periódico, tiene derecho á reinar, no sólo sobre los individuos y las familias, sino también sobre los pueblos ó, de otra manera: en el orden espiritual, el Estado no es independiente de la Iglesia, sino que se halla en el deber de abrazar, profesar y proteger

á los príncipes [como supremo doctor de la moral] direcciones obligatorias en el gobierno de los Estados”.....

Tales son los principios tradicionales de la Iglesia, expuestos franca y llanamente, sin evasivas de obispos galicanos ni atenuaciones de pontífices diplomáticos, á la manera como les profesaba Gregorio VII cuando repetía:

“Si la Santa Sede ha recibido de Dios el poder de juzgar las cosas espirituales ¿por qué no ha de juzgar también las temporales?... Cuando Dios dijo á San Pedro: *Apacienta mis ovejas* ¿exceptuó acaso á los reyes? El episcopado está sobre la reyecía lo mismo que el oro sobre el plomo: Constantino lo sabía muy bien, cuando tomaba el último lugar entre los obispos.”

Sueñan, pues, ó se alucinan los hombres que persiguen una alianza ó, cuando menos, un estado de paz entre la Iglesia y el Estado, entre la Razón y la Fe. Mientras los filósofos ó librepensadores combaten el Dogma, sin cuidarse de las reformas políticas ó sociales, y mientras los republicanos y demócratas guardan una candorosa neutralidad en las cuestiones religiosas, los buenos católicos trabajan por someter la política á la religión, por colocar el Estado bajo la dominación de

APÉNDICE

(DOS CARTAS)

1

Unión Nacional
Comité Provincial
Arequipa

Arequipa, Abril 24 de 1902.

Sr. D. Manuel G. Prada
Lima.

Señor:

Me dirijo á usted por encargo del Comité de mi presidencia, para inquirir, si usted tiene á bien expresarlos, los motivos que le han impulsado á separarse de la Unión Nacional.

Si el Comité de Lima ha hecho traición á los principios liberales del Partido, quisiera el de Arequipa saberlo por la voz autorizada de usted, para según eso enderezar sus actos posteriores.

Suplicando á usted una pronta respuesta, me suscribo como su muy atto. S. S.

FRANCISCO GÓMEZ DE LA TORRE.

sumar una reacción desinteresada y purificadora: entre los nuevos redentores ó mesías figuraban los antiguos crucificadores del pueblo. Convino desconfiar y abstenerse, permaneciendo tan lejos de la charca sangrienta donde chapoteaban los revolucionarios, como del fango bendito donde se revolcaban los sostenedores del Gobierno. Nos igualábamos al espectador de un circo: aunque simpatizáramos con alguna de las fieras, no teníamos por qué intervenir en la lucha.

Mi separación definitiva queda explicada en la siguiente carta:

Lima, Abril 11 de 1902.

“Al Presidente de la Unión Nacional.

“Señor:

“Aviso á usted que, por no faltar á mis convicciones, me separo de la Unión Nacional.

“El Comité Central se aproxima hoy á los clericales, no sólo para extenderles la mano, sino para querer llevarles en triunfo á la Junta Electoral.

“Yo no acepto una política de genuflexiones y acatamientos á los enemigos, principalmente á conservadores y ultramontanos.

“Cuando en el país se diseña la división de los hombres por las ideas, se emprende un movimiento de retroceso al pretender borrar las líneas de separación.

“Su atento servidor”

MANUEL G. PRADA.

una curul. A mal hombre, mal ciudadano y mal gobernante; mas ¿debe afirmarse que al buen hombre corresponda el buen político? El justo en el recinto del hogar, suele mostrarse criminal en el ámbito de un parlamento: hombre incapaz de adjudicarse los bienes ajenos, puede suscitar persecuciones, trasgredir las leyes y desangrar á todo un pueblo. Honrados fueron Francia, García Moreno y Cánovas del Castillo; honrado seguimos creyendo á Morales Bermúdez; honrado se consideró á don Eduardo Romaña y con ese único título se le confirió el mando supremo.

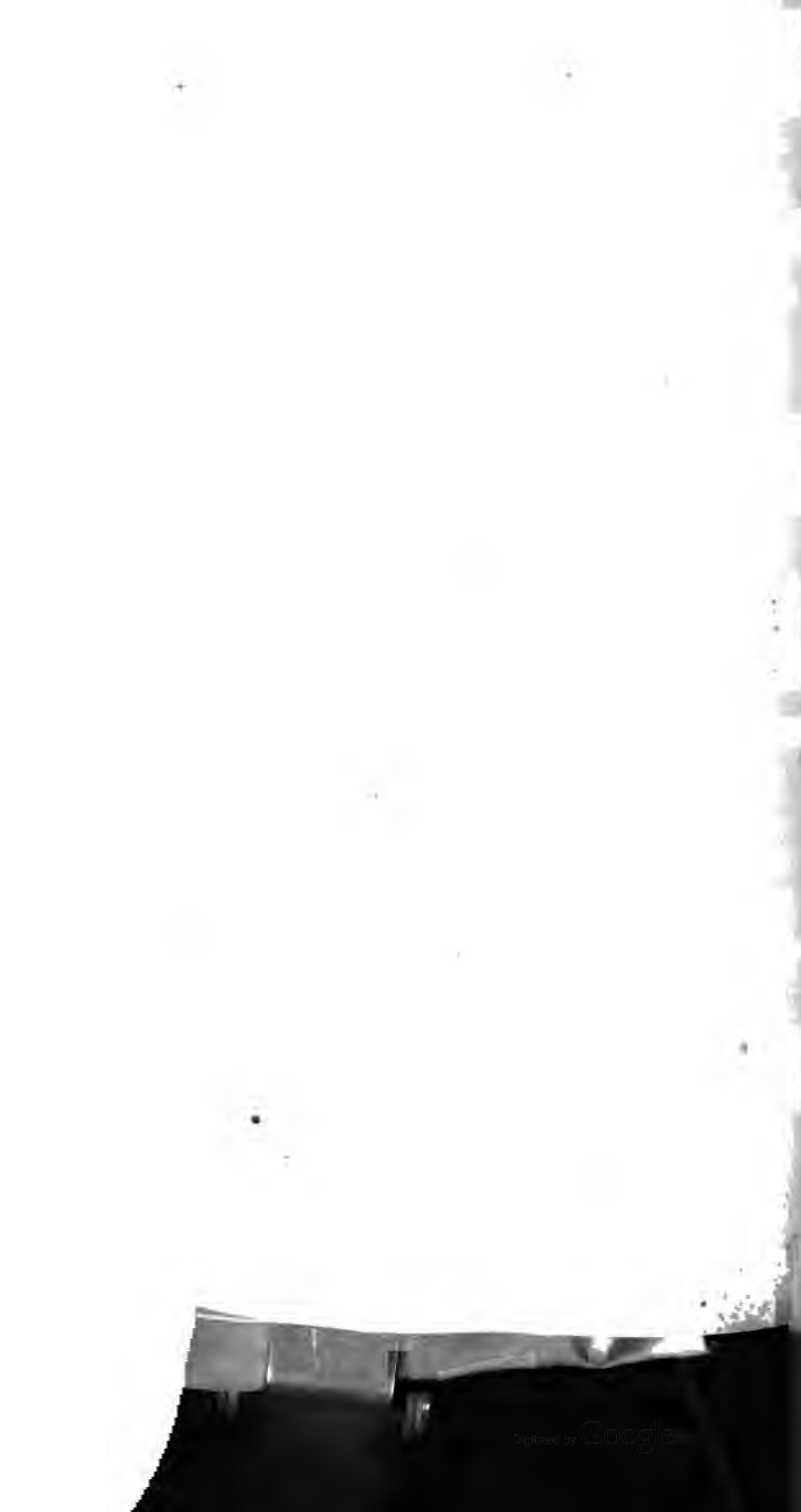
Para administrar justicia ó guardar un depósito, se busca hombres de honradez ejecutoriada; para ejercer altas funciones políticas se elige personas que á la pureza de la vida, reúnan elevación en las ideas. Se les exige limpieza en las manos y luz en el cerebro: no luz de Teología medioeval sino de Ciencia moderna. Los partidos liberales que patrocinan á un conservador ó cejan en el terreno de las convicciones, desacreditan la propaganda, ofrecen una lección de inconsecuencia, realizan una obra malsana y contraproducente. Los espíritus sencillos ó rudimentarios son esencialmente simplistas: como el ojo del salvaje no distingue bien el matiz de los colores, ni el oído del inarmónico diferencia las notas, así el cerebro de nuestras muchedumbres no aprecia las graduaciones en las ideas que desunen á los partidos afines: los simplistas reconocen dos bandos, liberales y clericales. ¿Qué efecto produce la unión, el acercamiento, la mera connivencia de los bandos

Orbe. Cuando arrecia la lucha de lo nuevo con lo viejo, el súbdito de Roma tiene que renegar de sus convicciones ó que transformarse en soldado contra la Razón y la libertad.

Conviene cerrar el paso á los ultramontanos, no concediéndoles armas que tarde ó temprano descargarán sobre nosotros. Ya que no lograremos obligarles á practicar el bien, reduzcámosles á la impotencia de hacer el mal. Dando al enemigo poder y honores que él nos negaría en virtud de sus doctrinas, confiándonos en la buena fe de sus intenciones, procedemos con inocencia infantil y convertimos la política en orden de caballería andante. La tiranía de un soldado se destruye con el sable de otro soldado: á la fuerza, la fuerza; pero al clericalismo no se le anota con batallas ni constituciones: al desaparecer de la ley y de la política, permanece en las costumbres, se refugia en la familia. Para combatirle y aniquilarle se requiere el trabajo infatigable de muchos años y de muchas voluntades.

El florecimiento de honradez y virtudes en el campo conservador no modifica la manera de proceder en el bando liberal. Cuando dos ejércitos aperciben las armas y se arrojan al combate, ninguno de los beligerantes averigua si en las filas contrarias hay hombres de honradez acrisolada: ambos hacen fuego, de modo que en el fragor de la pelea, caen el bueno y el malo, el justo y el inicuo. Un propagandista es un soldado futuro, un partido es una revolución latente; se empieza con la tin-







170

